www.nuestrabiblia.org
Servicio Bíblico Verbo

*Carlos Mesters*

# *Paraíso Terrestre*

## *¿Nostalgia o esperanza?*

*Colección Biblia # 22*

# *Presentación*

Este libro pretende ser una simple puerta. Para mucha gente, el Antiguo Testamento es un laberinto. No encuentran su puerta de entrada, porque un laberinto tiene puertas. Hay libros buenos que hablan de la puerta verdadera e indican la entrada. En lugar de hablar sobre la puerta, preferimos abrir una y llevar al lector por el interior de ese mundo extraño de la Biblia. El mundo de la Biblia es extraño para quien entra por la puerta equivocada. Entrando por la puerta verdadera, la gente no percibe estar en el mundo de la Biblia. Da la impresión de estar en la vida. Tal vez el lector tiene un criterio para juzgar si la puerta que abrimos en este libro es la puerta verdadera o la equivocada.

No hemos puesto casi ninguna cita. Solo al final del libro se encuentra una lista de libros. Eso fue hecho a propósito. Antes de escribir este libro y sin pensar en él, leímos y estudiamos mucho sobre este asunto. Después en contacto con la vida, fue naciendo poco a poco la síntesis que presentamos aquí. En la confección del libro no nos dejamos guiar por los libros, sino simplemente por la fe y por la vida con sus problemas. Y de la vida no se sacan citas. La vida se conoce y se vive. Quien no estuviera satisfecho con los argumentos dados en este libro podrá recurrir a la fuente más amplia indicada en la bibliografía.

Recordamos aquí el nombre de nuestro profesor, Jean Paul Audet. Su nombre no consta en la bibliografía, porque según la limitada información que tenemos, él no escribió ningún libro sobre este asunto. Sin embargo, a las clases que él nos dio en Jerusalén sobre el Paraíso, debemos muchos de las cosas que aquí se dirán. Sin la enseñanza que recibimos de él, este libro jamás habría nacido. Ahora que nació, debe ser considerado nieto de Jean Paul Audet.

## *¿Para qué hablar del paraíso y del pecado de Adán?*

En toda la literatura mundial difícilmente se encuentra una narración que haya recibido tantas y tan variadas explicaciones como la del paraíso terrestre. Solo sobre la serpiente (Gn. 3,1) existen más de doscientas interpretaciones diferentes. Esto ya muestra que toda y cualquier interpretación, tanto la que aprendimos en el pasado como la que se hace en este libro, necesariamente es relativa. Tiene el papel muy limitado y enormemente importante de mantener la calle libre para que la Palabra de Dios pueda funcionar efectivamente en la vida y en la historia de los hombres. En la exégesis lo central es la Palabra de Dios, no las ideas del exégeta. Aquella debe poder imponerse a la conciencia de los hombres en toda su pureza y con todas sus exigencias y promesas, a fin de llevar a una conversión de vida y a una transformación de la realidad.

La mentalidad y la cultura cambian constantemente. Por eso cambia la manera de mirar e interpretar la Biblia. Precisamente, por no haber cambiado nuestra manera de explicar el paraíso y por no haber acompañado el cambio, surgen hoy las dificultades. Una serie de problemas hace que mucha gente ya no consiga comprender el sentido exacto del texto de la Biblia que habla del paraíso y del pecado de Adán y Eva.

Es como una calle obstruida. El tránsito es desviado hacia calles estrechas y, a veces, se pierde en callejones sin salida. El mensaje de Dios, que llega hasta nosotros por la calle de este texto bíblico, ya no consigue alcanzar su punto final, que es la transformación de la vida y de la historia de los hombres. Desviada hacia las calles estrechas de innumerables dificultades, este mensaje se volvió irreconciliable.

En este libro queremos hablar del Paraíso y del pecado de Adán y Eva, para ayudar al lector a orientarse en ese laberinto de dificultades, a fin de poder reencontrar la larga calle de la Palabra de Dios de la cual tal vez haya sido desviado.

## *¿Cómo hablar del paraíso y del pecado de Adán?*

Haremos un análisis de las dificultades que nos pusieron en calles laterales o en callejones sin salida, y que hoy impiden ver el sentido exacto del texto. Tal vez el lector se encuentre aquí con sus dificultades o llegue a formular mejor un cierto malestar de inseguridad que él siente al leer este pasaje de la Biblia. Será nuestro punto de partida.

Sigue, entonces, la interpretación del texto bíblico con el objetivo de traer, hacia dentro del horizonte de nuestra vida de hoy, el llamado y el mensaje de Dios que están ahí escondidos, a la espera de quien los descubra, los acepte y los ponga en práctica.

En seguida, volveremos a hablar de las dificultades enumeradas anteriormente. A la luz de las cosas dichas en la interpretación, buscaremos orientar al lector para que, partiendo del desvío o de la dificultad donde él se encuentra, pueda reencontrar la calle larga de la Palabra de Dios y llegar a su punto final.

Al final, transcribiremos el texto bíblico, en una traducción nueva, hecha directamente del hebraico, que busca ser fiel no solo al texto original sino también a nuestro lenguaje y cultura. Ella podrá ser consultada, durante la lectura de este libro, lo que facilitará mucho la comprensión de las cosas que serán dichas. Se encuentra en las páginas 101 a 125.

Adoptamos el sistema de capítulos o párrafos bien cortos, que facilitan la lectura y la comprensión del conjunto.

# *Parte I*

## *Las dificultades en torno del paraíso y del pecado de Adán*

### *Las dificultades y los problemas*

Todas las dificultades tienen el mismo valor. Algunas son reales, otras son imaginarias. Todas, sin embargo, son serias para quien las plantea y, como tales, deben ser respetadas, analizadas, criticadas y respondidas.

Algunas dificultades nacen directamente del texto bíblico, otras provienen de otras causas: del choque con la ciencia, del conflicto con la exégesis moderna y con el ministerio de la Iglesia. Las catalogaremos, en la medida de lo posible, y haremos de ella una evaluación, para descubrir la causa común que está en su raíz.

### *Preguntas que el texto provoca en la mente de quien lo lee*

¿Cómo imaginarse la formación del hombre del polvo de la tierra? (Gn. 2,7) ¿Es verdad que la mujer fue formada de una costilla del varón? (Gn. 2,21-22) ¿Los dos primeros seres humanos se llamaban efectivamente Adán y Eva? ¿Cómo puede hablar la Biblia de un Dios haciendo de alfarero (Gn. 2,7) y de anestesista (Gn. 3, 1-4)? Los animales no hablan: ¿será que se trata solamente de una fábula, o debe admitirse que los animales hablaban realmente en el paraíso terrestre? ¿Será que las cobras tenían otra manera de andar antes del pecado de Adán? (cf. Gn. 3,14) ¿Será que, en el caso que Eva no hubiese comido de aquella fruta, el parto sería ahora sin dolor? (cfr. Gn. 3,16) ¿Será que la tierra no tendría desiertos, si Adán no hubiese prestado oídos a la voz de su mujer? (Gn. 3,17) ¿Será que andaríamos hoy todos sin ropa, si nuestros primeros padres no hubiesen cometido aquel pecado? (Gn. 3,7) ¿Cómo llegó a identificarse la serpiente con el demonio, ya que la Biblia no habla de eso en el texto?

La Biblia habla de un río que, después de haber regado el Paraíso, se divide en cuatro brazos o ríos diferentes: Nilo (?), Ganges (?), Tigris y Éufrates (?) (Gn. 2, 10-14). ¿Será que existió en la tierra un punto geográfico donde esos cuatro ríos podrían haber nacido simultáneamente? La geografía actual no lo conoce y nada indica que la tierra haya cambiado en ese aspecto. Se tiene la impresión de que la Biblia solamente habla de un punto geográfico imaginario, inexistente en la realidad. ¿Cómo combinar esto con la visión que tradicionalmente tenemos del paraíso terrestre?

¿Cómo puede Dios hacer depender la desgracia de todos nosotros del pecado de una sola pareja? ¿Fue injusto El? ¿Por qué tenemos que sufrir hoy las consecuencias de una falta

que no cometimos, contra la cual no podemos defendernos y de la cual no tenemos conciencia ni memoria?

Según el Génesis 1, 26-27, el hombre es el último ser creado. Dos páginas después, en esa hermosa narración, la Biblia dice que el hombre fue el primero en ser creado por Dios (Gn. 2,7). ¿Cómo explicar esta contradicción dentro de la propia Biblia, en un espacio de pocas páginas?

La Biblia informa que Dios no destruyó el Paraíso. Este continuó existiendo después del pecado de Adán y Eva (Gn. 3,23-24). Solo que Dios puso un querubín y un rayo para defender la entrada hacia el árbol de la vida contra un avance indebido del hombre. ¿Dios le tenía tanto miedo al hombre? ¿Y qué viene a ser ese querubín? ¿Cómo imaginarse a un rayo cuidando la entrada de un jardín? ¿Será que aún hoy existe en algún punto de la tierra, los restos del paraíso perdido? Corre el rumor de que ya se hizo alguna expedición para hallar los vestigios del jardín de Dios. ¿Podrán encontrarlo un día confirmando así que la Biblia tenía razón?

Todos nosotros hemos presentado de vez en cuando esas y otras dificultades, unos bien bajito, otros en voz alta. Unos encuentran que solo el hecho de hacer tales preguntas, ya constituye un pecado, en tantos otros no se preocupan por eso, y preguntan y critican a su gusto.

## *La ciencia cuestiona la Biblia*

El conflicto entre ciencia y fe, o a nivel más popular, entre el sentido común y el catecismo tradicional, tiene uno de sus puntos de mayor fricción en esta narración sobre el paraíso y sobre el pecado de Adán y Eva.

La ciencia presenta hoy la hipótesis de la evolución, en tanto la Biblia describe la creación del hombre y de la mujer como una acción inmediata (Gn. 2,7. 21-22). Son dos posiciones que se excluyen mutuamente. ¿Cuál de las dos es la verdadera? En caso que la ciencia tenga razón, ¿cómo explicar entonces el texto bíblico?

Además de esto, dentro de la misma hipótesis evolucionista, se vuelve problemática la concepción tradicional del pecado original. Un hombre y una mujer, aún antes de haber engendrado hijos, habrían cometido una falta tan grave al punto de comprometer para siempre el destino de toda la humanidad. Habrían perdido los así llamados dones sobrenaturales y preternaturales, atribuidos por la fe y por la teología a los dos primeros seres humanos. Ahora, conforme a las indicaciones de la ciencia, parece totalmente improbable que el hombre primitivo haya tenido una conciencia, una libertad, una madurez y un sentido de responsabilidad tan evolucionados y perfectos como se exigirían a alguien para poder cometer una falta tan grave y poseer cualidades y dones tan

elevados. Todo aquello que las investigaciones científicas consiguieron averiguar sobre la condición del hombre primitivo indica exactamente lo contrario.

Existe aún la posibilidad real de que un día se admita la hipótesis de que la humanidad no habría nacido de una única pareja, sino de varias parejas en distintos puntos del globo. La ciencia aún no tiene las pruebas suficientes para confirmar esa hipótesis, y muchos científicos lo cuestionan. Sin embargo, en el caso que se pruebe que ella es verdadera, ¿será aún posible admitir un pecado único cometido por una única pareja que habría contaminado a todo el resto de la humanidad al comienzo de su historia?

Por lo tanto, aún sin ofrecer una certeza absoluta respecto a sus conclusiones, la ciencia cuestiona profundamente todo el complejo de verdades relacionadas con la explicación tradicional del paraíso terrestre.

Sin duda la Iglesia, con su autoridad, podría prohibir tales conclusiones científicas. Pero no por eso, esas conclusiones serán menos ciertas o menos probables, pues la ciencia no se orienta por las conclusiones de la teología, sino que sigue sus propios principios autónomos de investigación. Ella no espera hasta que la Iglesia haya resuelto sus problemas teológicos. La prohibición eclesiástica, además, no traería beneficio alguno. Por el contrario, sería muy perjudicial para los cristianos dejar de estudiar las cosas que deberían estudiar y saber. En poco tiempo, ellos no tendrían ningún argumento para defender su fe contra las justas objeciones de la ciencia.

La consecuencia sería - lo que ya es una realidad para muchos- el total abandono de una fe que teme enfrentar la verdad y no consigue justificarse delante de la ciencia. Otra consecuencia, peor que la del abandono de la fe, es la curiosa situación de conflicto disfrazado en personas evolucionadas y actualizadas en materia científica. A pesar de su apertura en el campo científico, esas personas conservan la posición tradicional en materia de fe y de Biblia, contraria, en muchos puntos, a las conclusiones de la ciencia admitidas por ellos. No perciben la contradicción y ni siquiera permiten que sea discutido el asunto.

En este último caso, el conflicto teórico entre ciencia y fe se traduce en la práctica, en una real y total separación entre inteligencia y cultura religiosa. Esta posición, que es de aparente fidelidad a la autoridad eclesiástica y a la Tradición, está más lejos de la verdad que aquella que rechaza la fe en nombre de la ciencia, o que rechaza la ciencia en nombre de la fe.

## *La exegesis moderna cuestiona lo que antes aceptábamos*

¿Cuál es la fuente de información del autor que escribió la narración sobre el paraíso terrestre? Muchos no hacen esta pregunta. Para ellos, basta que una cosa esté en la Biblia, para que se cierre toda y cualquier discusión. Olvidando sin embargo, que la Biblia, este

libro divino, fue escrita por hombres de manera muy humana, con métodos y procesos literarios iguales a los que son usados para la composición de cualquier otro libro. Hoy es por demás conocido que existen muchas narraciones paralelas en la literatura de la antigüedad, que pueden haber servido al autor bíblico como fuente de información. Y sabemos por otra parte, que la fuente de información puede condicionar profundamente la noticia comunicada. Por eso, no debe extrañar la pregunta: "¿Dónde fue a buscar el autor de la Biblia sus informaciones sobre el Paraíso y sobre el pecado de Adán y Eva?" La pregunta puede y debe ser hecha, pues nada de lo humano es extraño a la Biblia, a no ser la mentira.

La respuesta tradicional dada a esa pregunta era doble: "La información provenía de una tradición oral ininterrumpida desde los primeros hombres" y: "El autor supo todo por una revelación directa de Dios". Estas respuestas, sin embargo, esquivan el problema real apelando a un milagro. Los milagros no deben ser admitidos cuando hay otra explicación posible. ¿Por qué esas respuestas recurren a un milagro?

Humanamente hablando, no es posible admitir una tradición oral ininterrumpida que abarcaría un millón de años o más. Solamente un milagro justificaría la existencia de tal tradición. Si ni sabemos lo que sucedió exactamente en las playas de Brasil el día de su descubrimiento -y aquí se trata solamente de unos 500 años- ¿cómo sería entonces posible, en condiciones muy inferiores, una tradición oral de centenas de millares de años? En la Biblia, sin embargo, no hay ningún indicio que pruebe la existencia de una tal tradición ininterrumpida y milagrosa, desde los orígenes. Ella no tiene otro fundamento a no ser nuestra incapacidad de explicarnos satisfactoriamente el origen del texto.

¿Puede admitirse entonces la segunda hipótesis según la cual Dios habría revelado al autor los detalles sobre la creación y sobre los acontecimientos ocurridos con el primer hombre? Esta hipótesis no tiene fundamento ninguno, a no ser el de nuestra seguridad psicológica, pues en la Biblia, Dios no acostumbra revelar a los hombres los detalles de su acción, ni en relación al futuro, ni en relación al pasado. Dios solo revela certezas, suscitando esperanzas.

Los detalles de las visiones proféticas del futuro, por ejemplo, los mismos profetas guiados por el Espíritu de Dios, los imaginaron a partir de aquello que sabían había sucedido en el pasado.

Existe una tercera posibilidad. El autor habría construido la narración con símbolos e imágenes de su tiempo. Habría recurrido al fondo común de la cultura de los pueblos del Medio Oriente Antiguo. La descripción del paraíso terrestre sería el resultado de un descubrimiento humano. Pero en este caso, ¿cuál sería entonces la diferencia entre la Biblia y los mitos de la antigüedad? ¿Cuál sería además el valor histórico del Paraíso y del pecado de Adán y Eva? ¿Sería que el autor, en aquellas condiciones, tendría la posibilidad de darnos una descripción minuciosa de los hechos ocurridos en el comienzo de la historia

de la humanidad? Humanamente hablando, él tendría menos condiciones para esto que nosotros hoy día. Él está centenas de veces más cerca de nuestro siglo XX que del comienzo de la humanidad. Los descubrimientos, hechos en los últimos tiempos, posibilitan hoy un acceso más objetivo y más seguro a los orígenes de la humanidad que en el siglo X antes de Jesucristo, época en que fue escrito el texto que habla del Paraíso.

## *Decisiones de la autoridad eclesiástica hoy causan dificultades*

A comienzos del siglo, en 1909, cuando la discusión en torno al paraíso terrestre alcanzaba su punto crítico, la Pontificia Comisión Bíblica hizo un pronunciamiento en el que obligaba al intérprete católico a admitir como histórica, entre otras cosas, la formación de la mujer a partir de una costilla del primer hombre (Gn. 2,21-23); la unidad del género humano que proviene completamente de una única pareja (Gn. 3,20); el precepto divino que marcaba la obediencia de los primeros padres (Gn. 2,17); la figura de la serpiente que tentó a Eva (Gn. 3, 1-4); la permanencia de los primeros hombres en un estado anterior de perfección, caracterizado por la justicia, por la integridad y por la inmortalidad.

Hoy día, sin embargo, conocemos muchas otras narraciones de la antigüedad en las que se habla de la serpiente, del estado anterior de felicidad y de inmortalidad, del árbol de la vida, etc. No tenemos dificultad ninguna en admitir que, en esos casos, se trata de mitos y de lenguaje simbólico, cuyo origen, sentido y fuerza son explicados por el estudio de las religiones antiguas.

¿Podemos admitir lo mismo para la Biblia? ¿El lenguaje de la Biblia puede ser puesto en pie de igualdad con el lenguaje mítico de los otros pueblos de aquel tiempo? ¿Pero qué decir entonces de la afirmación de la Comisión Pontificia Bíblica? ¿Qué decir del valor histórico de la narración del Paraíso? ¿Hasta dónde estamos ligados por este pronunciamiento, hecho en 1909, cuando ni la ciencia ni la teología poseían los datos que hoy se poseen? ¿Y qué decir de la Encíclica papal Humani Generis, en la que el Papa Pío XII aduce la doctrina católica del pecado original para prohibir a los católicos la hipótesis del poligenismo?

## *Tres maneras diferentes de enfrentar las dificultades*

Esas son las dificultades. Debido a la publicidad que se dio tanto a los resultados de la ciencia como a las nuevas teorías de teólogos y exégetas, ellas dejaron de ser asunto reservado de algunos científicos y entran hoy en la conversación diaria del pueblo.

Todo esto muestra que nosotros, sin saberlo, somos prisioneros de un determinado esquema patrón de ver e interpretar el paraíso terrestre. Es el esquema, creado en nosotros por la enseñanza tradicional del catecismo. Pero la ciencia y el sentido común cuestionan profundamente ese nuestro modo tradicional de explicar el paraíso y apuntan fallas que

antes no veíamos. Sentimos que algo debe estar equivocado. No sabemos bien qué. Sentimos, solamente, que el piso de nuestra convicción religiosa ya no tiene más aquellas páginas, aunque no sepan cómo justificar su duda real. Tienen hasta un cierto miedo de sus dudas y lo esconden detrás de las preguntas que acabamos de enumerar.

La causa de este malestar vago e inexplicable que todos sentimos debe ser buscada en el hecho de que, en nuestra mente, la revelación de Dios está de tal manera identificada con aquél esquema nuestro tradicional, que ya no somos capaces de distinguir uno del otro. La sangre de la herida penetró de tal manera el vendaje que los dos parecen una cosa sola. Quién toca el vendaje toca la herida y provoca dolor.

Así, para muchos, parece imposible que alguien pueda abandonar el esquema tradicional sin abandonar, al mismo tiempo, toda la verdad revelada. Quedan inseguros. Para no negar la fe, comienzan a entablar una batalla perdida contra la ciencia, contra el sentido común y contra todos los intentos que tratan de presentar la verdad revelada bajo una u otra forma. En realidad, defienden solamente su esquema mental, sus propias ideas y su propia seguridad psicológica. Defienden solamente un modo determinado de presentar la verdad revelada. No perciben la relatividad de éste su esquema de explicar el paraíso terrestre. Olvidan que existen millares de interpretaciones diferentes de lo mismo y que solo de la serpiente existen más de doscientas explicaciones. Pretenden, a pesar de todo eso, que su manera de ver sea la única verdadera. Lo pretenden, no tanto por amor a la verdad, sino por amor a una seguridad que no quieren perder. Ese motivo de seguridad, sin embargo, no puede ser despreciado o minimizado, sin más.

Otros toman una actitud diametralmente opuesta, y prefieren quedarse con la ciencia, rechazando la narración bíblica como infantil y superada. Aunque defiendan una posición contraria a los primeros, parten del mismo preconcepto inconsciente. Identifican, ellos también, la verdad revelada con una de sus muchas interpretaciones. Su reacción no se dirige tanto contra la verdad en sí, sino contra un determinado modo de explicar esa verdad, ya superada por la ciencia, a la cual quieren ser fieles. Pero de eso ellos no tienen conciencia; tiran afuera la ropa vieja y usada y, con ella, la persona que se vestía con aquella ropa. ¡Sin saberlo, tiran afuera a un gran amigo!

La tercera posición frente a esas dificultades es aquella a la cual ya aludimos. Por un lado, admiten sin más todo lo que la ciencia afirma en su campo propio, pero, por otra parte, continúan admitiendo, al mismo tiempo, todo el complejo de la interpretación tradicional del paraíso, sin percibir la profunda inconsecuencia de tal posición. Es de las tres actitudes la menos justificable y, tal vez, la más frecuente entre nosotros. Es uno de los síntomas de que, en la realidad, la fe no ejerce ninguna influencia sobre la vida y de que ni se permite que ella lo haga. Es además una señal de fuga inconsciente de quien no quiere encarar el problema de frente. Pero la fuga nunca es la solución. Más temprano o más tarde, el conflicto marcado estallará y entonces, probablemente, el remedio llegará demasiado tarde.

## *La causa de las dificultades*

Esas actitudes ante las dificultades no nos parecen muy objetivas. Constatamos un conflicto aparentemente insoluble entre ciencia y fe, entre sentido común y catecismo tradicional. Algunos lo resuelven cerrando los ojos. Ignoran el problema, pues ya existen tantos problemas en la vida… Las otras dos actitudes sufren ambas del mismo defecto: el de no admitir que el error pueda existir dentro de los que las tomaron; el error estaría o dentro de la ciencia o dentro de nosotros. Está en los lentes con los cuales encaramos e interpretamos el paraíso. La dificultad fundamental no está en la imposibilidad de poder conciliar ciencia y fe en este o aquel punto, sino que está en la luz que nosotros ponemos sobre el texto, aún antes de haber iniciado su lectura e interpretación.

Quien tiene lentes verdes ve todo verde. Quien tiene lentes rojos ve todo rojo. Es muy difícil convencer al dueño de los lentes de que el verde, o el rojo, no vienen de la realidad fuera de él sino de los lentes que usa, cuando ni siquiera tiene conciencia de estar usando lentes. Así, gran parte de las dificultades relacionadas con el paraíso, no provienen de la Biblia ni de la ciencia, sino del color o de la luz que nosotros hacemos jugar sobre el texto. Esa luz poco tiene que ver con la Biblia en sí, sino que proviene de la visión con la cual hoy leemos e interpretamos la Biblia. Es hija legítima de la formación que recibimos. Es el esquema patrón y tradicional del cual hablamos arriba. Y nosotros no tenemos conciencia de proceder de ese modo.

¿Cuál es esa luz que hacemos jugar sobre la Biblia, o cuál viene a ser ese esquema tradicional que ya determina, antes de cualquier investigación, nuestra interpretación? Es el hábito que nosotros tenemos de considerar la narración bíblica sobre el paraíso como una descripción histórico-informativa.

Leemos el texto para encontrar en él informaciones, divinamente ciertas, sobre las cosas que sucedieron en el comienzo de la historia de la humanidad, y pensamos que el texto fue escrito por su autor para darnos tales informaciones.

A causa de esta posición nuestra, surgen las dificultades. Pues es en ese mismo plano histórico-informativo que la ciencia se presenta hoy, con argumentos sólidos y cada vez más fuertes, rechazando las informaciones dadas por la biblia. Y este rechazo tiene una larga historia. Comenzó con Galileo. La Biblia, sin embargo, como veremos más detalladamente, mira y presenta la narración de Adán y Eva con otros ojos. Tiene otro esquema mental. Ella no se pone en el plano histórico-informativo. Por no ver eso, surgen los conflictos arriba enumerados. Usamos el mensaje para un fin para el cual ella no fue dada por su autor. Las dificultades que entonces surgen, no tendrán respuesta satisfactoria mientras no cambiemos los anteojos o el esquema con los cuales encaramos el paraíso terrestre. Somos como el brasileño del año 3000, que se pusiera a leer una novela de nuestro siglo como si fuese un libro histórico-informativo. Inevitablemente, se formará una

idea equivocada sobre la historia del siglo XX. Quedará prisionero de dificultades sin solución hasta que no cambie su ángulo de visión.

# *Parte II*

## *La interpretación de la narración bíblica sobre el paraíso y el pecado de Adán*

### *Angulo de Visión de la Biblia cuando habla del paraíso*

La preocupación principal de la Biblia cuando habla del paraíso no está orientada hacia el pasado en cuanto pasado. Ella no está interesada en dar una descripción minuciosa de los hechos ocurridos en el comienzo de la historia de la humanidad. El interés principal va hacia los lectores contemporáneos del autor. En vista de la situación concreta de esos lectores fue elaborado el texto y fue hecha la descripción del paraíso y del pecado de Adán y Eva. El coraje y el realismo con los cuales la Biblia se coloca aquí frente a la realidad del pueblo, hasta hoy causan admiración y provocan imitación.

En la vida del pueblo, había algo que no estaba funcionando como debía. El futuro corría peligro. Algo debía hacerse; de lo contrario, en breve, sería el caos total. Para hacer frente a esa situación crítica del pueblo fue escrita la narración sobre el paraíso. Y ese fue el motivo que trasluce en el texto hasta hoy. El objetivo de la Biblia no es tanto, ni en primer lugar, el de informar sobre lo que sucedió, sino sobre lo que estaba sucediendo en la vida de los lectores. La Biblia, en ese texto, quiere llevar a sus lectores a una toma de posición más crítica y más realista frente a la realidad que los envuelve. Quiere llevarlos a eso a causa y por medio de su fe en Dios.

Anticipando lo que va ser explicado, parte por parte, en las páginas que siguen, podemos resumir el ángulo de visión y el objetivo de la biblia en los siguientes puntos: 1) a la luz de su fe en Dios, el autor percibe una situación desastrosa en el pueblo y quiere denunciar claramente este mal. 2) No se queda en la denuncia genérica, sino que apunta a las responsabilidades con mucha precisión. Quiere que el lector descubra la raíz de aquel malestar generalizado y tome conciencia del origen del mal que se desparrama sin que él lo perciba; o como nosotros decimos, apunta al pecado original. 3) Siendo una responsabilidad diluida y casi inconsciente en el pueblo, el autor quiere concientizar a sus hermanos respecto de la culpa que posiblemente tengan en el malestar que los aflige. 4) Quiere despertarlos hacia una acción concreta y eficiente, que ataque el mal en su raíz y que así transforme la situación de malestar en situación de bienestar. 5) Finalmente, quiere darles la garantía de que la acción transformadora de la realidad es practicable y

ejecutable, pues la fuerza de Dios que garantiza la transformación y el cambio, es mayor que la fuerza que mantiene el malestar. 6) Por esos motivos el texto hacía renacer la esperanza, el coraje y la capacidad de resistir.

## *¿Cómo descubrir el ángulo de visión de la Biblia?*

¿Cómo se sabe que ése es el ángulo de visión y el objetivo de la narración sobre el paraíso? Un libro, para ser bien comprendido, debe ser leído de acuerdo con la intención del autor, expresada en el libro. Una novela de Machado de Asís, por ejemplo, automáticamente, es leída como novela. No es necesario tener una entrevista con el autor, ni se exige que él escriba en la tapa: "¡Atención! ¡Esto es una novela!" El propio libro con su estructura y forma literaria revela su cualidad de novela o, en otros casos, su cualidad de libro de historia o de poesía etc., Si hubiera algún engaño por parte de aquel que lee el libro, la culpa no debe ser atribuida al escritor. El engaño nace o de la ignorancia del lector que no sabe distinguir entre novela e historia, o nace de los cambios que, frecuentemente, ocurren en los modos de componerse los libros.

Pues bien, el texto bíblico en cuestión tiene una forma literaria bien clara, que no deja duda sobre su objetivo y su cualidad; al menos, no la dejaba para los lectores de aquel tiempo. Desde entonces, no obstante, hubo un cambio muy grande en la manera de cómo los escritores exponen sus pensamientos. Ya no estamos habituados a los antiguos tipos de composición literaria. Así, corremos el peligro de engañarnos respecto a ellos. Y de hecho nos engañamos, pues leemos el texto como si fuera una composición literaria del tipo que nos es familiar hoy día, cuando, en realidad, el escritor estaba pretendiendo una cosa completamente distinta. Para nosotros, el texto sobre el paraíso pasó a ser una especie de reportaje que informa a los lectores sobre acontecimientos del pasado, pues es con ese tipo de literatura que más tratamos en la convivencia diaria. En realidad, el texto pretende otra cosa.

Por eso, la interpretación que sigue estará basada en un análisis minucioso del texto bíblico. No queremos alejarnos de la perspectiva y del objetivo propios de la narración, corriendo el peligro de proyectar en ella luces y colores que le son extrañas. Veremos cómo el texto es rico en sentido y mensaje, aún para nosotros los del siglo XX, y cómo lo empobrecemos con nuestra visión tradicional, tan fuertemente marcada por tanta polémica.

## *Las grandes líneas de la narración revelan la idea central*

La narración del Génesis 2, 4-25 y 3, 1-24 tiene tres partes bien distintas. Son como las grandes líneas arquitectónicas que unen entre sí las distintas partes de una obra artística y

las funden en una unidad. A través de ellas, la idea central se difunde en todos los detalles del conjunto.

### *1. Génesis 2, 4-25*

Creación del paraíso y del hombre y situación de este último en el paraíso. Se expresa aquí la intención del Creador sobre el mundo y sobre el hombre.

### *2. Génesis 3, 1-7*

Pecado del hombre y de la mujer. Describe cómo se hizo el pasaje de la situación ideal del paraíso hacia la situación real de la experiencia diaria.

### *3. Génesis 3, 8-24*

Castigo divino provocado por el pecado. En la descripción de ese castigo, el lector reconoce la situación diaria y común de su propia existencia humana.

Esta división revela un objetivo bien preciso: esclarecer al lector sobre la situación concreta de su vida, dominada por sufrimientos, dolores, ambivalencias y muerte, tan bien descritas en la tercera parte. ¿Dónde buscar la causa de este malestar generalizado? Otros pueblos decían que todo era causado por influencia de los dioses. Por eso, ellos caían en una pasividad fatalista frente a los males de la vida. No se ganaba nada reaccionando, pues el origen de los males escapaba a la influencia del hombre. La Biblia, sin embargo, no es de esa opinión. El Dios bueno y justo que ella conoce jamás haría un mundo tan ruin. Este Dios quería exactamente lo contrario. El ideal que Dios quería para el hombre está descrito en la primera parte. Es el Paraíso. Dentro de la narración, el ideal del paraíso funciona como una imagen contraste que se opone, parte por parte, a la realidad ambivalente del mundo actual, descrita en la tercera parte. Entonces, ¿si no es Dios, quién es el responsable por ese malestar generalizado del mundo y de la vida? La respuesta está dada en la segunda parte. El responsable es ADAN, el propio hombre, él mismo y ningún otro. En él está el origen de los males. Por eso, no se permite una actitud pasiva y fatalista delante de los males de la vida. Si el hombre, por su culpa, provocó los males, entonces -y aquí está otro objetivo de la narración- ese mismo hombre, por su conversión e iniciativa, podrá provocar la eliminación de los males y alcanzar el ideal del paraíso. Todo esfuerzo en este sentido tendrá éxito, pues la voluntad de Dios no cambió. Ella continúa inalterable, queriendo el paraíso y destinándolo para el hombre. Así, apoyado en la fuerza y en la fidelidad de Dios, el hombre renace a la esperanza.

Esta es la idea central de la narración que presidió la formulación de las distintas partes. En la exposición literaria de sus ideas, el autor siguió un camino inverso de aquél que él mismo recorrió, para llegar, con la ayuda de Dios, a la intuición de fe que él expuso. En sus

reflexiones personales, partió de la realidad ambivalente y sufrida de la vida del pueblo, para llegar a descubrir cuál era, en verdad, la voluntad de Dios sobre la vida humana. Formuló ese descubrimiento suyo bajo la imagen del ideal del paraíso. En la exposición literaria, parte del ideal del paraíso para llevar al lector hasta la realidad ambivalente de su vida diaria, con la cual termina la narración en la tercera parte. Así, lleva a los otros a no aceptar más esa realidad como una cosa normal y natural, sino que verán en eso una situación que era contraria a la voluntad de Dios, tan claramente expresada en la descripción del paraíso. Deben parar, mirar, juzgar y comenzar a reaccionar. El punto de partida era la reflexión sobre los males de la vida. ¿Cuáles eran estos males que la Biblia quiere denunciar?

## *La percepción de los males es muy relativa*

La percepción del mal depende, en gran parte, del grado de cultura. No todos tienen la misma conciencia crítica en relación a los males que sufren. La falta de agua es un mal para nosotros, pero no lo es tanto para el beduino que vive en el desierto. Una piedra en el zapato es un mal solo para quien usa zapatos. No tener vidrios en las ventanas es un mal para quien vive en un ambiente civilizado, pero no para el indio que vive en su choza. El peligro de los animales salvajes es real para el mestizo que vive en la selva, pero no para los que viven en áreas ya civilizadas. Así podríamos continuar multiplicando los ejemplos.

El mal se impone como problema en el momento en que sobrepasa el límite de tolerancia. En ese momento, el hombre comienza a preguntarse: "Pero ¿por qué debo sufrir esto?" Hay muchos males, sin embargo, que aún no llegaron a alcanzar ese límite. Nosotros los soportamos o teleramos con la mayor naturalidad, porque los consideramos como parte integrante de la vida. Por ejemplo, soportamos el calor del verano y el frío del invierno. Nadie se rebela contra eso, cuestionando: "¿Pero por qué el hombre debe sufrir calor y frío?". Hoy, ya no se tolera un salario insuficiente, pero el salario en sí es tolerado y aceptado como una cosa natural e integrante de la vida. Es muy posible que en el futuro, con el crecer de la conciencia del hombre, no se llegue a tolerar más este tipo de dependencia de uno del otro, expresado en el salario. Así hay muchas cosas en la vida, naturales y normales para nosotros hoy, pero que un día serán declaradas como incompatibles con la vida humana; por ejemplo, la institución de la escuela como sistema normal de formación, centros urbanos con ese conglomerado inmenso de seres humanos, casas de departamentos, grandes iglesias que quedan vacías durante 6 días a la semana, etc.

Cuanto mayor es la sensibilidad, la educación, la cultura y el progreso, tanto más rápido se alcanza el límite de la tolerabilidad y tanto más largo será el paso a través del cual los males pasan de un estado de simple parte integrante de la vida hacia el estado de problema que pide solución. Es lo que se llama la conciencia crítica frente a la realidad.

Por lo tanto, la percepción de los males como males es muy relativa. La conciencia crítica depende de la cultura, del progreso, de la vivencia y de la sensibilidad que la persona o el grupo tiene. Ella puede nacer y crecer en una dirección cierta y en una dirección falsa. Depende de la visión que se tiene del hombre. Por eso tiene gran influencia en la formación de la conciencia crítica la fe que anima a la persona.

Estas cosas ayudan a comprender mejor la narración bíblica que vamos a explicar. El mal, denunciado por el autor de aquella narración, fue percibido por él dentro de los esquemas culturales de aquel tiempo, según el grado de conciencia y de vivencia que el pueblo poseía a la luz de su fe en Dios.

## *El mal que la Biblia constata y rechaza en el ambiente de la vivencia familiar*

El autor constata una ambivalencia y una contradicción generalizada en la vida humana. Aquello que debería ser un bien para el hombre, era en realidad un motivo y un instrumento de sufrimiento y de opresión. Muchos tal vez ni lo percibían y lo consideraban como una cosa natural e inevitable. El, sin embargo, ya no lo acepta más y lo rechaza. Y en algunos aspectos, su conciencia crítica es mucho más evolucionada que la nuestra de hoy, pues ya no soporta más ciertas cosas que, para nosotros, ni siquiera llegaron a ser problema. Todo eso lo describe en la tercera parte de su narración.

### *1. Ambivalencia del Amor Humano*

El amor humano entre marido y mujer, valor tan bueno y hermoso, se volvió en la práctica, un instrumento de dominación. La mujer se siente atraída por el marido y al mismo tiempo, es dominada por él: "Sentirás atracción por tu marido, y él te dominará" (Gn. 3,16). El amor es ambivalente. ¿Por qué?

### *2. Ambivalencia de la Propia Vida*

La propia vida es ambivalente. Todo en el hombre dice: ¡Quiero vivir! Y mientras tanto, la muerte lo espera, inevitablemente. Nadie escapa: "… hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste sacado. Porque eres polvo y al polvo volverás (Gn. 3,19). ¿Por qué ese germen de muerte dentro de la propia vida, el cual proyectas un velo de luto sobre todas las alegrías?

### *3. Ambivalencia de la Maternidad*

La generación de nuevos hijos que perpetúan la vida, aumentando la alegría entre los hombres, se hace, inexplicablemente, con dolores de parto. ¿Por qué? ¿No debería ser lo

contrario? La maternidad esclaviza a la mujer, multiplicando sus sufrimientos: "Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz tus hijos con dolor" (Gn. 3,16). Para la mujer que es madre, la muerte se aproxima allá donde se origina la vida para el otro. ¿Por qué?

### *4. La ambivalencia de la Tierra*

La tierra, destinada a producir frutos y alimento para el hombre, solo produce "cardos y espinas" (Gn. 3, 18). El suelo solo parece maldito (cfr. Gn. 3,17). Resiste al trabajo del hombre: Cuesta mucho sufrimiento sacar de allí un poco de alimento para el sustento: "Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida… Ganarás el pan con el sudor de tu frente" (Gn. 3, 17.19). ¿Por qué todo eso? ¿Por qué la tierra no es como debería ser?

### *5. Ambivalencia del Trabajo*

El trabajo, elemento necesario en la vida humana y medio para proveer a la subsistencia es, en la realidad, causa de mucho sufrimiento y cansancio, pues exige mucho esfuerzo y rinde poco. Dificultades, sudor, cansancio, y al final, la muerte (Gn. 3, 17-19). ¿Por qué?

### *6. Ambivalencia de los Animales*

Los animales, seres inferiores al hombre, deberían vivir en paz con él y servirlo. En cambio, no se puede confiar en ellos. Amenazan la vida humana y existe una enemistad a muerte entre ellos (Gn. 3, 15). Esto es un problema real para quien vive en la montaña o en el trópico, aislado de los otros, donde las serpientes traicioneras acechan al hombre a cada paso. ¿Por qué la vida combate la vida?

### *7. Ambivalencia de la Religión*

Dios, como Creador y Amigo de los hombres, debería ser motivo de alegría y de esperanza. Poder convivir con El, debería ser el bien supremo. En realidad, sin embargo su presencia causa miedo. El hombre se esconde y huye: "Oí tus pasos por el jardín, respondió él, y tuve miedo porque estaba desnudo. Por eso me escondí" (Gn. 3,10). ¿Por qué?

¿Por qué todo eso? El autor llegó a un grado de conciencia en que esas cosas dejaron de ser una simple parte natural e integrante de la vida humana. El realismo de su fe en Dios cuestionó la realidad de la existencia, constató esas ambivalencias y contradicciones y ya no las soporta. La vida sería más vida, si no existiese la tremenda ambivalencia que perturba todo. El comenzó a reaccionar, indagando el porqué de todo eso.

El ambiente de observación del autor, al menos en esa narración, es muy restringido. Es el ambiente familiar y agrícola; amor y casamiento; dolores de parto y trabajos en casa con los hijos; vivir y tener que morir; la tierra seca que debe ser sembrada con duro trabajo que provoca el sudor del rostro; la amenaza de los animales salvajes en el interior del país; la religiosidad hecha de miedo. Probablemente, el autor es un hombre de campo, uno de esos sabios realistas que dieron origen a los proverbios, recopilados más tarde en los libros de sabiduría. Al vivir en ese ambiente del campo es que fue teniendo su experiencia de vida y que comenzó a formular una conciencia crítica sobre su realidad.

## *El mal que la Biblia constata y cuestiona en el ambiente de la convivencia social*

El autor no se detuvo en el umbral del propio huerto, como si no existiese otra persona en el mundo. Su vida familiar no existe separada de la vida social más amplia. Las dos se compenetran, una influye sobre la otra y, juntas, complementan una unidad. Así, en los capítulos 4 a 11, el autor lanza una mirada crítica sobre el mundo que lo rodea. En este círculo más amplio, constata otros males y ambivalencias que pasan a ser enumerados.

La narración del paraíso no puede ser separada de los capítulos que siguen. La unidad literaria que existe entre los once primeros capítulos del Génesis, refleja la unidad real entre la vida personal, familiar y social.

### *1. Dominio de la Violencia y de la Venganza*

Existe una violencia extrema en la convivencia humana, donde Caín mata a Abel (Gn. 4,8). La violencia es tan grande al punto de volverse una plaga social. El único medio de defenderse contra ella es la venganza redoblada y la represión. Pero también la venganza y la represión sobrepasan los justos límites. Una pelea cualquiera lleva a una venganza que retribuye setenta y siete veces: "Yo maté a un hombre por una herida, y a un muchacho por una contusión. Porque Caín será vengado siete veces, pero Lamec lo será setenta y siete" (Gn. 4, 23-24). La violencia se está esparciendo entre los hombres, cuando éstos, siendo todos de la misma raza humana, podrían ser amigos unos de los otros. ¿Por qué?

### *2. Dominio de la Magia*

Viviendo en una situación de defensa y de amenazas contínuas, el hombre busca un apoyo en fuerzas superiores y divinas. Entra en el mundo de la superstición y de la magia, buscando a través de ritos y acciones mágicas, garantizar su vida y la protección de los dioses.

Lo divino y lo humano se confunden de tal manera que se llega a la prostitución sagrada y al pretendido casamiento de los hijos de Dios con las hijas de los hombres (Gn. 6, 1-2,4). Los hombres pierden la proporción de las cosas, y todo termina en una corrupción generalizada (Gn. 6,5). ¿Por qué todo eso? ¿Por qué no vivir en la fe y en la confianza, por las cuales el hombre se pone en su justo lugar frente a la divinidad y que permiten su crecimiento y realización?

### *3. Dominio Universal de la División*

El autor constata finalmente que en este mundo, nadie se entiende. Todos viven peleando entre sí; cada cual vive en su rincón, sin posibilidades de unión, aun queriéndolo, a causa de las distancias y de las lenguas diferentes (Gn. 11,9).

El mundo ofrece un espectáculo de confusión y de dispersión inexplicables, cuando la humanidad podría ofrecer un espectáculo de unidad. Es la voluntad de dominar de uno contra la del otro, que provoca esa división. Los hombres llegan a pensar que ellos ya no tienen que rendir cuentas a nadie. Son los únicos señores de todo. La confusión generalizada es la consecuencia. ¿Por qué todo eso?

Ese es el análisis crítico que la Biblia hace de la realidad social. Ella usa el lenguaje y las categorías comunes de aquel tiempo. Habla de los problemas tales como se presentaban en aquel tiempo. La violencia, la venganza, la magia, la corrupción, la división y la dominación universal tenían formas más bien primitivas respecto a las de hoy.

Además de eso, como campesino, el autor parece tener una cierta desconfianza contra el progreso técnico y sitúa los desvíos de la violencia, de la venganza y de la división dominadora en aquellos que viven en ciudades (Gn. 11,4), que trabajan en la industria del hierro y del cobre (Gn. 4, 22) o en aquellos que viven como beduinos en el desierto (Gn. 4,20), entre los cuales se encuentran grupos extraños de artistas, dados a la música (Gn. 4,21).

Ya en aquel tiempo, los campesinos presentaban rasgos de ser hombres conservadores, muy apegados a la propia clase. Pero esto no les impedía tener una conciencia crítica frente a la realidad. Técnica y progreso por una parte, y conciencia crítica por otra parte, no siempre van juntos.

## *La Pedagogía de la Biblia en la denuncia de los males*

Esa manera de presentar la realidad de la vida personal, familiar y social es un intento de comunicar a los otros la misma conciencia crítica que el autor ya poseía. Él quiere abrir los ojos de los otros, sacarlos de la apatía y despertarlos frente al problema que envuelve la realidad: ¿Dónde está la causa de todos esos males, para poder combatirlos con eficiencia?

Hay una cierta pedagogía en ese esfuerzo de concientización. No se juega desde luego todos los problemas. La conciencia crítica nace, en el ambiente inmediato de la intimidad de la vida familiar, por una observación minuciosa de lo particular y de lo personal.

Solo después, a partir de eso, ella va agrandando sus horizontes hasta alcanzar los problemas universales y colectivos de la humanidad.

La Biblia hace ver así que hay una ligazón inseparable entre la vida personal y el problema mundial. Evita así la pretensión de aquellos que quieren arreglar el mundo, sin primero someter a una seria revisión la propia vida personal y familiar.

Debe hacerse notar además, que los once primeros capítulos del libro del Génesis, inclusive la narración del paraíso, no son una estadística, o sea, no son ni pretenden ser el relato de una investigación crítica de la realidad. Esto ya representa una fase ulterior, en la cual el resultado de la observación crítica de la realidad es usado teniendo en vista un cambio que debe ser provocado. La finalidad que la Biblia tiene aquí en vista, no es la de informar simplemente sobre la situación en que viven los lectores, sino que es la de llevar a sus lectores a tomar conciencia de la situación real en que se encuentran, con miras a su transformación. Muchos no sólo ignoran esta situación real, sino que además contribuyen a aumentar la confusión reinante. La narración los despierta al peligro que están corriendo, si continúan en la línea en que están viviendo. Es una narración esencialmente inconformista de alguien que ya tomó una opción frente a la realidad. Tomó esa opción, basado en su fe en Dios.

## *¿Cómo la Biblia forma y formula la Conciencia Crítica respecto a los males de la vida?*

¿Por qué no se conforma el autor con los males y con las ambivalencias que él constató en su vida familiar y en la vida social? ¿Cómo llegó él a tener esta visión peculiar, expresada en su narración?

Es el realismo de su fe. Es la convicción del autor y de toda la biblia de que Dios es bueno y justo. Dios quiere el bien de los hombres y no su condenación. No se puede atribuir a Dios la culpa de los males que sufrimos. No se puede decir: "¡Paciencia, vamos a aguantar! La vida es así. ¡Dios la quiere así!". El autor sería el último en buscar en Dios o en la religión una justificación para una falsa paciencia que pacte con la situación. Su fe le dice: "¡Dios no quiere esto que está ahí!" En este punto, discrepa radicalmente con los otros pueblos que atribuían todos los males a la acción directa de los dioses. El no. Eso que está ahí no puede tener la bendición de Dios ni su aprobación. Ni puede ser mantenido bajo la invocación de que Dios lo quiere así.

Él comunica esa visión crítica de la realidad diciendo que la situación en que el pueblo y la humanidad se encuentran es una situación de castigo (cfr. Gn. 3, 14-19). Siendo una situación de castigo, el castigado es responsable por ella. No podrá alienarse ignorando su parte de responsabilidad en los males que sufrimos. Además de esto, una situación de castigo nunca es una situación normal y definitiva. Es solamente provisoria y pasajera. Su anormalidad continuará, en tanto el castigo no fuera cumplido y la culpa expiada. No se puede decir: "¡Dios castigó, por lo tanto, Dios quiso esta situación! ¡Solo nos queda tener paciencia!" El juez que juzga y condena al acusado a un castigo, no quiere el castigo como situación definitiva. Por el contrario, quiere el bien del acusado. Este bien queda más allá del castigo, es decir que podrá ser alcanzado, única y exclusivamente, por la aceptación activa y responsable del castigo. En la raíz del castigo está la culpa del castigado, por el cual se produce una ruptura de relaciones entre personas que pide restablecimiento. Solo por la aceptación positiva del castigo, el condenado se redime, se regenera y restablece las relaciones interrumpidas.

Siendo la situación del hombre una situación de castigo, dos actitudes frente a los males de la vida se excluyen definitivamente: pasividad resignada y rebelión ciega. Estar preso es un castigo que mira hacia la recuperación del hombre. Él no se recupera, si se rebela contra su prisión; ni se recupera, si la acepta pasivamente. El castigo debe llevarlo a una profundización de su vida y a una consideración de su culpa y responsabilidad.

Donde existe una visión fatalista de la vida, no hay lugar para el castigo, ni para la regeneración y la redención. Diciendo que la situación de malestar es una situación de castigo infligida por Dios, la Biblia apela hacia la responsabilidad y suscita la pregunta: "¿Cuál es mi parte de culpa en todo esto?" "¿Qué hago para enfrentar este castigo, de tal manera que me redima y regenere y sea de nuevo aquello que Dios quiere de mí?" Quedan excluidas la aceptación pasiva de la realidad y la rebelión ciega contra ella, pues por ambas actitudes, el hombre niega su responsabilidad en los males de la vida. Ambas son actitudes de alienación.

Finalmente, diciendo que los males que sufrimos son un castigo de Dios, la Biblia pone la relación de Hombre con Dios como el eje fundamental para la armonía de todo el resto. No es posible restablecer el orden roto de la vida, sin considerar el lugar que Dios debe ocupar en la vida de los hombres.

De esa manera de encarar la realidad, nacen dos preguntas fundamentales: 1) Es fácil decir que Dios no quiere al mundo así como está. Pero, ¿cómo es entonces que Dios quiere que el mundo sea? 2) El juez que pronuncia la sentencia no es la causa del mal. El solamente decreta aquello que el reo atrajo sobre sí por su conducta equivocada. Pero ¿cuál es entonces, ese mal que tenemos y por el cual sufrimos todos los males?

La respuesta a esas dos preguntas va a llevarnos a comprender el sentido del paraíso y del pecado de Adán.

## *La rampa de lanzamiento da idea del Paraíso*

Su fe en Dios hace del autor una persona bien consciente, que no es conformista, ella lo lleva a resistir, a reaccionar y a buscar una solución. Lo lleva a estimular y a ayudar a los otros a tomar el mismo nivel de conciencia que él mismo posee. Su fe no es fatalista ni providencialista, propia de quien espera que todo suceda a partir de Dios, sin la participación del hombre. Su razonamiento es éste: si el mundo tal como está ahí, no es como Dios lo quiere, entonces, yo, en conciencia, no puedo contribuir para que este mundo continúe así como está. Yo estaría actuando contra la voluntad de Dios.

Pero ¿cuál es esa voluntad de Dios? Si el mundo está equivocado, si debe ser transformado, para poder estar de acuerdo con lo que Dios quiere, entonces yo debo saber bien concretamente qué es lo que Dios quiere respecto de ese mundo y de la vida. De lo contrario, nada puedo hacer, pues no sabría cómo orientar mi acción.

El autor, lógicamente, tampoco sabe cómo tendría que ser el mundo para estar de acuerdo con la voluntad de Dios. No consta que haya tenido una entrevista con Dios respecto a esto. El sólo conoce este mundo equivocado y ningún otro. Pero él sabe que Dios es bueno, justo y verdadero. Esta su convicción de fe respecto de Dios es la rampa de lanzamiento de su mensaje. Es precisamente a causa de eso que está convencido de que la situación actual no es como debe ser. Un Dios bueno, justo y verdadero jamás haría un mundo así, ni podría pedir la pasiva aceptación de ese mundo. Pero entonces ¿cómo debería ser?

Para responder a esta pregunta y para hacer comprender mejor lo que el hombre está perdiendo por su conducta errada, él simplemente imagina una situación de bienestar, de la cual elimina todo el mal que constata y rechaza en el mundo en que vive. El resultado de esta operación intelectual es el paraíso. El paraíso describe una situación de vida que es exactamente lo opuesto de aquello que el autor conoce y experimenta en la vida real de cada día. Basta analizar la descripción del paraíso, confrontándola con lo que vimos anteriormente sobre la situación real, para convencerse que esa es la intención de la narración. Una situación es la negación de la otra, pero ambas dicen respecto a la misma fotografía, a la misma vida humana.

## *Paraíso: Imagen-Contraste de la Realidad*

Analizando, parte por parte, la descripción del paraíso del génesis 2, 4-25, se nota esa intención manifiesta de establecer un paralelo de oposición con la situación real, descrita en la tercera parte de Génesis 3, 8-24.

## 1. *Relación Marido y Mujer*

La mujer ya no es dominada por el marido, sino su compañera, igual al varón. Dios quiere que ella sea "una ayuda adecuada" (Gn. 2,18). Y el hombre reconoce tal dignidad e igualdad, pues exclama: "¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!" (Gn. 2,23). El hombre es atraído por la mujer y se une a ella, "y los dos llegan a ser una sola carne" (Gn. 2,24), sin que haya dominio de uno sobre el otro.

## 2. *Vida y Muerte*

La vida ya no muere, pues puede continuar para siempre. Pero puede continuar para siempre, no por un dinamismo propio inherente a la propia vida, sino por un don gratuito de Dios. La inmortalidad no está dentro de las posibilidades naturales del hombre, por más que lo desee. Dios, no obstante, respondió a ese deseo profundo del hombre e "hizo brotar el árbol de la vida en medio del jardín" (Gn. 2,9). Basta que el hombre lo coma para que pueda vivir siempre (cfr. Gn. 3,22). La muerte fue eliminada y ya no entristece la vida.

## 3. *Maternidad y Dolores de Parto*

No hay ahí dolores de parto, pues ni parto hay. Una vez que el hombre no muere, no hay necesidad de engendrar a fin de prolongar la vida más allá de la muerte. Se llegó a una situación, de la cual Jesús dirá más tarde: "En la resurrección nadie tendrá mujer ni marido" (Mt. 22, 30). El anuncia la cesación de la generación, pues, se llegó a una situación en que los hombres ya "no podrán morir" (Lc. 20, 36). Lo que continuará existiendo es el amor perfecto. El autor, a lo que parece, no está pensando en una pareja histórica que estaría en el comienzo de toda la humanidad. Está pensando, como veremos, en los hombres y en las mujeres que él conoce de su tiempo, todos simbolizados y representados en Adán y Eva.

## 4. *Fertilidad de la Tierra*

La tierra ya no es más maldita. Ella es fértil y produce árboles frondosos con muchas frutas de todas las especies, "frutas atrayentes y apetitosas" (Gn. 2, 9), que aseguran el sustento del hombre. Ya no hay sequía, pues la irrigación está naturalmente garantizada por un río que, "riega el jardín, y desde allí se divide en cuatro brazos" (Gn. 2,10). Son los cuatro mayores ríos del mundo de aquel tiempo. Tanta abundancia de agua no puede existir en ninguna parte del mundo. Y aquí también, la Biblia hace notar que el hombre no nació en esa situación, sino que fue puesto en ella por Dios (Gn. 2,8.15). Todo eso el hombre lo poseerá por un don de Dios, quien lo colocó, gratuitamente, dentro de las posibilidades del hombre.

### *5. Trabajo y Subsistencia*

El trabajo ya no es más motivo de opresión. Forma parte de la vida del hombre, pero es trabajo liviano: cultivar un jardín y cuidarlo (Gn. 2,15). Eso no exige mucho esfuerzo, sobre todo cuando en ese jardín hay gran abundancia de agua y cuando en él solo crecen árboles. Eso, cualquiera lo hace con gusto.

### *6. Relación con los Animales*

Ya no existe ahí ninguna enemistad entre hombres y animales, al contrario, los animales existen para el hombre y son aquello que el hombre quiere que sean: "El hombre dio un nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo" (Gn. 2,20).

### *7. El Hombre delante de Dios*

Dios es amigo de los hombres y convive con ellos en la mayor intimidad, sin que su presencia sea motivo de pavor y de miedo. Pasea en el jardín, donde viven los hombres (Gn. 3, 8.10). Dios se extraña por el comportamiento del hombre que huye de miedo (Gn. 3, 9.11). Nunca hizo eso antes.

Es eso lo que el autor imagina y es así como él concretiza la intención de Dios sobre el mundo y sobre el hombre. En su lenguaje simple y popular, pero de gran profundidad y seguridad, sabe presentar el ideal que Dios quiere realizar. Es el ideal de la total armonía: armonía del hombre con Dios, armonía del hombre con sus semejantes, armonía con el reino animal, armonía del hombre con la naturaleza que lo rodea. Es el orden radical y total. Todo está perfectamente integrado en torno del eje que es la amistad del hombre con Dios. No hay ninguna voz disonante.

El cuadro que la biblia presenta aquí con la descripción del paraíso es exactamente lo opuesto al caos y al desorden que él conoce, experimenta y sufre en la vida diaria. Todo aquello que denuncia en la descripción de la realidad de la vida familiar, aquí no existe, fue eliminado. En el paraíso no existe: ninguna ambivalencia, ninguna opresión o dominación. Es la Paz total. Así el autor concretiza su fe en la bondad, en el poder y en la fidelidad de Dios.

## *Paraíso: profecía del futuro proyectada en el pasado*

Es así como le gustaría a Dios que fuese el mundo. Dios no quiere la dominación del marido, no quiere los dolores del parto, no quiere la muerte ni la sequía, no quiere el trabajo esclavo y opresor ni la amenaza de los animales, no quiere la religión del miedo. Y

Dios no cambia de idea, ni cambiará. Una vez que Él quiso el paraíso, esto es, una vez que quiso la armonía perfecta y la paz total, continúa persiguiendo ese objetivo hasta que se realice de hecho. "Pues, basta que Él hable o dé una orden, para que la cosa exista o se realice. El Señor puede arruinar los proyectos de los hombres, y frustrar los planes de los pueblos. Solo el plan del Señor tiene firmeza para siempre, el proyecto que El hizo atraviesa los tiempos (Sal. 33, 9-11).

Esa voluntad de Dios, que quiere el bien y la paz, es para el autor la garantía de que el paraíso continúa siendo una posibilidad real. Confiado en esa voluntad soberana de Dios, el hombre puede poner manos a la obra, comenzar a resistir contra los males de la vida y trabajar en la construcción de un mundo de paz. Sus esfuerzos tendrán éxito. Podrá decir: "Feliz la nación cuyo Dios es el Señor, y lo elige como su herencia" (Sal. 32, 12). Para el autor, el paraíso no es algo que ya pertenece al pasado, sino al futuro. No es una nostalgia que habría dejado marca y que suscitaría en el hombre el deseo de volver al abrigo del seno materno. Por el contrario. El paraíso es como la maqueta del mundo. Es la planta de la construcción que realizará el arquitecto que es el hombre. Es un proyecto que desafía constantemente la fe y el coraje del hombre. Está colocado en el comienzo de la biblia, porque antes de que alguien haga cualquier cosa, debe saber lo que quiere, y debe elaborar un proyecto posible de ser ejecutado. La plena realización está anticipadamente expresada en la descripción del paraíso, hecha con imágenes y símbolos, sacados de la realidad del pueblo de aquel tiempo, para que sirva de orientación y de estímulo al caminar de la acción humana.

Por eso, se puede decir que el paraíso es una profecía proyectada en el pasado. En efecto, elementos de esa descripción se encuentran en los libros de los profetas. El autor no hablaba un lenguaje extraño al pueblo, sino que usó imágenes y símbolos que todo el mundo conocía. Así, por ejemplo, el profeta Ezequiel habla de "jardín de Dios" y de "jardín de Edén" (Ez. 31, 7-9. 16.18; 36,35). Para Isaías, el Edén sirve como imagen del futuro de la ciudad de Sión (Is. 51, 3). En el mismo libro del profeta Isaías, se describe el futuro mesiánico como una situación de paz total entre hombres y animales (Is. 11, 6-9). La descripción del futuro, como situación de amistad perfecta entre Dios y los hombres, es frecuente en los libros de los profetas (cfr. Jr. 24,7; 32, 39). Debido a la amistad con Dios, los pecados serán todos perdonados (Jr. 31, 34). Todo será renovado (Is. 66, 22; 65, 17). Todos los males de la vida desaparecerán (Is. 11, 9).

Otros elementos de esa narración del paraíso se encuentran en los mismos libros proféticos y en otras partes de la Biblia. Jeremías habla de la imagen de Dios-Alfarero: "Mirad que como el barro en la mano del alfarero, así son ustedes en mi mano, casa de Israel". (Jr. 18, 6). La imagen del árbol de la vida ocurre en el libro de los Proverbios (Pr. 11,30; 13, 12; 15,4). Isaías habla del deseo de ser igual a Dios (cfr. Gn. 3,5) que trajo como castigo la muerte (Is. 14, 14-15). Ezequiel cuenta una historia semejante de alguien que fue puesto en el jardín de Dios y del cual fue expulsado a causa de su pecado (Ez. 28, 12-19).

Como los profetas, así hizo el autor. Con elementos literarios, conocidos por todos, forjó una imagen del futuro que él proyectó en el pasado. Dios hizo como hace el arquitecto. Antes de construir una casa, elabora el proyecto ideal. Lo ideal es siempre lo primero en la intención y lo último en la fase de ejecución. Preexiste a toda acción concreta y la orienta en la fase de su ejecución hasta el fin.

## *La esperanza del hombre: dones sobrenaturales y preternaturales*

La narración del paraíso sugiere las enormes posibilidades que Dios puso en la vida humana, posibilidades que continúan abiertas hasta hoy. Existe para el hombre la posibilidad real de poder vivir y convivir con Dios, sin pecado alguno, en la perfecta justicia. El hombre, tal como Dios lo quiere, tiene además de esto, la posibilidad real de vivir siempre y de ser inmortal. Finalmente, está abierto para él camino para llegar un día a ser feliz, sin sufrimiento, viviendo plenamente integrado consigo, con los otros y con la naturaleza. Esta es la esperanza que el hombre puede alimentar dentro de su corazón y que debe provocar su acción.

Esas posibilidades no están dentro del hombre como una parte natural de su vida. Son un don gratuito de Dios, llamado tradicionalmente "dones sobrenaturales y preternaturales". Por medio de ellos, Dios agrandó el horizonte de la existencia humana. Por medio de esa narración, la biblia pone al hombre en un lugar un poco más alto que permite sobrepasar los horizontes estrechos de la propia capacidad. Hace entrever al hombre un poco más lejos el futuro que Dios le reserva, para poder así orientarse mejor en el presente. En una palabra, hace saber que el destino del hombre está en la armonía total y que el hombre, ayudado por el poder y por la fidelidad de Dios, podrá realizar la Paz futura. Dios entregó todo en las manos del hombre. El mundo será lo que él decida que sea.

Así, cualquier acción hecha para la construcción de la Paz, para la preservación de la vida o para la armonía entre los hombres, tienen la bendición de Dios y tendrá buen éxito en el futuro, aunque el hombre no vea bien cómo se realizará eso. Exige de él un acto de fe que se apoya en Dios. El paraíso es un medio para ayudar al hombre a llegar a tal actitud de fe, que abre su vida hacia una nueva esperanza y que es capaz de despertar en él la adhesión total a la causa de la Paz.

## *La realidad contradice el ideal de Dios: ¿Quién es el responsable?*

Con la descripción del paraíso, el autor denuncia radicalmente el mundo que él conoce. El lector, sin dificultad ninguna, reconoce ahí lo opuesto a aquello que él vive y experimenta en la vida de cada día. La lectura provoca una especie de impacto y suscita la gran pregunta: "Pero, si es este el mundo que Dios quiere, ¿por qué entonces nuestro mundo

actual es exactamente lo contrario de aquello que debería ser? ¿Quién es responsable de eso? "

Con esta pregunta, el problema está expuesto y no volverá más al subconsciente, pues estimulará al hombre a buscar hasta encontrar una respuesta satisfactoria. Esa pregunta es el primer paso para crear en sí la conciencia crítica. Es el primer paso para la Conversión o transformación que la Biblia quiere provocar y que, por lo tanto, Dios quiere provocar.

La respuesta va a ser dada en lo que sigue sobre la serpiente que tienta a la mujer y que lleva a los dos a trasgredir el precepto de Dios. Allí, el autor trata de apuntar el origen del mal y esclarecer al lector respecto a sus responsabilidades en los males de la vida. Trata de mostrar dónde está el pecado. El habla un lenguaje extraño tal vez para nosotros, pero perfectamente comprensible para sus lectores, pues usa elementos y símbolos comunes de la cultura de aquel tiempo.

Dos elementos ocupan un lugar clave en la solución del problema que lo agita: los dos árboles, uno de la vida y otro del conocimiento del bien y del mal, y la serpiente.

## *El árbol del conocimiento del bien y del mal*

La única prohibición que tiene el hombre en el paraíso es aquella de no poder comer del árbol del conocimiento del bien y del mal: "…porque el día que de él comieras quedarás sujeto a la muerte" (Gn. 2,17). Se parece a aquella prohibición arbitraria que dijera: "¡El día en que usted no respete la señal roja de las esquinas, será condenado a muerte, usted y todos sus descendientes!" En realidad, sin embargo, no es así.

La orden de Dios no es solamente prohibición, sino que abarca dos cosas: poder comer de todos los árboles, inclusive del árbol de la vida, y no poder comer del árbol del conocimiento del bien y del mal (cfr. Gn. 2, 16-17). Estas dos orientaciones divinas no pueden ser separadas, pues una es la alternativa de la otra. Es la elección entre la vida y la muerte, entregada a la opción libre del hombre. Por un lado, está el árbol del conocimiento del bien y del mal que trae consigo la muerte.

Para poder comprender bien el pensamiento del autor, es necesario considerar la estrecha ligazón y la casi identificación que existía entre la Sabiduría y la Ley de Dios, ambas simbolizadas por el árbol. El árbol era una imagen familiar de la Sabiduría que Dios comunicaba a los hombres. Quien encontraba la Sabiduría encontraba la vida (Pr. 8,35). Por eso, decían de la Sabiduría que ella era un "árbol de la vida" (Pr. 3, 18). Ella enseñaba el camino a seguirse en la vida. Indicaba las encrucijadas y los cruces en que el hombre debía prestar atención para evitar el mal y seguir el bien. La expresión más perfecta de esa Sabiduría se encontraba en la Ley de Dios (cfr. Sal. 118, 98. 104. 130). Siguiendo las sabias prescripciones de la ley, el hombre encontraba la vida: "¡Por ellas encontrarán la vida!"

(Sal. 118, 93). El hombre que observaba la ley se volvía semejante a un árbol exuberante, plantado a la vera de las aguas (Sal. 1, 3; Jr. 17, 8).

Así, el verdadero conocimiento del bien y del mal sólo podía ser obtenido por la conquista de la Sabiduría, o sea, por la observancia de la Ley de Dios. De eso dependía la opción libre entre la vida y la muerte. En el momento de entregar la ley al pueblo, Moisés habló: "Hoy pongo delante de ti la vida y la felicidad, la muerte y la desdicha. Hoy pongo por testigos contra ustedes al cielo y a la tierra: yo les doy a elegir entre la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida, y vivirás tú y tus descendientes, con tal que ames al Señor, tu Dios, escuches su voz y le seas fiel" (Deut. 30, 15. 19-20). Por lo tanto, come del árbol de la vida y conquista la vida aquél que observa la Ley de Dios. Ese obtiene "un corazón sabio, para conocer el bien y el mal" (1 R. 3,9).

Pero el hombre es libre para rechazar la Ley de Dios con su Sabiduría. Él puede querer obtener por sí mismo la vida y el conocimiento del bien y del mal, sin atarse a ninguna norma superior. Sería como alguien que, perdido en una región que desconoce, trazara, con su inteligencia, un mapa geográfico de la región y después se orientara por ese mapa para reencontrar el camino. El mapa no sería nada más que una proyección de sus propias ideas y deseos. No ofrecería garantía ninguna. Basarse en él sería la más pura ilusión. Así es el hombre que sigue su propio criterio y dicta su propia ley, sin guiarse por la Ley de Dios, queriendo ser para sí mismo el criterio único, exclusivo y absoluto de su comportamiento. Ese hombre podría encontrar todo, menos a Dios y a la vida. Sería la más pura ilusión. No encontraría salida. Inevitablemente, encontraría la muerte. Quien así procede cae en la categoría de aquellos de quienes Isaías afirma: "Ay los que llaman al mal bien y al bien mal; que dan oscuridad por luz, y luz por oscuridad; …Ay los sabios a sus propios ojos y para sí mismos discretos!" (Is. 5, 20-21). Es la situación del hombre que se cerró dentro de sí mismo y que dejó de considerar a su vida como un don recibido.

Considera la vida como de su exclusiva propiedad, sin relación alguna con cualquier valor más alto que él. Eso sería matar al hombre en su raíz. No necesitaría ni apelar a la Biblia, para saber que el hombre no encuentra el sentido de su vida sólo dentro de sí mismo, sino fuera de sí, en el otro. La cuestión es saber: ¿qué otro? La Biblia dice que el Otro, que puede realmente ser el fin definitivo de todos los anhelos del hombre sin peligro de frustración, es Dios.

Así, el hombre está delante de las dos alternativas expresadas en la orden de Dios: o conquistar la sabiduría observando la ley de Dios y encontrar en Dios la vida o ignorar todo eso, querer ser Dios para sí mismo (cfr. Gn. 3,5), determinando por sí mismo y por propia investigación lo que es bueno y malo, y separarse de Dios, encontrando la muerte.

Es ese el sentido de la orden de Dios de comer de todos los árboles, inclusive del árbol de la vida, y de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. Son las dos opciones posibles que se abren delante del hombre.

Se trata de la condición misma de la vida humana: poder disponer de todo, pero disponer conforme al designio y a la sabiduría del Creador. Esta orden divina es un símbolo que resume la norma que debe regir todo el comportamiento: "sea sabio y siga la ley de Dios, esto es, coma del árbol de la vida.

No quiera fabricar para usted una ley con su propia cabeza, esto es, no coma de la fruta prohibida del árbol del conocimiento del bien y del mal". No es una orden arbitraria. Es una expresión de aquello que es la ley fundamental, inscrita en la existencia misma del hombre.

## *"Intermezzo" Sobre la acción creadora, acción que construye la armonía y la Paz*

Nuestra noción de creación se define como creación de la nada. En la Biblia no es así. Los antiguos miraban la acción creadora bajo otro ángulo. Observando la vida y la naturaleza, percibían en ellas un ritmo constante que les garantizaba la subsistencia: lluvia en la primavera, inundaciones regulares de los ríos, ciclo inalterable de las estaciones del año, sucesión de los días y de las noches, renovación anual del ganado, etc. Una fuerza mayor que la del hombre, parecía mantener este orden armonioso y aplastar, en cada momento, la amenaza de desorden y de caos, que hacían peligrar la vida. La vida humana quedaba en una dependencia total de esa fuerza mantenedora del orden.

Por eso, en aquel tiempo, la investigación sobre el origen del universo no iba más allá de la constatación de este orden. Fue con la creación de la armonía, pensaban ellos, que todo comenzó a existir. Sin ella, nada podría existir. Identificaron así la acción creadora con la fuerza mantenedora del orden. Por eso para ellos, la situación anterior a la creación, no era nuestro nada, sino que era el caos o el desorden total, en que no era posible la vida humana (cfr. Gn. 2, 4-6).

Ese desorden, sin embargo, no parecía haber sido vencido definitivamente por la acción creadora. Constantemente, la vida corría peligro ante las amenazas imprevisibles de la naturaleza, que desintegraba el ritmo del universo: tempestades violentas, inundaciones desastrosas, terremotos, sequías prolongadas, enfermedades en el ganado, etc., el ideal supremo sería: llegar a una tal situación de armonía y de paz en que ya no existiría más la amenaza del caos y del desorden.

Para los otros pueblos, esa amenaza constante provenía de la acción de los dioses malos. Por eso, por medio del culto mágico y supersticioso, trataban de apaciguar a tales dioses. Así, para ellos, el camino para llegar al ideal de la armonía, estaba en el culto mágico y en las prácticas supersticiosas. No alcanzaba la vida ni el comportamiento ético del hombre.

La Biblia, sin embargo, no es de esa opinión. Para ella, la amenaza contra el orden provenía del propio hombre, cuando éste se negaba a seguir el camino indicado por la Ley de Dios. El camino para llegar al ideal de la armonía y de la paz no pasaba por el culto mágico, desligado de la vida, sino que era un camino a ser abierto por el propio hombre a través de un comportamiento ético, motivado por su fe en Dios. Solo así sería posible reintegrar la vida en su raíz y construir el orden, del cual el paraíso era el símbolo.

La norma de este comportamiento ético era la Ley y la Sabiduría. Lo que Dios quería no era un culto alienado, sino el asumir la vida: comer del árbol de la vida y dejar de comer del árbol del conocimiento del bien y del mal.

Así se ve que la narración del Génesis 2, 4-3, 24 tiene poco que ver con la creación inicial del mundo y del hombre. Ella tiene que ver con la recreación de la paz y de la armonía, a ser realizada por la colaboración consciente del hombre.

## *El origen de los males de la vida está en no querer asumir la vida como se debe*

Para el autor, la ley de Dios, entendida no como un cerco que se pone en torno a la vida para cercenar la libertad, sino como fuente de sabiduría y como orientación para el futuro, es el instrumento del verdadero orden y del verdadero progreso. Su observancia lleva a la conquista de la paz y de la vida. La existencia futura del paraíso dependerá de esa actitud de fidelidad y de obediencia del hombre frente a Dios. Allí está el eje de las cosas.

Esa ley, formulada inicialmente en los Diez Mandamientos, es como la primera redacción de la "Declaración de los Derechos del Hombre", y no sólo de sus derechos sino también de sus deberes. El pueblo hebreo asumió esa ley como constitución de su existencia como PUEBLO. La consideraba como la expresión de la voluntad y de la Sabiduría de Dios.

Seguir esa ley implica que el hombre reconozca su situación de hombre hecho de barro (cfr. Gn. 2, 7), esto es, que él acepte y asuma su situación de total y radical dependencia de Dios. El hombre no tiene su vida en las manos, como propiedad exclusiva. Su vida es un don recibido, es una tarea a ser realizada. La vida del hombre es como el vaso de barro, que se quiebra con mucha facilidad. Esta es la situación del hombre, que debe asumir si quiere ser realista.

La eterna tentación del hombre es la de no querer reconocerse como creatura delante del Creador, es rebelarse contra esa condición suya de dependencia radical y querer sobrepasar sus propios límites haciendo de sí mismo un Dios (cfr. Gn. 3, 5) y considerándose norma única, exclusiva y absoluta de la vida y del bien y del mal. La raíz del pecado está en la elección u opción equivocada que el hombre hace delante de Dios. Rechazar el ponerse en su justo lugar delante de su Creador (cfr. Ez. 28, 2-19).

Por medio de la narración sobre el Paraíso, la Biblia quería llamar la atención de los lectores hacia ese aspecto de la vida humana. No existía orden ni paz, porque el pueblo estaba abandonando la Ley de Dios. El Paraíso no se realizaba, porque ellos estaban comiendo el fruto prohibido, abusando de su libertad delante de Dios perjudicando así, tal vez sin saberlo, el propio bienestar y felicidad. Para el autor, el pecado original, esto es, el origen de todos los males que él constataba y atestiguaba debía ser buscado en la desobediencia a la Ley de Dios. En otras palabras, debía ser buscada en el rechazo del hombre en asumir la vida como se debe.

## *La serpiente, símbolo del mal que aparta a los hombres de Dios*

Pero ¿por qué ellos estaban abandonando el camino de Ley de Dios y de la Sabiduría, introduciendo así el caos y el desorden en todos los sectores de la vida humana? Era la serpiente que los atraía y tentaba. ¿Qué viene a ser esta serpiente?

En primer lugar, para el pueblo como para todos nosotros, la serpiente es un animal perverso y traicionero. No se puede confiar en él. Todos tienen un instintivo miedo a ese animal. Provoca asco y pone en peligro la vida (cfr. Gn. 49, 17; Is. 14, 29; Jb. 20, 16; Pr. 23, 32). Además, la serpiente era un símbolo de la religión cananea. Los cananeos eran un pueblo que ya vivía en la Palestina antes que los hebreos llegaran allí. Tenían su religión, hecha de ritos, centrada en torno al culto de la fertilidad. La relación con la divinidad era puesta exclusivamente en términos de ceremonias y de observancias rituales. No incluía ninguna exigencia ética. No influía sobre la vida como fuerza transformadora. Semejante religión era más agradable que las duras exigencias de la Ley de Dios, pues llegaba a oficializar y sacralizar la prostitución que pasaba a ser un rito y una acción sagrada. La prostitución era vista y practicada como intento mágico y supersticioso de vencer la muerte y de poseer la vida. De todo ese conjunto de magia, ligado al culto de la fertilidad y de la prostitución, la serpiente era el símbolo. Esa identificación llegó a tal punto que la palabra nagash significaba al mismo tiempo serpiente y practicar la magia (cfr. Lv. 19, 26; Dt. 18, 10). Para el pueblo hebreo, la magia estaba prohibida por ser exactamente lo contrario de la actitud de fe y de compromiso ético que Dios exigía de su pueblo. Pero no por eso, ese tipo de religión dejaba de incitar al pueblo de Dios hacia una vida más fácil. El gran peligro y la gran tentación del pueblo era justamente esa serpiente. Llevaba al pueblo a refugiarse en el rito y a abandonar las duras exigencias de la Ley de Dios. Lo llevaba a buscar la vida, la inmortalidad y la protección de Dios no a través de una

fidelidad constante, que exigía abandono, confianza y coraje, sino a través de ritos y promesas, que parecían dar mayor seguridad, porque daban al hombre la impresión de estar manipulando el poder de Dios para su propio bien.

Esa serpiente era el gran peligro para el pueblo. Había mucha gente que escuchaba su voz y se dejaba engañar por ella, comiendo el fruto prohibido y abandonando la Ley de Dios (cfr. Gn. 3, 1-5). Allí estaba el origen de todos los males. Y era allí que se debía comenzar a atacar el mal en su raíz.

El símbolo de la serpiente aparece además en la mitología pagana de aquellos tiempos, robando a Gilgamesh la planta o árbol de la vida. Resabios de esa mitología se encuentran en la Biblia, donde la serpiente es llamada Leviatán y es presentada como símbolo del mal, contraria a Dios que quiere el bien (cfr. 73, 14; 103, 26; Is. 27, 1; Jb. 40-41). En la Biblia, sin embargo, el poder de ese adversario es neutralizado. Dios lo supera y domina totalmente. Así, de una manera general, la figura de la serpiente comenzó a ser el símbolo de las fuerzas del mal, que asumían formas diferentes en cada época. En la época en que el autor escribía, las fuerzas del mal estaban concretizadas en la religión mágica de los cananeos, verdadera tentación para desviar al pueblo del camino de la vida.

Esa es la visión que la Biblia ofrece a sus lectores sobre la realidad. Con tal ubicación, ella lleva a los lectores y oyentes a hacer una seria revisión de vida. Es una llamada a la realidad. Deben abrir los ojos. Muestra como la vida, la situación concreta del pueblo, el mundo, la convivencia familiar y social, todo eso podría ser tan distinto si no anduviesen detrás de aquella serpiente. Muestra, así, el alcance tremendo de la participación del pueblo en la religión de los cananeos, de la cual el pueblo parecía no ver la importancia ni la gravedad. La serpiente, lejos de ser un animal escondido en el follaje de un árbol, era la gran amenaza que sin que el pueblo lo percibiera, lo llevaba a abandonar la Ley de Dios, perdiéndose en el marasmo de la magia, perdiendo el sentido mismo de la vida humana. No es una historia para criaturas, bonita tal vez para quien cree en fábulas, sino que es una seria toma de posición ante la realidad, en la cual el autor apunta claramente donde está la culpa y la raíz de los males que el pueblo sufre. Es la Populorum Progressio de aquel tiempo.

## *¿Es que la vida sería diferente, si no siguiesen a la serpiente?*

Aquí surge una dificultad. El autor atribuye todos los males de la vida al hecho de estar el pueblo prestando oídos a la voz de la serpiente. ¿No será eso un signo de mucha ingenuidad? ¿Es que el mundo cambiaría si ellos dejasen de frecuentar las casas sagradas de prostitución y siguiesen mejor la Ley de Dios?, ¿es que entonces el parto sería sin dolor, la tierra sin sequías, la vida sin muerte, la religión sin miedo, el trabajo sin opresión?

No es en esos términos que el autor pone el problema. Él es un hombre realista y no un teórico. No le importa exponer una idea exacta sobre toda la situación mundial; le importa sí, provocar una acción concreta de transformación. Si él apunta a la raíz de todos los males de la vida, no lo hace porque quiera saber y enseñar de dónde proviene todo eso. Él es un hombre práctico que quiere saber y enseñar: ante situación tan ruin, ¿dónde debo comenzar para poder cambiar lo que está allí? Hoy, por ejemplo, es relativamente fácil hacer un análisis de la situación mundial y apuntar las causas del malestar general. Difícil es decir por dónde se debe comenzar para cambiarlo. Quien consiguiera esto sería un genio. El autor no expone una teoría, sino que propone una estrategia.

Para el pueblo, en aquel momento histórico, el peligro y la tentación estaban representados en la serpiente. La construcción del paraíso y la eliminación de todos aquellos males de la vida, para ellos, en aquel momento histórico, debía comenzar efectivamente, por una acción contra la tentación de la serpiente. Lo que le importaba al autor era provocar tal reacción y desencadenar un movimiento que podría llevar al paraíso. No había otro comienzo posible. Para otros, viviendo en otra situación, el comienzo sería diferente. El fin será siempre el mismo: la paz universal.

Por lo tanto, el autor no atribuye los males de la vida al hecho de estar el pueblo prestando oídos a la voz de la serpiente. Él no quiere afirmar que el mundo no tendría dolor ni sequías, ni muerte, si el pueblo siguiera la Ley de Dios.

Él quiere solamente afirmar que el punto donde debe comenzar el ataque de resistencia del hombre contra los males, para poder llegar un día a la construcción del paraíso sin dolor, sin sequías, sin muerte, era, en aquel momento histórico concreto, la resistencia contra la serpiente de la religión cananea.

Así, cada pueblo debería examinar su realidad y descubrir el punto neurálgico por donde atacar, desencadenando así un movimiento pluriforme que, de todos lados, de distintas maneras, convergiría hacia el mismo fin. Esta sería la fidelidad que Dios pide. Eso es "oír la Palabra y ponerla en práctica" (Mt. 7,24).

## *Adán y Eva: "Un hombre y una mujer"*

Una lectura desprevenida de la narración da la impresión de que el autor está hablando de un matrimonio bien determinado del pasado con exclusión de los otros. El marido se llamaba Adán y la mujer Eva. Pero no es éste el caso. La expresión Adán y Eva podría ser muy bien traducida por "un Hombre y una Mujer", pues con la descripción de la actitud de Adán y Eva, el autor quiere caracterizar a todos los que pertenecen a la raza humana. El hace como nosotros hacemos, cuando queremos caracterizar a un pueblo entero. Decimos: "Al brasileño le gusta el fútbol", "El alemán es trabajador", "El latinoamericano es subdesarrollado".

Es posible que de aquí a 3.000 años, cuando ya no existan los actuales pueblos y naciones, alguien tome conocimiento de ese modo de hablar nuestro y piense que se trata de 3 señores, llamados respectivamente Brasilero, Alemán y Latinoamericano. Será un engaño, por falta de conocimiento.

Es propio del hombre individualizar y concretizar lo más posible lo genérico y lo universal. Esto es, hasta hoy, la base de los chistes que se cuentan. Nadie preguntará por el nombre y dirección del sacristán, del vicario o del portugués, de los cuales oyó hablar en un chiste. Y los chistes llegan a describir las características del vicario, citan palabras que él habría pronunciado y saben todo respecto a su vida. Se trata de un expediente literario, por el cual nadie sale engañado. Sin querer decir que la narración del paraíso sea un chiste, en ella ocurre un expediente literario semejante.

El autor no está pensando, en primer lugar, en lo que sucedió históricamente en el pasado, sino que está pensando en lo que está sucediendo alrededor de él y tal vez en él mismo. Su narración es como una confesión pública. Adán y Eva son un espejo que refleja críticamente la realidad presente y ayuda a descubrir el error existente en cada uno de los lectores.

No es lícito deducir de la narración aquello que tantas veces se oye: "¿Por qué todos nosotros tenemos que sufrir hoy a causa de un hombre y de una mujer que hace mucho tiempo que murieron?" ¡Nuestro único pecado sería el ser hijos de ese matrimonio! No es éste el pensamiento de la Biblia. Es solamente una deducción nuestra. Es un engaño, por falta de conocimiento. Y el engaño será tanto mayor si se trata de justificarlo, invocando una serie de argumentos que nada tienen que ver con la Biblia y que tratan solamente de hacer coincidir la Biblia con nuestro modo de pensar.

La Biblia no descarga la culpa en los otros, sino que devuelve el problema y pone al hombre ante su propia conciencia. Ella quiere que cada uno descubra en sí a Adán y a Eva y reconozca: "¡Yo hago esto! ¡Yo soy el que está comiendo la fruta prohibida! Por lo tanto, ¡yo soy responsable y corresponsable por el mal que existe!". Ella no es nostálgica: "¡Se estaba tan bien antiguamente, en el Paraíso!". La Biblia quiere que los hombres reconozcan, tomen conciencia de la situación y enfrenten el mal, comenzando por extirpar la raíz del mal dentro de sí mismo y de la sociedad.

Y es posible vencerlo, porque Dios continúa queriendo al paraíso. Esta voluntad segura de Dios es la garantía que la Biblia nos da con absoluta certeza. De lo contrario, sin tal garantía, no se ganaría nada con concientizar a los otros. Sería un crimen, pues solamente serviría para provocar la desesperación, la reacción y el desánimo. Ahora, provoca el arrepentimiento, la fe, el coraje, la resistencia positiva y la esperanza.

## *No es la teoría, sino la práctica lo que vale cuando se quiere combatir el mal*

Uno de los motivos que dificultan nuestra comprensión de la narración del paraíso y del pecado de Adán y Eva es nuestra tendencia a teorizar sobre las cosas. Esta tendencia no proviene de la Biblia, sino de nuestra formación teórica-intelectualista. Con esta mentalidad, reflexionamos sobre el mal, buscando sus causas y el sentido de su existencia. Inconscientemente, atribuimos al autor de la narración sobre el pecado de Adán y Eva la misma mentalidad y preocupación. A causa de eso, nos equivocamos.

En la Biblia, no se reflexiona sobre el mal, sino que se quiere combatir el mal. Si existe alguna reflexión, ella es realizada teniendo en vista el combate a desarrollarse. El mal es examinado y analizado, no con mentalidad teórica sino con mentalidad práctica, esto es, con miras a su eliminación y en vista a la transformación o conversión del mundo y de los hombres. Si la Biblia apunta al origen del mal o al pecado original, ella lo hace no para saber cómo entró el mal, sino para saber cómo puede salir el mal. O sea, ella lo hace para indicar aquel punto neurálgico de donde es posible partir para una acción positiva en sentido contrario. Por eso, al menos en la narración del paraíso, la raíz del mal o el pecado original no es sólo, ni en primer lugar, un hecho determinado, ocurrido al comienzo de la humanidad, sino que es también y sobre todo, una realidad actual y universal que actúa en el hoy de cada generación como una fuerza peligrosa y amenazadora y de la cual cada generación es responsable, inclusive la primera generación.

El pecado de origen, visto de esa manera, se concretiza en forma diferente en cada persona, en cada grupo, época o cultura. En otros términos, sería el vicio capital que es distinto en cada grupo y persona. Quien quisiera eliminar de dentro de sí el mal y alcanzar el bien, debe comenzar el combate atacando ese vicio capital, porque allí está la raíz de donde nace todo el resto.

En el tiempo en que fue compuesta la narración sobre el pecado de Adán y Eva, el pecado original, ese vicio capital, se concretiza en el hecho de que el pueblo dejaba el Dios verdadero para ir detrás de la serpiente. Una confirmación de esa manera de encarar el mal se encuentra en las informaciones sobre la desnudez.

## *La desnudez de Adán y Eva: ¿sexo u otra cosa?*

El autor hace dos referencias a la desnudez de Adán y Eva, es decir, del Hombre y de la Mujer (Gn. 2,25 y 3, 7). Tal desnudez no debe ser interpretada en una dimensión sexual, como si el autor quisiese caracterizar el pecado como un abuso sexual. Las referencias a la desnudez, en los 2 versículos, son como indicaciones biográficas que ayudan al lector a colocar en la vida del Hombre y de la Mujer- y, por lo tanto, en su propia vida- las cosas

que son dichas sobre el origen del mal. Lo ayudan a descubrir dentro de sí el punto flaco que debe ser atacado y que tal vez él no vea. Los dos versículos forman la transición entre la primera y la segunda parte de la narración, y entre la segunda y la tercera. La parte sobre el pecado es introducida por la referencia a la desnudez no percibida (Gn. 2, 25) y es concluida por la referencia a la desnudez percibida (Gn. 3,7).

"Los dos, el hombre y la mujer, estaban desnudos, pero no sentían vergüenza (Gn. 2,25). Se evoca aquí una imagen concreta de la vida diaria, donde había criaturas que andaban desnudas sin percibirlo y sin vergüenza de su desnudez. Cuando entraban en la pubertad, esto es cuando entraban en la época de la vida en que el muchacho y la chica comenzaban a percibir su desnudez y a cubrirla (Gn. 3,7), ellos eran iniciados en la vida de la comunidad y recibían oficialmente la Ley para comenzar a observarla. Se volvían así miembros plenos del grupo al cual pertenecían, con todos los derechos y deberes. Eran considerados adultos, capaces de tener responsabilidad por sus acciones.

Lo mismo que sucedía con todos los miembros del pueblo de aquel tiempo, sucede con los protagonistas de la narración. Están en la época de la vida en que pasan de una desnudez no percibida a una desnudez percibida. De esa manera, el autor quiere caracterizarlos como personas que comienzan a ser adultas, capaces de recibir la Ley de Dios y de ser responsables por sus actos delante de Dios y delante de los otros. Y de hecho, como todo el mundo, recibieron la Ley de Dios cuando les fue dada, la orden de comer de todos los árboles, inclusive del árbol de la vida, y de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. En esas dos personas, el lector se reconoce a sí mismo, con su vida. Y nace en él la pregunta: "¿Cuál va a ser la actitud de ese hombre que se volvió adulto y que recibió la Ley de Dios como la recibí yo?"

La respuesta a esa pregunta es dada por el autor en la segunda parte de su narración, donde describe el pecado de Adán y Eva (Gn. 3,1-6). Aquel hombre y aquella mujer del paraíso hacen lo que todos hacen: a partir del momento en que reciben el conocimiento de la Ley, comienza en ellos la lamentable e inexplicable transgresión de la misma. Adán y Eva no son nada más ni nada menos que un espejo crítico de aquello que estaba sucediendo de hecho en el pueblo y cuyo alcance, importancia y gravedad el pueblo parecía no percibir: tentados, los dos consentían y transgredían la Ley, atendiendo a la voz de la serpiente. Muchos lectores tendrán que reconocer: "¡Yo soy Adán!" o "¡Yo soy Eva!"

Para el autor, sin embargo, el malestar generalizado que él constata y rechaza no es provocado solamente porque algunos, o tal vez muchos, o tal vez el pueblo entero, estén cayendo en la apostasía, desligándose de Dios. Para él, esta resistencia contra la Ley de Dios afecta no sólo a algunos o a muchos, sino que afecta a todos en la raíz de su ser, pues él concluye: "Descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos taparrabos, entretejiendo hojas de higuera" (Gn. 3,7). El trata de establecer una ligazón entre la transgresión de la Ley y la percepción de la desnudez. De la percepción de la desnudez,

todos tienen conciencia, pues es un fenómeno humano universal. De la transgresión de la Ley de Dios, no todos tienen conciencia. La mayoría parece estar durmiendo y debe ser despertada. El autor quiere despertarlos, aludiendo a la desnudez. No es su intención explicar el origen de la vergüenza que el hombre siente por su desnudez. Él se sirve de este fenómeno universal, constatado por todos en el umbral de su vida adulta, para llamarles la atención y llevarlos a una seria revisión de su vida: la vergüenza que usted, hombre, siente de su desnudez, está relacionada con una falta suya contra Dios. Usted, llegando a la edad adulta, recibió la Ley de Dios y no la observó. Usted pervirtió su relación con Dios. Usted está siendo tentando por la serpiente y tal vez ya haya caído, porque usted quiere ser su propio Dios. Haga una revisión de su vida y vea ese punto.

El autor no prueba la existencia de un pecado que se dio en el origen y que se habría transmitido de padre a hijo. El simplemente constata la existencia de aquella misteriosa e inexplicable tendencia del hombre hacia el mal, cuando llega a tomar conciencia de sí mismo en la edad adulta y cuando comienza a tener la obligación de seguir la Ley de Dios y de asumir la responsabilidad de sus actos. Inexplicablemente, entonces, elige el mal. Es lo que la Biblia, en otros lugares, llama dura cerviz (Ex. 32, 9; 33, 3.5; 34,9; Deut. 9, 6.13; 21,27). Es el inexplicable misterio del mal que toma vuelo en el corazón humano el mismo día en que comienza a ser libre y responsable. Es algo que debe estar en la raíz del ser humano, algo que está en él desde el comienzo, desde el nacimiento (cfr. Sal 50, 7; Jb. 14, 1-4) y que, en tiempos del autor, estaba siendo activado y concretizado por la tentación de la Serpiente.

Las referencias a la desnudez son, por lo tanto, un medio para confrontar al lector con el misterio del mal que reside en él y que él desconoce. Nada dicen sobre el tenor del pecado, pero sirven para ayudar al hombre a arrodillarse sobre sí mismo y a tomar conciencia de su culpa. Quieren llevarlos así, a un cambio de vida que tendrá repercusiones en todo el resto de la convivencia familiar y social.

En este ADAN, protagonista de la narración, todos los ADANES, es decir, todos los hombres, se reconocen con su vida y tal vez despierten a su culpa y responsabilidad delante de Dios, delante de los otros y ante la vida como tal. Descubren el abismo del mal que duerme dentro de ellos. Este es el objetivo que la narración quiere alcanzar. Solamente a partir de esta conciencia nueva, es posible abrir un camino válido y real hacia el futuro paraíso.

## *El pecado cambia la Relación con Dios*

La primera reacción del hombre, después de la transgresión, es la conciencia de culpa delante de Dios. No es Dios que cortó la relación con el hombre, pues Él va en busca del hombre y lo llama (Gn. 3,9). Pero es el hombre que percibió dentro de sí que algo cambió radicalmente. Es él que se escondió, huyendo de la presencia de Dios. El motivo aducido

es la desnudez (Gn. 3,10). En la percepción de la desnudez, se revela la nueva conciencia delante de Dios. El hombre se siente reducido a cero, porque el mirar de Dios penetra todo y revela el hombre al hombre. Este no es más que un hombre desnudo, que se siente juzgado por Dios. Siente la presencia de Dios ya no como una alegría, sino como un juicio (Cfr. Gn. 3,8-11; Jb. 3, 19-21).

El miedo y la fuga caracterizan ahora la relación del hombre con Dios. Dios es sentido como Juez, que instaura un interrogatorio para apurar las responsabilidades (Gn. 3,11-13). Y, delante de él, nadie consigue mantenerse escondido, encubriendo la verdad de su culpa. El hombre reconoce su error, aunque pueda aducir atenuantes (Gn. 3, 12-12). La verdad es apurada y el hombre reconoce que la raíz del mal está en la serpiente (Gn. 3,13) que despertó en él aquella voluntad inexplicable de ser como Dios y de negar su propia condición de hombre.

El hombre, según parece, ve en Dios un competidor (cfr. Gn. 3,5). Él quiere dominar a Dios y ponerlo a su propio servicio. Es la eterna tentación de la magia que acecha al hombre, sea bajo la forma religiosa del culto de los cananeos, sea bajo la forma secularizada del culto de la técnica moderna. En ambos casos es el hombre que, con un eje roto, intenta arreglar el carro de su vida y establecer un orden que no pasa de ser un desorden y un caos. Debe arreglar primero el eje de su vida que está en la justa relación con Dios. La paz no tendrá otra fuente.

## *El castigo divino, provocado por la culpa humana*

Apurada y reconocida la culpa, llega la fase del castigo merecido (Gn. 3,14-19). Aquí, de nuevo, el autor, no habla como un teórico que solamente quiere opinar sobre la situación, indicando y explicando el origen de los males de la vida, sino que habla como un hombre práctico que quiere provocar una acción concreta a partir de la realidad que el pueblo está viviendo, teniendo en vista la transformación de esa realidad. No es el origen de los males lo que le preocupa sino el sentido nuevo que le quiere dar a esos males, interpretándolos a la luz de su fe en Dios, que quiere el bien y la paz para el hombre.

La situación creada por la sentencia divina es la situación real, en la cual el lector, sin dificultad, reconoce la experiencia diaria que él tiene de la vida con todos sus males. Además, dentro de la nueva perspectiva presentada por el autor en la narración, esa misma situación diaria comienza ahora a incomodar al lector sincero. Este debe reconocer que su vida es lo contrario de aquello que debería ser, pues ella se opone, parte por parte, a la situación ideal del paraíso.

Percibe además, que si llegó a eso, fue porque él mismo está comiendo de la fruta prohibida, transgrediendo la Ley de Dios. Percibe, así, que el mal que lo aflige no existe sin su culpa, o mejor, que el mal no saldrá del mundo sin su colaboración. Así, para él, los

males de la vida dejarán de ser una cosa natural y comenzarán a interpelar su conciencia, porque se siente responsable de ellos. Comienza a mirar la vida con ojos diferentes.

De esa manera, todo, hasta los fenómenos más comunes de la vida, como la culebra que se arrastra (Gn. 3, 14), el parto que duele (Gn. 3,16), la tierra que no produce (Gn. 3,18), el pan sufrido que él come (Gn. 3, 19), la muerte que lo espera (Gn. 3, 19), todo eso le recuerda ahora que su vida está fuera de los ejes. Dios ya no ocupa el lugar que debería ocupar, porque él, el hombre, pretende ocupar el lugar de Dios (Gn. 3,5).

Todo se vuelve apelación de Dios. El autor, animado por su fe en Dios, supo revelar la dimensión divina de lo humano, dimensión ésta que se esconde en las cosas de la vida. Todo se vuelve transparente y comienza a actuar sobre la conciencia del Hombre, volviéndose un poderoso factor en su concientización. Se desencadena el movimiento que va a terminar en el paraíso.

## *Enemistad entre la mujer y la serpiente*

La Serpiente no tiene oportunidad para hacer su defensa, y no podría tenerla, pues ella representa la fuerza del mal, contraria al bien y a la paz que Dios quiere. Esa fuerza, que actúa en los hombres buscando desviarlos del buen camino de la Ley de Dios, debe ser aplastada, pues de lo contrario, el orden y la paz del paraíso jamás entrarán en vigor. La sentencia contra la Serpiente tiene dos aspectos. Por un lado, ella interpreta ciertos fenómenos naturales de manera que se transforman en aviso del peligro que el hombre corre y de la lucha que debe trabar contra el mal. Por otro lado, la sentencia firma la necesidad y lo inevitable de esa lucha contra el mal y la certeza de la victoria final del bien.

Primer aspecto: "Por haber hecho esto, maldita seas entre todos los animales domésticos y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre, y comerás polvo todos los días de tu vida" (Gn. 3,14). Palabra la sensibilidad humana, las víboras son males, viven aisladas, provocan asco y en opinión de algunos, comen polvo (mi 7, 17). El hecho de que ellas se arrastren aumenta su cualidad de animal traicionero, en el cual no se puede confiar. Esos fenómenos naturales son interpretados de tal manera que la víbora, este animal traicionero, le recuerda al hombre el peligro de aquella otra Serpiente que trata de alejarlo de Dios. Es un modo popular de enseñanza que hasta hoy se conserva en la enseñanza de padres a hijos recordando a Dios, cuando ven por ejemplo, el relampaguear del rayo u oyen el ruido del trueno. Es una manera de transportar la realidad y de revelar en ella la dimensión del llamado de Dios. Tiene gran actualidad para el campesino que vive en el interior, constantemente amenazado por el peligro de las víboras. Tal vez no hable hoy, pero, en aquel tiempo, era una pedagogía perfectamente adoptada a la mentalidad del pueblo.

Segundo aspecto: esa enemistad entre hombres y víboras evoca la otra enemistad entre las fuerzas del bien y del mal, que será una lucha sin tregua. Dice el texto: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Tú intentarás morderle el talón, pero él te aplastará la cabeza" (Gn. 3,15). En este versículo, la serpiente dejó de ser una simple víbora y pasó a ser el símbolo de la fuerza contraria a Dios. La mujer simboliza la raza humana y particularmente el pueblo de Dios, en cuanto éste se esfuerza en la lucha contra el mal, tratando de observar y hacer valer la Ley de Dios.

Son las dos fuerzas que se combaten a través de la historia. Por un lado, el hombre que se abre hacia Dios siguiendo su Ley y transformando la vida; por otro lado, el hombre que se cierra dentro de la religión mágica, que dejó de tener fe en Dios y que se apropia indebidamente de la vida, como si él mismo fuese un dios. Será una lucha de vida o muerte. El hombre que sigue a la serpiente, comiendo de la fruta prohibida y cerrándose en su propio mundo, tal hombre muere y es germen de muerte para los otros. El hombre que sigue la Ley de Dios, reaccionando y resistiendo el mal, ese vence a la muerte y conquista la vida y es germen de vida para los demás. Al final de la historia la serpiente, es decir, la humanidad que sigue a la serpiente tratando de dar el golpe final, será aplastada por el talón de la mujer que engendra los hombres de fe.

En esas palabras misteriosas, se expresa la fe inamovible de la Biblia en el poder y la fidelidad, con los cuales Dios llevará hasta el final su proyecto de orden y de paz. Se manifiesta la esperanza invencible, con la cual la Biblia quiere que los hombres se armen en la lucha contra el mal, conscientes de que esa lucha es victoriosa porque es la lucha de Dios. Por medio de esas palabras, la Biblia trata de despertar la participación generosa en el esfuerzo de combatir el mal y de construir la paz, sabiendo que todo y cualquier esfuerzo en tal sentido vencerá, por tener la bendición de Dios.

Después que la historia anduvo y que Cristo resucitó, esa esperanza todavía vaga del Génesis 3, 15 se esclarece y asume contornos más concretos para nosotros. La mujer que engendra los hombres de fe puede ser identificada con Nuestra Señora, que engendró a Jesucristo para el mundo. Jesús es la descendencia victoriosa de la mujer que aplastó la cabeza de la serpiente en su resurrección. En la resurrección de Cristo, el poder y la fidelidad de Dios pusieron la primera piedra de la construcción definitiva del paraíso futuro. La resurrección de Cristo es la prueba cabal de que el proyecto de Dios vencerá, cualquiera sea la fuerza de la serpiente en su contra.

## *La invasión del mal en el mundo*

La descripción del paraíso, del pecado y del castigo, mostró que la marcha hacia la paz debe comenzar por una reintegración de la vida del hombre en torno a su verdadero eje, que es Dios, pues es allí, en el eje quebrado, que está la raíz del malestar. Pero eso no será posible desligando la vida con Dios de la vida en el mundo. Para la Biblia, el eje roto de la

vida humana trajo consigo los otros males de la vida en la sociedad, pues el texto que habla del paraíso forma una unidad con el resto que sigue en los capítulos 4 al 11, y no puede ser separado de ello. Este resto es solamente una consecuencia. Es gajo y fruto de la misma semilla. Es resultado y manifestación del mal que está en la raíz y que es la ruptura del hombre con Dios.

Es bajo ese ángulo que deben ser leídos los capítulos 4 a 11, en los cuales el autor denuncia los males existentes en la sociedad. Aquí también, él no se queda en simples teorías, indicando solamente el origen del mal, sino que quiere concientizar a sus contemporáneos respecto a la responsabilidad que cada uno tiene en la transformación de esa situación anormal de la humanidad, y en el restablecimiento del orden y de la paz en el mundo.

Los males de la sociedad pueden ser estudiados y analizados bajo diversos ángulos: económico, sociológico, filosófico, étnico, político. La Biblia, sin embargo, los encara desde el punto de vista de su fe y de su esperanza en Dios.

En el paraíso, el hombre se desligó de Dios. Desligado de Dios y cerrado dentro de sí mismo, el hombre ya no percibe más el sentido del otro en su vida. Se cierra enteramente en su egoísmo que culmina en la muerte de Abel. La muerte hizo su entrada en el mundo. Caín que mata al hermano es todo aquél que mata al otro. Caín es el espejo para denunciar toda y cualquier acción asesina como contraria a Dios y como consecuencia inevitable de la ruptura con Dios.

La pregunta tan frecuente: "¿Con quién se casó Caín? ¿Con su hermana?", no tiene sentido ninguno dentro de esa perspectiva. Es una pregunta nuestra que no sería posible dentro de la mentalidad de la Biblia, pues los Caínes vivían por millares en tiempos del autor y aún hoy ellos andan sueltos por este mundo.

Desligado de Dios y desligado del otro, el hombre se coloca en la defensiva que genera la violencia, y ésta aumenta amenazadoramente, pues la violencia engendra violencia y no hay más control posible. Y así Lamec afirma: "Porque Caín será vengado 7 veces, pero Lamec lo será 77" (Gn. 4, 24). Era la imagen de la relación entre los pueblos y las tribus en tiempos en que el autor escribía. No cambió mucho desde entonces.

Desligado de Dios, desligado del otro, y viviendo en un clima de violencia, de amenaza y de inseguridad el hombre se siente perdido sin protección y sin recursos. Desesperado, él busca la salvación en el ambiente del rito y de la magia, al punto de mezclar por completo lo divino con lo humano (Gn. 6, 5). Es la actitud que acaba por amenazar la supervivencia misma de los hombres y que provoca el diluvio (Gn. 6,7). El hombre, por una actitud libre, puede poner en peligro el orden y la supervivencia de su raza.

La Biblia interpreta así los desastres de la naturaleza que quiebran el ritmo constante de la naturaleza y de la vida. No deben ser vistos como fuerzas ciegas, provocadas por la voluntad arbitraria de divinidades, que justificarían la alimentación del hombre en el rito mágico del culto supersticioso. El autor presenta estos desastres de tal manera que se tornan transparentes y revelan un llamado de Dios a la conciencia del hombre.

Si el diluvio fue o no histórico, debe investigarlo la ciencia. Ante el resultado de la ciencia no se debe decir: "¡Vieron, la biblia tenía razón!". La Biblia no está interesa en tener razón en este punto. Ella está interesada en tener razón en otro punto, a saber, que la magia es uno de los peores males que aflige a los hombres. ¿Qué se ganaría con probar que el diluvio fue histórico, cuando la naturaleza con todos sus peligros y desastres sigue siendo un libro cerrado que continúa provocando en el hombre miedoso y amenazado una actitud mágica como respuesta?

Finalmente, continuando en esa línea de aislamiento de Dios y de los otros, en que el hombre se defiende de las amenazas por medio de la violencia, de la venganza y de la magia, la humanidad acaba por desintegrarse totalmente en una confusión que impide cualquier acción en común. Es la confusión simbolizada por la dispersión de los pueblos, ocurrida en la construcción de la torre de Babel (Gn. 11, 7-9).

Esa es la visión que la Biblia ofrece sobre la invasión del mal en el mundo. El mal entra por una grieta muy estrecha y casi invisible, por una semilla muy pequeña, pero se va extendiendo y va creciendo hasta alcanzar la inmensidad de los males que ella constata y repudia.

Discutir el pecado original, y olvidar o no ver los males que afligen hoy a los hombres, es un contrasentido; discutir si el pecado original se transmite por herencia o por otras vías, y no ver los llamados de Dios que interpelan la conciencia a partir de los males que están impresos en la humanidad alrededor nuestro, es el tipo de alienación contraria a la visión que la Biblia ofrece de las cosas.

## *El factor tiempo: ¿El pecado original sucedió o sucede?*

En la Biblia, la causalidad del mal no es concebida en términos de tiempo. Es decir, el autor no concibe el origen del mal o el pecado original como una causa sucedida en un pasado lejano, que estaría actuando sobre el presente a través de la relación que existe entre causa y efecto. El la concibe, sobre todo, como una causa actual, accionada a cada momento por las acciones libres de los hombres. Para él, el pecado original no solo sucedió, sino que acontece siempre, desde el principio. No es solo un dato que pertenece al pasado que ya se fue, sino que es una llaga viva que acompaña a los hombres a través de su marcha por la vida, haciendo correr sangre sin parar. Es aquella tendencia misteriosa y muy activa que existe en el hombre hacia el mal y que el hombre revela, asume y aumenta

por sus decisiones libres, contribuyendo así a que los males existan a su alrededor. De esa manera, la Biblia hace saber que nadie puede lavarse las manos ante los males de la vida y de la sociedad y asumir el papel exclusivo de acusador de la humanidad, sin tener la necesidad de sentarse en el banco de los acusados.

El pecado original es como un deslave que se despeña de lo alto de la montaña y, cayendo, destruye el poblado de la planicie. El resultado del pecado original no termina en la expulsión del paraíso, sino en la desintegración universal de la humanidad, ejemplificada en la confusión de Babel. Y ese deslave debe ser entendido no solo como rodando a través de los tiempos, sino también, y sobre todo, como un deslave que se despeña a cada momento en el interior del hombre, y que a cada momento destruye los poblados.

Todos tenemos una parte de culpa, porque en todos existe un Adán que come la fruta prohibida. Por eso, en todos duerme un Caín que puede matar al hermano. En todos puede levantarse un Lamec tramando violencia y venganza sin límites. Todos podemos provocar un diluvio de desintegración, cuando nos entrometemos indebidamente en el mundo de Dios y cuando transformamos la religión en puro rito y ceremonia mágica sin fe y sin vida. Todos construimos la Torre de Babel y provocamos confusión, cuando queremos dominar, dividiendo y causando separación.

## *Mal personal y mal social, reforma personal y reforma social*

Es así que la Biblia, en los once primeros capítulos del Génesis, presenta y repudia a los males del mundo. Hay una estrecha ligazón entre el mal personal y el mal colectivo. En el origen de los males sociales está el pecado personal de la ruptura del hombre con Dios. Si existen males en el mundo, es porque el hombre no se pone en su justo lugar delante del Creador. En otras palabras, no se ganaría nada ni sería posible luchar contra la confusión de la torre de Babel, contra la desintegración que causa el diluvio, o contra la violencia asesina, si no se busca al mismo tiempo unir al hombre a su Creador, convenciéndolo de que no debe comer de la fruta prohibida. Ni sería lícito dejar aplastarse por los males del mundo que lo rodean y perderse en lamentos, preocupándose solamente de su vida personal: "¡Paciencia! Yo no puedo hacer nada, ni tengo culpa en todo esto!"

Puede parecer una locura que alguien quiera reaccionar contra los males del mundo, comenzando con una reforma sincera de la propia vida. Humanamente hablando, sería una acción ineficiente sin resultado alguno. Pero es exactamente en esto que la Biblia cree, porque Dios lo garantiza. Así como existe una concatenación entre el mal personal y familiar y el mal social y colectivo, así existe concatenación entre la reforma personal y familiar y la reforma social y colectiva.

La Biblia no cree en una reforma social que no tome por base la reforma personal. Tal reforma no tendría futuro, ni llevaría al paraíso. No cree en una reforma puramente

personal, desligada de la vida social. Sería ineficiente. No es posible ponerse en su justo lugar frente a Dios, dejando de considerar la posición del individuo en la sociedad. Por otra parte, tampoco es posible ponerse en su justo lugar frente a Dios, dejando de considerar a la sociedad como realización de personas libres que tienen su destino personal.

## *Una expedición en busca del paraíso*

La constatación del mal es arrolladora. Cosas que parecían ser el resultado de fuerzas ciegas, en las cuales el hombre parecía no tener culpa alguna y sobre las cuales parecía no tener influencia ninguna, aparecen ahora con otra luz. Son presentados como siendo de exclusiva responsabilidad del hombre. El hombre, mirando su situación de miseria y de abandono y de opresión, ya no tiene más derecho de apelar a Dios, pidiendo socorro, como si la situación dependiera solamente de Dios y no del hombre. En la narración del paraíso, él vio y constató que la causa última de todo está dentro del mismo hombre. Y esto no solamente, ni en primer lugar, en el sentido de un pasado lejano, sino también, y sobre todo, en un sentido bien real, actual y permanente: "¡Yo, ahora, tengo la culpa de esto!" Los hombres deben tomar conciencia de eso. Si están envueltos por el mal, no deben atribuir a eso ninguna interferencia de afuera, sea a dioses o a otras fuerzas misteriosas, sino únicamente a ellos mismos, que viven hoy en forma solidaria tanto en el bien como en el mal.

El responsable de todo es el hombre. No debe, por lo tanto, revelarse contra el mal. Debe asumir la situación tal como ella es, aceptarla como se acepta un castigo y luchar para que el mal desparezca. Él tiene la capacidad para eso, porque Dios lo garantiza y Dios quiere que él luche contra el mal, construyendo la paz. Esta es su misión. Y en esta perspectiva toda oración tiene sentido y eficacia.

La Biblia expresa eso diciendo que el paraíso no fue destruido, sino que continúa existiendo. Dios solamente puso un ángel en la entrada para impedir un indebido avance del hombre (Gn. 3,22-24). Un avance indebido sería aquél en el cual el hombre intenta apoderarse para siempre de la vida, sin reconsiderar su posición de ruptura frente a Dios. Afirmando que el paraíso continúa existiendo, la biblia no quiere afirmar que existe, en alguna parte del globo terrestre, en algún lugar desconocido, un jardín maravilloso de imposible acceso. Este jardín, como jardín, nunca existió y no existe.

Lo que existió y continúa existiendo es la posibilidad real y siempre abierta de que el hombre pueda realizar con el apoyo de Dios, la Paz universal, simbolizada por el jardín maravilloso. La única expedición que va a poder encontrar el paraíso terrestre es aquella que se embarca hacia el futuro, dejándose guiar por la Ley de Dios que ahora es la Ley de Cristo. Solo así, el hombre podrá encontrar la vida.

En la situación actual, la desintegración ya es un hecho. Querer nada más que la inmortalidad y dejar el resto por hacer, sin arreglar, eso no va. Un auto en la carreta corre rápido y llega muy de prisa al fin. Encajado en el barro de la banquina, no se gana nada con dejar el auto y seguir a pie por la carretera. Es con auto y todo que se debe llegar al fin. Y, en este caso, el trabajo para llegar al fin se hace más penoso y difícil.

La humanidad parece un auto encajado al costado de la carretera. Muchos no lo perciben y lo hacen encajar cada vez más en el barro, dificultando así el trabajo de su recuperación. Si el auto se encajó, fue por propia inadvertencia. La carretera no tiene la culpa. Sin embargo, continúa la obligación de llegar al punto final. Ahora, la cruz está clavada en medio de esta carretera que conduce al fin, que es la paz de la resurrección. No hay otro camino. Esto es ser realista y enfrentar la realidad con los ojos de la fe.

Jesucristo tomó ese camino y llegó al final. Hizo saber que esa expedición fracasada hacia el paraíso no debe desanimar. Es posible sacar el auto del barro y ponerlo de nuevo en la carretera que conduce al fin.

## *Dios camina con el hombre, el hombre debe caminar con Dios*

Dios no abandonó al hombre, sino que continúa protegiéndolo, aún después del pecado. El no cortó la relación. Por eso ante la realidad arrolladora, el hombre no puede crear en sí un sentimiento de desesperación. Debe ser optimista. La Biblia expresa esa certeza del bien-querer de Dios, diciendo que El hizo ropas para Adán y Eva, luego de haberlos castigado por el pecado (Gn. 3,20). Dios ayuda al hombre a cubrir su desnudez. Esto quiere decir que por la relación que El mantiene con el hombre, éste despierta a su valor y crece como hombre, saliendo de su nada y eliminando de sí la conciencia de culpa. Dios protege a Caín, después de haberlo expulsado de su tierra (Gn. 4,14-15). Salva a la humanidad del diluvio, salvando a Noé de las aguas (Gn. 6,8; 7,1; 9,19). Finalmente, cuando la confusión, provocada por la construcción de la torre de Babel, hizo imposible cualquier acción en conjunto con la humanidad entera, Dios llama a Abraham para poder con él alcanzar nuevamente a todos los pueblos de la tierra: "y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra" (Gn. 12,13).

Con Abraham, comienza aquello que acostumbramos a llamar Historia de la Salvación. Es la respuesta de la fidelidad de Dios al hombre que se siente impotente ante la realidad que lo arrastra. La alianza de Dios con los hombres ya comenzó en la creación y fue renovada con Noé (Gn. 9, 8-17). Es en vista de la realización de esa alianza, hecha con todos los hombres, que Dios hace ahora una alianza, con el grupo particular Abraham. De esa manera, la Biblia sitúa el pueblo de Dios dentro del conjunto de la humanidad y clarifica la misión que tiene que realizar: ayudar a los hombres a reencausar la vida hacia el paraíso, o mejor, reencausar al hombre en la construcción de la Paz. Así queda claro que Dios camina con los hombres. El hombre solamente podrá caminar bien, si acepta caminar con Dios.

No se deben aplicar aquí solo los criterios temporales, en el sentido de que hubo primero una etapa natural que rigió desde Adán hasta Abraham. Después habría sido la etapa de la ley mosaica, que rigió desde el comienzo de la historia de la salvación hasta Jesucristo. Finalmente, estaríamos en la tercera y última etapa, en la cual rige la ley de Jesucristo. Se trata aquí también, y sobre todo, de etapas o de épocas que son contemporáneas.

En cada época de la historia, hasta el día de hoy, hay gente que vive como Adán, como Caín, como Lamec, como aquellos que provocaron el diluvio, como los que construían la torre de Babel. En cada época hay gente que vive como Abraham y como el pueblo hebreo. Y después que Cristo vino, hay gente que vive conforme al Evangelio.

No son etapas temporales sucesivas, de las cuales una excluiría a la otra. Se trata de niveles diferentes de conciencia, existentes simultáneamente en la humanidad y en el interior de las personas frente a los males que afligen al hombre.

Así como en tiempos del autor, existen hoy distintos intentos de solución para los problemas del mundo. Intento de violencia y de venganza, intento de alienación en el rito religioso que provoca el diluvio, intento imperialista de dominio, intento del legalismo y del juridicismo. Todas esas tentativas, sin embargo, no alcanzan ni resuelven el problema de fondo, sino que lo ignoran.

Son superficiales. ¡Injertos en un gajo muerto! El verdadero problema está dentro del hombre mismo, en su relación con el Absoluto. Ignorar eso es ignorar la clave de la solución del problema que lo aflige.

## *La función del grupo que asume caminar con Dios*

El grupo de hombres que comienza a existir con la vocación de Abraham es como el partido de Dios en el mundo. Es el Pueblo de Dios, que camina con Dios, porque cree en la posibilidad de eliminar el mal con la fuerza de Dios, realizar la transformación y construir el paraíso en la armonía total, realizando así el objetivo del Creador.

Ese pueblo tiene conciencia del problema de fondo, pues nace no de la raíz falsa constatada y rechazada en Adán y Eva, sino de la raíz verdadera que es la vida con Dios (cfr. Gn. 17, 1-2), caracterizada más tarde y oficializada en la alianza. La alianza con Dios implica el compromiso de observar la Ley de Dios (cfr. Ex. 24, 3-8), que se vuelve así la norma de su vivir y actuar. Renunciaron, por lo tanto, a comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. En este grupo, van eliminando la oposición mutua entre hermanos, se prohíbe el asesinato y se impone el amor al prójimo (Lev. 19, 18). Ya no permiten que Caín mate a Abel. Teniendo una verdadera relación con Dios, basado en la fe, en la confianza y en la amistad, se condena todo el ritualismo vacío y mágico que conduce al diluvio (cfr.

Ex. 20, 1-17). Para ellos, el único acceso a Dios es por la puerta de la fe. Ellos quieren ser un grupo que no existe para dominar, ni para defenderse, sino para servir y ayudar. No se cierran dentro de sus privilegios, considerándose mejores y más fuertes que los otros, sino que quieren ser "un reino de sacerdotes y una nación que me está consagrada" (Ex. 19, 6), definición que expresa esa actitud de servicio, que es lo contrario de aquella que provocó la confusión de Babel. Actuando así, ellos se ponen en el camino que conduce al paraíso.

Con la venida de Jesucristo, el proyecto de Dios tomó forma y el paraíso se concretizó de hecho en la resurrección. Por eso, San Pablo considera a Jesús resucitado como un "nuevo Adán" (cfr. Rom. 5, 12-19). Y San Juan, en el Apocalipsis, describe el futuro que nos aguarda, con imágenes sacadas del paraíso. "Y no habrá más muerte, ni pena, ni queja, ni dolor, porque todo lo de antes pasó" (Apoc. 21, 4). "Ya no habrá allí ninguna maldición. En medio de la plaza de la Ciudad había árboles de vida que fructificaban 12 veces al año, una vez por mes, y sus hojas servían para curar a los pueblos" (Apoc. 22, 3.2). Es el paraíso, finalmente realizado. Todos serán pueblos de Dios (Apoc. 21,3). Todo allí será nuevo (Apoc. 21,1). Será Dios todo en todo en todos (1 Cor. 15, 28), como una lámpara que esparce su luz hasta en los rincones más escondidos (Apoc. 22, 5). Será la resurrección total que comenzó con Abraham, que obtuvo su muestra gratis en Jesucristo y que se completará en el fin. Será realmente vida, vida en abundancia (Jn. 10,10), vida eterna que no acabará nunca. Será la inmortalidad comunicada por la sabiduría divina, nacida directamente de Dios.

Para la realización de todo eso, la Iglesia, el grupo suscitado por Dios, debe servir como instrumento. Debe ser un grupo más consciente, que conozca el sentido de la vida y lo lleve hacia adelante, resistiendo y transformando, sin desanimarse jamás, abriendo una picada en el monte cerrado de los males del mundo, en dirección al paraíso.

# *Parte III*

## *Respuesta a las dificultades sobre el paraíso y el pecado de Adán*

### *Respondiendo a las dificultades y a los problemas*

Terminada la interpretación, nos queda por estudiar las dificultades y las preguntas cuya enunciación hicimos al comienzo. Muchas preguntas ya tuvieron su respuesta. Otras, sin embargo, necesitan una discusión más profunda. Nuevas preguntas surgieron en el transcurso de la interpretación que realizamos. Unas y otras van a ser debatidas en esta última parte. Su discusión podrá ayudarnos a ver con mayor claridad las cosas que fueron

dichas hasta ahora, y a liberarnos de ciertos frenos que impiden la acción de la Palabra de Dios en nuestra vida.

## *El hombre hecho de barro y la mujer formada de la costilla del hombre*

La imagen o comparación del Dios-Alfarero es frecuente en la Biblia. Escribe el profeta Jeremías: "Así como el barro en las manos del alfarero, así son ustedes en mis manos, dice el Señor" (Jr. 18, 6; crf. Is. 29, 15-16; 45, 9-13; 64,8). Aquí nada se dice sobre el modo de cómo fue creado el hombre. Solamente se caracteriza una situación existencial y permanente de la vida humana, llamando la atención hacia su dependencia radical y hacia su extrema fragilidad. El Hombre no tiene su destino en sus propias manos. Su vida está en las manos de Dios como el barro en las manos de alfarero. Se quiebra con mucha facilidad.

El autor de la narración sobre el paraíso utilizó esa imagen ya conocida para mostrar que el primer deber del hombre es el de aceptarse a sí mismo en su condición de creatura delante de Dios. En esto está el comienzo de la verdadera sabiduría (crf. Eclesiástico 1, 16.20). No se gana nada con rebelarse contra eso. Sería como el árbol que se rebela contra el hecho de ser de madera. La manera, sin embargo, como usa el autor la imagen es diferente. En lugar de permanecer en el plano literario de la simple comparación, como lo hizo el profeta Jeremías, él materializó la imagen y presentó a Dios en el papel de alfarero, modelando al hombre.

Lo mismo vale para la formación de la mujer de la costilla del varón. Dios realiza, al pie de la letra, un proverbio popular que decía: "Hueso de mis huesos, carne de mi carne (Gn. 2,23). De manera simple y popular, el autor hace saber que se debe tener respeto por la misteriosa atracción de los sexos y por la unidad del matrimonio, en el cual el hombre y la mujer se complementan mutuamente. Aquello tiene que ver con Dios.

El sueño profundo que Dios hizo caer sobre Adán no sugiere la anestesia para hacer menos dolorosa la operación. Ellos entendían poco de cirugía. Aquello tiene que ver con la concepción que tenían de la acción creadora. Crear es el secreto de Dios. Solo Dios lo conoce y solo Él sabe hacerlo (cfr. Al. 138, 13-14; 2 M. 7, 22). El hombre no puede presenciarlo. Por eso duerme cuando Dios crea.

Por lo tanto, la Biblia nada dice concretamente sobre la manera cómo el hombre fue creado y cómo surgió la mujer. Lo que ella trata es el problema humano en tiempos del autor. Quiere dar una visión de fe sobre las cosas. Quien decide sobre la viabilidad de las hipótesis de la evolución, del monogenismo o poligenismo, no es la Biblia, sino la ciencia. La Biblia nada dice al respecto. Ni en favor, ni en contra. Si existen dificultades de fe en torno a ese asunto, éstas no provienen de la Biblia, sino de la insuficiencia de nuestras ideas y de nuestro modo tradicional de interpretar la Biblia. Aún no conseguimos separar

la verdad revelada de nuestro esquema mental, con el cual encaramos e interpretamos tal verdad. Aquel que quiera contestar las hipótesis de la ciencia no debe invocar la Biblia, a no ser en el caso en que la ciencia pretenda ofrecer una visión global del hombre que excluya o contradiga la visión de fe que la Biblia nos da sobre la vida y sobre la historia. Y, aún en este caso, el teólogo debe estar bien atento para no confundir su esquema mental con la verdad revelada.

Eso, sin embargo, no quiere decir que el exégeta pueda interpretar libremente la Biblia, sin atender a todos estos problemas que se están debatiendo en la Iglesia. Si él explica la Biblia, la explica no en el aire, sino para personas concretas que viven en medio de los problemas de la vida, condicionados por ellos. Poco se ganaría con lanzar una idea nueva, cuando no hay recipiente para recibirla. Es como el satélite que vuelve de la Luna. Si no encontrara aquel corredor estrecho de entrada en la atmósfera, pasaría al lado de la tierra y se perdería en la inmensidad del espacio.

Queda así, igualmente aclarada aquella aparente contradicción de la Biblia que en un momento dice que el hombre fue lo primero que se creó, en otro momento dice que fue lo último. Son distintos modos de caracterizar la situación del hombre en el mundo. Hoy hacemos lo mismo. En ciertas ocasiones, el último de la fila es el más importante, en otras lo es el primero. Depende de la visión y del ceremonial.

## *¿Los nombres de la primera pareja eran Adán y Eva?*

¿Cómo se llamaban los primeros seres humanos? La respuesta es Adán y Eva. Entendemos, entonces, estos dos nombres propios como del tipo de Juan y María. Pensamos en un matrimonio determinado.

Ya vimos que la Biblia no piensa en esos términos. Ella ni siquiera pretende hablar solo del primer matrimonio. Lo que ella pretende es hablar de todos los hombres, representados y caracterizados en los dos protagonistas de la narración, llamados simplemente HOMBRE y MUJER, o sea ADAN e ISSHA. El nombre EVA aparece solo al final, después del pecado (Gn. 3,20). Eva es un nombre simbólico que indica el papel de la mujer: ser madre.

Entonces, ¿no hubo una primera pareja? La hubo, porque nosotros existimos. Sin una primera pareja jamás habría habido una segunda. Lo que no se sabe es el nombre que ellos tenían. Sabemos solamente que fueron seres humanos, adam e issha, hombres y mujeres, y que en ellos existía lo que existe en todos nosotros, a saber, aquella misteriosa e inexplicable tendencia hacia el mal. ¿Cómo se dio esto? No lo sabemos y la Biblia no lo informa. En última instancia, poco interesa. La Biblia habla del ADAM que vivía en el tiempo en que ella fue escrita. Y nosotros, hoy, tenemos que pensar, no tanto en el ADAM del comienzo, sino en el ADAM que vive en todos nosotros.

## *¿El mundo y la vida serían distintos si no hubiese pecado?*

Conforme a la Biblia, si Adán y Eva no hubiesen pecado, la tierra sería sin desiertos, la vida sin muerte, el parto sin dolor, el amor sin opresión, los animales serían mansos, la serpiente no se arrastraría. ¿Cómo la Biblia puede hacer depender estas cosas de una culpa humana? En la mayoría de los casos se trata de fenómenos naturales en los cuales la libre acción del hombre no interfiere. Ya existían mucho tiempo antes de que el hombre apareciera sobre la faz de la tierra.

La respuesta a esa pregunta ya fue dada parcialmente. La pregunta está mal hecha. Ella supone que la Biblia estaba hablando de una única pareja determinada y que ella pretende, de alguna manera, culpar a ese matrimonio por los males que existen. Supone que la narración está dando informaciones concretas sobre el origen histórico de las cosas. Pero el autor, aquí, no habla de hechos del pasado, ni trata de dar teorías científicas sobre los orígenes históricos de la situación presente. El habla de las posibilidades futuras que el hombre pierde por su mal proceder. Si habla de los orígenes, lo hace para llamar la atención de los lectores hacia aquel punto o aquella raíz donde debe ser concentrado el ataque contra el mal, impidiendo el futuro que Dios reserva al hombre. Hablar de los orígenes para explicar el presente es un recurso muy frecuente en la Biblia que se llama etiología.

Nadie sabe cómo sería el mundo si el hombre no hubiese pecado. Nadie consigue informar cómo sería el mundo si el hombre no hubiese cometido el mal y estuviera plenamente integrado con Dios, su creador. Esto escapa a cualquier observación e investigación. Ni siquiera la biblia lo sabe, ni pretende dar informaciones concretas sobre tal asunto. Es verdad que la biblia habla mucho sobre el futuro de Paz que nos aguarda. Pero ella lo presenta en un lenguaje sacado de la vida y de la historia humana. Momentos de intensa felicidad y alegría son proyectados por ella en la tela del futuro para darnos alguna idea de lo que podemos esperar. Jesucristo, por ejemplo, compara ese futuro a un banquete de bodas (Mt.22, 1-10), a una churrasqueada (Mt. 22,4). Habla de la casa del Padre (Jn. 14,2), de fiesta (Lc. 14, 24) y de tantas otras imágenes y realidades de la vida para indicar aquel mismo futuro. Pero todo eso es lenguaje simbólico que, partiendo de las cosas que conocemos, sugiere una inmensa felicidad, una total realización del hombre y una Paz plena e integral que sobrepasa todas nuestras categorías de pensamiento. "Nosotros anunciamos, como dice la Escritura, lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman" (1 Cor. 2, 9).

La fe y la esperanza que se expresan en ese lenguaje simbólico traspasan todas las barreras posibles e imposibles. El criterio que ellas usan para imaginarse el futuro ya no es nuestra realidad con sus posibilidades naturales, sino el poder ilimitado de Dios que se puso al lado del hombre, solidario con él.

Eso vale también para la descripción del paraíso, donde se habla de cosas que, humanamente hablando, son imposibles y hasta absurdas; tierra sin sequía, parto sin dolor, vida sin muerte, amor sin opresión, animales todos mansos que hablan, religión sin miedo. En esa narración, la Biblia coloca límites que jamás fueron vistos en la realidad. La razón de esto es que su autor cree en un futuro que sobrepasa todo lo que el hombre se pueda imaginar, un futuro a ser creado por el poder ilimitado e imprevisible de la bondad gratuita de Dios, cuya realización dependerá de la libre colaboración del hombre. Los males del mundo y de la vida son interpretados como siendo un contraste culpable con ese futuro. Acusan al hombre. Él no está colaborando.

Dentro de esa perspectiva, los males así interpretados reciben una doble significación o simbolismo. Por una parte, recuerdan al hombre: "¡Usted es responsable por los males que sufre. Está en sus manos construir su felicidad!" Por otra parte, recuerdan al hombre sus límites: "El remate final de su felicidad debe venir de otro, de Dios. El paraíso está cerrado, y sólo Dios tiene la llave. ¡Usted, con sus propias fuerzas no consigue abrirlo, pues mire solo lo que usted está haciendo con todos sus intentos de remediar los males y de poner orden! ¡Se empeoró el desorden!"

Hasta ahora, Dios abrió una sola vez la puerta del paraíso. Fue en la resurrección de Jesucristo. Y aquella vez justifica plenamente la esperanza expresada en la descripción del paraíso.

Por lo tanto, la descripción del paraíso vale como ideal capaz de catalizar los esfuerzos y de despertar nueva esperanza y energía de acción.

Así se explica el problema que surgió en torno de la fuente que nace en el paraíso y que después se divide en cuatro grandes ríos, los cuatro mayores de aquel tiempo. Si el autor hubiese vivido hoy, tal vez hablase de Volga de Rusia, Rin de Europa, Mississipi de América y Amazonas de Brasil. La indicación geográfica del paraíso situado en el lugar donde nacen el Nilo, el Ganges, el Tigris y el Éufrates, muestra claramente que el autor no está pensando en un vergel real, situado en algún punto concreto del globo terrestre. El solamente imagina una situación ideal, en que la abundancia de agua para combatir la sequía sobrepasa todo lo que el hombre conoce en esta tierra. Solo Dios consigue realizar esta "tierra nueva" (Is. 66, 22).

En ese contexto, se explica la imagen del querubín que monta guardia en la entrada del paraíso para impedir el acceso indebido del hombre (Gn. 2,24). Es una imagen sacada de la mitología babilónica, donde se hablaba del Karibu, animal híbrido, compuesto de elementos del hombre, del león, del águila y del toro. Representaba un ser extremadamente fuerte, superior a las fuerzas del hombre. El sentido de ese simbolismo es el siguiente. El hombre, por sí solo, está radicalmente imposibilitado de construir su felicidad, pues ella sobrepasa sus capacidades concretas. Las fuerzas suficientes para

realizar ese objetivo nacerán en el hombre en el momento que él se vuelva a unir al Creador, a través de la observancia de la Ley de Dios. Un acto de fe en el poder y en la fidelidad de Dios debe estar en el origen de todo el esfuerzo humano. De lo contrario, sus esfuerzos han de chocar con los Karibus de sus propios mitos, y el árbol de la vida continua inaccesible para siempre.

## *Engendrar muchos hijos con dolores de parto*

Mucha gente encuentra que no se puede aplicar la técnica moderna del parto sin dolor porque la Biblia dice: "darás a luz tus hijos con dolor" (Gn. 3,16). Quien aplicase la técnica moderna estaría actuando contra Dios, pues no se sometería al castigo que pesa sobre todos nosotros.

De hecho, aquella frase está en la Biblia, pero creo que nosotros la interpretamos mal. El dolor del parto es una realidad. Existe. La Biblia quiere solamente interpretar este hecho de la vida real y unir a él un llamado de Dios a la conversión. Es lo que nosotros hacemos hoy en día. ¿Cuántas personas no ven un llamado de Dios en el hecho de que ellas han escapado de algún desastre? Así, el dolor del parto debe recordar a la mujer que su situación en el mundo está afectada por un mal profundo que puede ser curado, volviéndose hacia Dios. La Biblia, como ya vimos en otros lugares, quiere hacer transparente la realidad, pues está convencida de que la vida humana, con todo lo que ella tiene para reír y para llorar, abunda de momentos de revelación que pasan desapercibidos para nosotros.

Así, el propio esfuerzo que hoy se hace para disminuir y eliminar los dolores del parto, deberían recordar al hombre su obligación de hacer un esfuerzo equivalente para volver a unir su vida a Dios. Lo mismo vale para el esfuerzo que hacemos para hacer la tierra más fértil, para domesticar a los animales, para extinguir las enfermedades y las tristezas, para eliminar las injusticias y el desorden, para mejorar las condiciones del trabajo, para normalizar las relaciones del amor humano; todo eso debe dejar de ser un campo neutro y debería ser un llamado a la conciencia de los hombres a realizar un esfuerzo idéntico dentro de sí mismos, convirtiéndose al Creador. Así, nuestra realidad y aún la técnica, tan vacías de Dios y de valores espirituales, podrían volver adquirir su valor simbólico sin perder su autonomía. Esto podría contribuir eficazmente para el crecimiento del espíritu que anda tan subdesarrollado en esta época de desarrollo.

El Papa Pío XII estimuló las investigaciones en torno a la técnica del parto sin dolor, diciendo que la Biblia nada dice en contrario. Algunos exégetas trataron de comprobar la afirmación del Papa, haciendo un análisis minucioso de la palabra hebraica, traducida en nuestra lengua por dolor. Llegaron a la conclusión de que el sentido de la palabra hebraica es más amplia y que ella significa: preocupaciones, solicitudes, cuidados, desilusiones, desengaños, sacrificios, penas, dolores. No sé si tal argumentación es exacta. Creo que el

autor de la narración estaba realmente pensando en dolores de parto, pues es éste el sentido más común de la palabra hebraica. El autor, no obstante, no pretende decir que el parto debe ser necesariamente con dolores. El solamente constata el hecho. En la realidad, el parto se hacía con muchos dolores. El mensaje de él es éste: que esos dolores recuerden al hombre su situación de ruptura frente a Dios y provoquen en él una conversión sincera. Para el autor, el generar nuevos hijos es visto como un medio de superar la muerte que aflige a los hombres. En el paraíso, no habrá procreación ni parto, porque no habrá muerte. Por medio de la procreación, el hombre y la mujer prolongan su vida en los hijos. Por el parto doloroso, la mujer contribuye en la construcción del paraíso, pues un día su descendencia aplastará la cabeza de aquella serpiente. San Pablo compara esa larga historia de vida que renace, constantemente, en busca de la felicidad, a una larga y dolorosa gestación que está llegando al final (Rom 8, 22). Aquí, tal vez, la Biblia tenga algo para criticar nuestro actual individualismo y personalismo. Ella relativiza las pretensiones de aquéllos cuyo horizonte termina, donde terminan sus intereses personales de realización humana. Ella llama la atención sobre el hecho de que nosotros, hombres, formamos todos parte de una larga corriente de generaciones que se suceden. Del destino general de todos, dependerá el destino individual de cada uno. El destino de cada uno será alcanzado y realizado en la medida que él haya dado su contribución a la realización del destino de todos. Es en esa perspectiva que la Biblia ve el papel de la mujer al ser llamada para ser madre.

## *¿La serpiente que hablaba era el diablo?*

La serpiente habló. Los animales no hablan. ¿Cómo explicar eso? Tal vez no sea conveniente la comparación, pero quién lee hoy el "Pato Donald" no se extraña que un pato hable como la gente. En "El Principito", los animales hablan. En las fábulas, los animales hablan. Nadie reclama ni protesta. Lo mismo vale para la narración del paraíso.

¿La serpiente que hablaba era el diablo? Esta interpretación de la figura de la serpiente fue dada en el libro de la sabiduría: "más por envidia del diablo entró la muerte en el mundo" (Sb. 2, 24). Más tarde, en el libro del Apocalipsis, se dice: "y así fue precipitado el enorme dragón, la antigua serpiente, llamada Diablo o Satanás, y el seductor del mundo entero fue arrojado sobre la tierra con todos sus ángeles" (Apoc. 12, 9). En esos dos pasajes, la identificación entre la serpiente y el diablo ya es un hecho. ¿Cómo se llegó a eso?

Como vimos, la serpiente era el símbolo de la religión cananea que apartaba al pueblo del camino de la Ley de Dios. Por eso, ella se volvió símbolo de la fuerza contraria a Dios, que se fue concretizando, de maneras diferentes, en las diversas épocas de la historia. Así sucedió que la imagen de la serpiente, poco a poco, se desligó de su simbolismo inicial de ser figura de la religión cananea para ser simplemente el símbolo del mal. En el libro de la sabiduría se hizo una tentativa de individualizar ese poder del mal y le fue dado el

nombre de diablo. Así, las palabras serpiente, diablo y satanás pasan a ser sinónimos para indicar la fuerza que se opone a Dios y que intenta desviar a los hombres del buen camino.

Para el autor del Apocalipsis, la serpiente, que ya asumió las proporciones de un "enorme dragón" (Apoc. 12, 9), estaba concretizada y encarnada en el imperio simbolizado en la bestia, que el dragón transmitió sus poderes.

La pregunta fundamental que nos queda es saber en qué forma esa fuerza diabólica se encarna hoy para oponerse a Dios y descarriar a los hombres.

## *¿Por qué Dios no dio otra oportunidad a Adán y Eva?*

Esta pregunta, supone nuevamente que la Biblia estaba hablando de una pareja específica e histórica en el comienzo de la historia de la humanidad. Y ese no es el caso.

Además, ese tipo de pregunta desvía el problema de su centro real. Transfiere el problema hacia Dios y hacia aquella pareja representativa: hacia Dios, por no haber dado una oportunidad más al hombre; hacia aquella pareja, por no haber recibido tal oportunidad. Y nos quedamos discutiendo los motivos que podrían haber llevado a Dios a negarles una nueva oportunidad. El problema real, sin embargo, no es de Dios, ni de Adán y Eva, aquella pareja representativa, sino que es de todos nosotros. Dios, de hecho, está dando tal oportunidad a cada momento, desde la primera pareja o desde las primeras parejas, hasta el día de hoy, a todos nosotros. Él está dando esa oportunidad al Adán y Eva que vive en todos nosotros. Y Él continuará dando la misma oportunidad mientras haya hombres sobre la tierra. Si nosotros estamos disconformes con la situación del mundo, no debemos transferir el problema, preguntando: ¿"Por qué Dios no les dio otra oportunidad a aquella pareja?", sino que debemos mirar nuestra propia conciencia y preguntar: "¿Por qué no estamos aceptando y tal vez, ni percibiendo la oportunidad de Dios, que está siempre a nuestra disposición?".

El problema real, por lo tanto, es nuestro, pues depende de nosotros si el mundo continúa en su ambivalencia y violencia o si él se transforma en una morada digna del hombre, llamado por Dios a su intimidad. Tomar conciencia de esa responsabilidad y llevarla seriamente nos podrá llevar por caminos por donde no queríamos ir. Cualquier motivo de alienación hace dormir la conciencia, por más que nosotros pensemos que somos gente concientizada. Así, muchas preguntas que nos hacemos son, tal vez, intentos inconscientes para impedir que nuestra conciencia despierte.

## *¿Cuál fue el tipo de pecado que Adán y Eva cometieron?*

La pregunta se formularía mejor y estaría más de acuerdo con el objetivo de la Biblia, en los siguientes términos: ¿"cuál es el tipo de pecado que está siendo cometido hoy por Adán y Eva?" Y la respuesta a esta pregunta no podrá venir de una simple deducción racionalizada, basada exclusivamente en la exégesis del Génesis 2, 4-3, 24. Así como el autor del Génesis 2, 4-3, 24 encontró, en aquel tiempo, una respuesta adecuada para la misma pregunta, partiendo de un análisis minucioso de la realidad, hecha a la luz de su fe en Dios, así debemos encontrar hoy nosotros nuestra propia respuesta. No basta que conozcamos el contenido intelectual de la fe, porque la fe solo nos mostrará su verdadero contenido y llamado, cuando ella sea percibida en su relación con nuestra realidad. Si nuestra actitud frente a nuestra realidad fuera de omisión o de alienación, cerramos la única ventana que tenemos sobre el paisaje de la fe y jamás llegaremos a comprender el verdadero alcance de la fe en Dios para la vida. Dos hilos son necesarios para encender una lámpara. Dos cosas son necesarias para que se encienda en nosotros la lámpara de la fe: la Palabra de Dios y la Realidad de la vida. Nuestro mayor defecto hoy no es la falta de reflexión sobre las cosas de la fe contenidas en la Palabra de Dios; sino la falta de conocimiento de la realidad y la falta de reflexión sobre esa realidad, hecha a la luz de la Palabra de Dios. Y cuando se dice reflexión, no se trata de una meditación platónica de quien no participa sino de una reflexión práctica con miras a la conversión y a la transformación.

La pregunta "¿cuál fue el tipo de pecado que Adán y Eva cometieron?", ya hizo correr mucha tinta. Pero es una pregunta inútil que no tiene respuesta. Primero, porque es una pregunta mal hecha. Supone que la Biblia está hablando de lo que sucedió en el comienzo de la historia de la humanidad. Respecto a lo que sucedió en el comienzo de la humanidad, nadie sabe nada, y ni la Biblia informa ni quiere informar en concreto. Segundo, porque esa pregunta transfiere un urgente problema a ser resuelto por cada uno en su vida y por todos nosotros en nuestra vida como grupo, hacia el campo de la discusión histórica y teórica, que no interfiere en la vida de hoy. Tercero, porque el autor quiere informar respecto a aquello que estaba sucediendo a su alrededor y tal vez dentro de él mismo. Su narración, antes que ser un libro de historia, es más una confesión pública de pecado que quiere provocar en los otros la misma conciencia y arrepentimiento del mal. Entonces, ¿nada se dice sobre el pecado de los primeros hombres? ¡Mucho! Tanto cuanto se dice allí sobre nuestro pecado: en la raíz de todos los males hay una ruptura del hombre con su Origen que es Dios. Nada, sin embargo, se dice sobre la forma en la cual se concretizó aquel abuso de la libertad del hombre frente a Dios en el comienzo de la historia de la humanidad, como tampoco nada se dice sobre la forma en la cual hoy se concretiza en nosotros ese mismo abuso de nuestra libertad frente a Dios. La Biblia informa solamente que ese abuso de la libertad, en cierto tiempo, precisamente en el tiempo en que fue escrita la narración, se concretizaba en la apostasía del pueblo, que dejaba la Ley de Dios, prefiriendo el culto mágico de la fertilidad de los cananeos.

Como en tiempos del autor de la narración, así también hoy, el gran pecado de ADAN, esa ruptura fundamental con Dios, está oculto. Los hombres no lo perciben. No perciben la raíz que debe ser atacada, para que se pueda abrir una calle que lleve a la Paz del paraíso. Dormimos. No tenemos conciencia. No reaccionamos más. Estamos siendo masificados en una ignorancia total respecto del verdadero alcance de nuestra situación delante de Dios y, por eso mismo, de nuestra situación delante de la naturaleza. Percibimos que algo debe estar equivocado, pero no sabemos bien lo que es. Se busca hasta justificar, en nombre de Dios, esa situación de somnolencia utilizando a Dios como freno, anestesia y narcótico para que el hombre no despierte. El racismo es defendido por algunos en nombre de la fe. Un pueblo es dominado por otro en nombre de la civilización cristiana. Y la enmienda es peor que el soneto. Hay que hacer todo nuevo (Apoc. 21,5). Pero hacer lo nuevo sin tomar en cuenta las exigencias de Dios, querer forzar una entrada hacia un posible paraíso terrestre sin partir de una fe en el poder y en la fidelidad de Dios, choca con el querubín que defiende la entrada.

Por eso, hoy, Caín anda suelto y nadie consigue detenerlo; la violencia, el terrorismo, la tortura y la represión vengativa aumentan sin freno; la magia, sea religiosa, sea secularizada, desintegra todo y provoca un diluvio; una humanidad quebrada y confusa, que no entiende a pesar de las conferencias en pro de la paz, es el resultado final, como la torre de Babel era el resultado final en tiempos del autor.

Delante de todo esto, no conviene hacer una discusión académica en torno del tipo de pecado de Adán y Eva. Seríamos como gente que "filtran un mosquito y se tragan un camello" (Mt. 23,24). Seríamos como el hombre que no supo cómo educar a sus hijos, y cuyo casamiento solo dio criminales a la sociedad, y que, mientras tanto, tiene la pretensión de acusar al vecino por el hecho de que sus hijos no se lavan las manos antes de comer.

El pecado original está estampado en la humanidad como una llaga horrible. Querer ignorarlo, solamente es posible inventando otro pecado con el mismo nombre. La tarea que se impone es aquella que el autor se impuso delante de la realidad: tratar de convencer a los hombres de que la raíz oculta, o sea el pecado de origen de todo eso, es la ruptura con Dios. Es fácil afirmar esa verdad como teoría. Difícil es saber presentar la realidad actual de tal manera que ella se vuelva llamado de Dios a la conciencia de los hombres para rever las posiciones y reconciliarse con el Creador. Ese objetivo, el autor de la narración lo consiguió para la realidad de su tiempo. Nosotros todavía no lo conseguimos para la realidad de nuestro tiempo. Aquí está uno de los desafíos que la Biblia nos lanza. El Abraham de hoy está a la espera del llamado: "¡Deja tu tierra!" Si el llamado no viene, no atribuyamos la culpa a Abraham ni a Dios, sino a nosotros mismos. Nuestra vida no transparenta, con suficiente claridad, la fe y la esperanza que nos animan.

## *La situación de felicidad y de justicia que Adán perdió*

Se trata de los así llamados "dones sobrenaturales y preternaturales" que caracterizan la situación del primer hombre en el paraíso. Acostumbramos a decir que Adán, a causa de su pecado, perdió los dones de la justicia, de la integridad y de la inmortalidad. Había perdido la felicidad y había quedado atado a la concupiscencia. Todos nosotros estaríamos sufriendo hasta hoy a causa de él.

Pero pensar así sería interpretar equivocadamente el texto bíblico. Desfigura el sentido de los dones sobrenaturales y preternaturales. Estos dones son reales. Nadie los niega, ni puede negarlos, aunque ciertos teólogos y predicadores hayan exagerado bastante la descripción de esa felicidad perdida. Tal vez lo hiciesen para despertar la conciencia de los cristianos. Dudamos si consiguieron tal objetivo. Suscitaron más nostalgia que la esperanza de un "nuevo cielo y una nueva tierra" (Apoc. 21, 1).

No se debe poner el problema de los dones en términos de pasado. Es decir, no se debe presentar las cosas como si Adán hubiese perdido para todos nosotros aquella felicidad para la que fuimos creados. Nosotros somos Adán y Eva. Nosotros somos los que perdemos aquellos dones a cada momento. Pero podemos readquirirlos a cada instante. No se trata tanto de un estado inicial o experimental del cual el hombre habría caído, perdiéndose enseguida en el primitivismo, constatado por la ciencia arqueológica y paleontológica. Se trata de aquella posibilidad real que Dios abrió y aún abre sobre el horizonte futuro de la existencia humana. El paraíso es una profecía del futuro, proyectada en el pasado. La certeza que tenemos de ese futuro nuestro, Dios la confirmó por la Resurrección de Cristo. En Cristo resucitado, el futuro del hombre está plenamente realizado: justicia, inmortalidad, integridad, felicidad, ausencia de todos los males.

La pérdida de los dones sobrenaturales y preternaturales no debe ser entendida como una caída de un estado que existía anteriormente. Sino que es la caída libre y responsable de todos nosotros, cuando nos apartamos del camino que conduce a aquel estado futuro de paz y de felicidad, descrito en el paraíso y confirmado, anticipadamente, por la Resurrección.

A cada momento, el hombre puede ponerse en ese cambio o apartarse de él. Puede abrir delante de sí ese futuro garantizado por Dios o cerrarlo. Es como aquello que cada uno constata en su vida. A cada momento, está abierta delante de mí la posibilidad de realizarme como persona humana. Si esa posibilidad se va a realizar o no, depende de mí libre opción. Pero no es por el hecho de que yo haya aceptado y asumido tal posibilidad que ya estoy realizado. Es un crecimiento lento y penoso, que se vuelve tanto o más difícil cuanto más yo sea infiel a este destino mío.

Eso, no obstante, no quiere decir que el pecado original sea un simple defecto, inherente a todo crecimiento. No es la imperfección de quien aún no llegó al ideal. No es como la criatura que puede ser llamada imperfecta, cuando se la compara con el adulto que llegará a ser un día. Tal manera de hablar no nos parece exacta y no corresponde al sentido del texto bíblico. Eliminaría el aspecto de culpa y de responsabilidad, tan fuertemente acentuado por la Biblia, pues una criatura no tiene la culpa de ser criatura y de tener las imperfecciones propias de la criatura. En el fondo, esta manera de explicar el pecado original no pasa de una tentativa nueva del concordismo. Es decir, trata de combinar las ciencias con los datos de la fe, sin modificar el esquema antiguo en el cual continúa prisionero. Continúa queriendo poner solamente en el pasado la causa de los males que sufrimos hoy y encuentra una fórmula nueva y aceptable en el defecto inherente a todo crecimiento. En la realidad, sin embargo, esa explicación combina la ciencia y la fe con perjuicio para ambas.

Lo que la Biblia trata es de la culpa verdadera y real que todos nosotros tenemos en los males que existen alrededor nuestro. Ella quiere llevar a encarar este mundo con realismo, a fin de que descubramos aquel punto preciso por el cual nosotros hoy, o contribuimos en el aumento del mal, saliendo del camino que lleva al paraíso, o reaccionamos contra el mal, construyendo la felicidad, caracterizada por los dones sobrenaturales y preternaturales.

## *¿El autor obtuvo sus informaciones por revelación divina, o fue a buscarlas en el fondo común de la cultura de aquel tiempo?*

Por lo que todo indica, el autor no fue a consultar ningún archivo histórico para informarse sobre los acontecimientos que narraba. No había necesidad para tanto, pues iba a describir aquello que estaba sucediendo a su alrededor. Usó simplemente el lenguaje conocido de aquel tiempo. Sacó todo del fondo común de la cultura de los pueblos del Oriente Medio Antiguo.

En todo eso, sin embargo, él era inspirado por Dios. Es fe nuestra de que, en todo su trabajo de analizar la realidad y de describirla de aquella manera, el autor estaba siendo guiado por Dios. Por eso, el resultado a que llegó debe ser atribuido a Dios. El mensaje que comunica y la conciencia que quiere despertar, es Dios que quiere comunicarla y despertarla en los lectores. Dios que se hizo hombre en Jesucristo, asumiendo ser igual a nosotros en todo, menos en el pecado. Él supo hacer que su Palabra divina se volviese palabra humana, igual a nuestro modo de hablar y a nuestras formas de expresión. La Palabra de Dios se encarnó en el lenguaje humano, volviéndose igual a él en todo, menos en la mentira. No hay necesidad de recurrir a una revelación directa de Dios o a una transmisión oral ininterrumpida para garantizar la verdad de lo que está escrito.

El autor de la narración parece haber sido un hombre ligado a la corriente de la sabiduría. Es decir, pertenecía al grupo de personas preocupadas sobre todo con la vida de los hombres y con el encaminamiento concreto de esta vida. El horizonte de sus preocupaciones en la narración del paraíso es todo lo que dice algo referente a la vida familiar del hombre de campo. Es ese también el horizonte de gran parte de los libros de la sabiduría, por lo menos en sus partes más antiguas. Sin embargo, el aspecto de denuncia tan fuertemente acentuado, y la apertura hacia el contexto social más amplio en los capítulos 4 a 11, indican una preocupación profética. El autor parece estar en la confluencia de esas dos corrientes existentes en el pueblo.

En cuanto al tiempo, hoy en día todos dicen que la narración fue hecha en el siglo X antes de Cristo. Contra esta fecha está el hecho de que los grandes profetas de los siglos VII y VIII parecen desconocer por completo esa narración. Solo algunos libros de la sabiduría, de fecha bien posterior, la conocen y citan.

El lugar que la narración ocupa actualmente dentro de la Biblia, es decir, en el comienzo del primer libro de Moisés, no contradice lo que acabamos de afirmar. Moisés, vivió en el siglo XIII antes de Cristo. Ni todos los libros atribuidos a San Agustín son suyos. No son ni siquiera del tiempo en que él vivía. Ni todas las leyes sancionadas por el Presidente de la República y atribuidas a él son hechas por él. El hecho de que se atribuya a Moisés la narración del paraíso indica la gran autoridad de la narración para la fe del pueblo.

Más que eso no conseguiremos saber respecto al origen de la narración. Su autor se pierde en la oscuridad del pasado. Es un anónimo. Además poco le importa a él y a nosotros. No escribió para tener nombre. Lo importante es saber que allí Dios se manifiesta y nos interpela. Y la narración, tal como está actualmente en la Biblia, es suficientemente clara y expresiva para comunicar el mensaje divino, bastante explosivo y revolucionario.

## *La Pontificia comisión Bíblica y el Progreso de la Exégesis*

Las declaraciones emanadas de esa comisión, respecto a la interpretación del paraíso terrestre y del pecado de Adán y Eva, deben ser consideradas como órdenes estratégicas, dadas en un campo de batalla, cuando la lucha estaba en su punto más crítico. Fueron de gran utilidad, pues condujeron a la victoria en aquella batalla, aunque la guerra continuase y aún continúe. Una orden estratégica, dada en una batalla determinada, pierde su obligatoriedad en las otras batallas que siguen. No tiene valor permanente, aunque haya tenido una función importante y válida.

La propia Comisión Pontificia Bíblica hizo otros pronunciamientos oficiales en épocas posteriores, donde mostraba estar atenta a los nuevos descubrimientos de la ciencia y de la exégesis en el campo específico de la interpretación de los 11 primeros capítulos del libro del Génesis. Distinguidos miembros de dicha Comisión, en artículos oficiosos, dejaron

bien claro que las declaraciones realizadas anteriormente tenían un aspecto provisorio y táctico.

Hoy en día, la humareda de aquellas bombas ya se disipó y el paisaje se hizo más claro y tranquilo, por lo menos en lo que se refiere a aquellos puntos controvertidos. Deja ver los contornos del horizonte, para orientar la marcha. La lucha que hoy se traba es otra. Quien se queda en los términos de las batallas de aquellos tiempos, que ya pasaron, olvida la batalla que se está desarrollando a su alrededor. Lucha por una victoria en el pasado y pierde la batalla en el presente. Compromete la victoria final. Combate a cañones con espadas y lanzas. Aplica remedios recetados en la infancia, para combatir una enfermedad de adultos. No debe extrañarse si el enfermo, en lugar de mejorar, termina muriendo. Es triste y trágico. Pero no deja de tener su lado humorístico.

La determinación del Papa Pío XII que recurre a la doctrina católica sobre el pecado original para prohibir a los católicos la aceptación de poligenismo, no es una prohibición categórica, sino provisoria. Prohíbe el poligenismo porque en aquel tiempo, no se veía cómo combinar el dogma de la universalidad del pecado original con la multiplicidad de parejas en el origen de la humanidad. También en este particular, el horizonte se aclaró. Se aclaró, no en el sentido de que ya se sabe combinar multiplicidad de parejas en el origen de la humanidad con el dogma de la universalidad del pecado original. Se aclaró, en el sentido de que hoy se ve con más claridad que la Biblia no habla del poligenismo, ni a favor ni en contra. Es un problema del siglo XX, que está totalmente fuera del horizonte del autor de la Biblia. La Biblia debe ser explicada independientemente de ese problema. Además, el Papa, en su afirmación, no se basaba en la interpretación directa del texto bíblico, sino en la visión tradicional del pecado original. Este estaba siendo cuestionado y exigía una profundización. La explicación que dimos del pecado de Adán y Eva deja de lado el problema planteado por el Papa, y muestra que el sentido del pecado original no gana ni pierde en valor con una posible confirmación de la tesis poligenista.

En general podemos decir: una gasa seca no se saca sin más ni más, de la herida. Podría agrandar la llaga más de lo que era antes de colocarla. A comienzos de siglo y en el tiempo de Pío XII era necesario proteger aquel lado flaco de la fe con la gasa de la prohibición. No se podía permitir que alguien, sin más ni más, sacase la gasa, enseñando el poligenismo u otras teorías, pues nada estaba claro ni definido. La herida quedaría más grande que antes. Desde entonces hasta ahora, se realizaron muchos estudios que ablandaron la gasa. Aquel remedio de comienzos del siglo y de tiempos del Papa Pío XII puede suprimirse sin peligro. Pero la herida continúa, y debe ser protegida con otros remedios eficientes y aptos.

## *El paraíso: ¿Mito o Realidad?*

¿Mito o realidad? ¿Fábula o historia? ¿Irreal o real? Estas son las preguntas que quedan, después de todo aquello que dijimos sobre el paraíso. Esos tres interrogantes, sin embargo, son como tres gajos que nacen del mismo tronco, es decir, de la misma pregunta fundamental: "¿Existió o no existió el pecado de Adán?"

La narración bíblica no pone el problema en esos términos. Ella no está interesada en probar si el primer hombre pecó o no pecó. Ella está interesada en llamar la atención del lector hacia el hecho de que todos los hombres pecan, inclusive el lector, inclusive nosotros, inclusive el primer hombre, pues todos somos ADAN, pertenecientes a la misma raza humana, y en todos aparece aquella misteriosa e inexplicable tendencia hacia el mal. "Si decimos que no tenemos pecado, nos estamos engañando y la verdad no está en nosotros" (1 Jn. 1,8).

Por eso, la narración bíblica sobre el pecado de Adán es la narración más real, más histórica y más verdadera que se pueda encontrar en la Biblia, pues describe una historia que sucede siempre. Describe la historia que sucede en todos los tiempos y en todos los hombres, tanto en los de la primera generación, como en los de la época actual. Y ella describe esa historia no tanto para informar, sino criticar y despertar, para provocar una reacción eficaz contra el mal que, partiendo de aquella raíz misteriosa, arraigada en el fondo del alma humana, invade el mundo llenándolo de sufrimientos y de ambivalencias.

El objetivo preciso de la narración es el de funcionar como un espejo y de enfrentar a los hombres con ellos mismos y con su conciencia. Pervierte el sentido de la narración quien se limita a examinar solamente el material del espejo, preguntando únicamente si es mito o realidad, fábula o historia, irreal o real, y dejando de mirarse a sí mismo en ese espejo. Tal persona neutraliza así el objetivo principal de la narración y nunca llegará a percibir las fallas que Dios quiere denunciar en su vida por medio de ese espejo.

Desde el punto de vista literario, la narración puede ser comparada con el lenguaje mítico y simbólico de aquellos tiempos. Ella es una especie de parábola, formulada a partir de las cosas que suceden siempre. Sería más o menos como las parábolas del Buen Samaritano o de la Semilla, que caracterizan situaciones reales y hablan de cosas verdaderas e históricas, aunque no deben ser entendidas como narraciones del tipo histórico-informativo. Para poder alcanzar el objetivo que tenía en vista, el autor presentó la historia del mal en aquella forma precisa en que ese mal estaba aconteciendo en su tiempo. Por eso, él habla de serpiente, de árbol de la vida y de árbol del conocimiento del bien y del mal. Habla del jardín del Edén y de aquellos otros elementos de la felicidad paradisíaca, por ser elementos reales y verdaderos de la cultura de aquellos tiempos, cargados de un sentido concreto para aquel pueblo y aptos para servir de vehículo en la comunicación del mensaje. Muchos de esos elementos provienen, de hecho, de los mitos. Nada prohíbe que

la Biblia utilice elementos míticos y hable un lenguaje mítico, pues el lenguaje mítico es un lenguaje humano como los otros, y, tal vez, hasta más rico y polivalente que los otros. La manera, entonces, que la Biblia habla de la vida, de la historia y del mal, usando también un lenguaje mítico, es radicalmente diferente de la mentalidad que inspiró y aún inspira los otros mitos. Estos desconocen la fe que admite un Dios personal, desconocen la esperanza que tiende hacia un futuro garantizado por Dios, no comprenden una vida dedicada a una causa, la causa del bien, que se realiza a través de la historia.

Por lo tanto, limitar la discusión sobre el paraíso a su defensa contra elementos míticos, sería invertir el orden y sería no percibir el sentido de la narración. Sería no comprender el sentido profundo de la encarnación de la Palabra de Dios en lenguaje humano. Sería como el hombre que, entrando en una sala cinematográfica, en lugar de mirar hacia la imagen que se proyecta sobre la tela de la vida, se quedase mirando hacia el orificio de la pared, de donde sale el rayo de luz que lleva la imagen que se proyecta. Tal hombre jamás llegará a comprender el mensaje de la película. Así somos nosotros. Preocupados en defender el rayo de luz, es decir, la narración que trae en su seno el mensaje sobre la vida, no percibimos el llamado de Dios que ella revela y proyecta en la tela de la vida diaria. Nuestra defensa terminó por neutralizar la Biblia. Cuidamos tan bien al enfermo, que terminó muriendo por exceso de cuidados médicos, y no lo percibimos.

Volviendo ahora a la pregunta inicial: ¿mito o realidad, fábula o historia, irreal o real? Es las dos cosas al mismo tiempo. Es mito y es realidad. Es fábula y es historia. Es irreal y es real. Es verdadero y no tiene nada de falso o de error. El paraíso como jardín histórico, ese nunca existió. Por lo menos, no es basado en la Biblia que se puede llegar a tal conclusión (7). Tal vez un día, la ciencia nos pruebe que ha existido un jardín tal. Pero entonces, la aceptación de la existencia histórica de ese jardín en el comienzo de la historia de la humanidad se hará basada en los argumentos de la ciencia, y no se podrá decir: "¡Ve que la Biblia tenía razón!". La Biblia tiene otra finalidad. El jardín del cual habla la Biblia no sería el jardín del cual la ciencia hubiera probado su existencia. Conforme a la Biblia, aquello que existió, existe y existirá siempre es: la posibilidad real, ofrecida gratuitamente por Dios, de que el hombre realice la Paz, apoyándose en el poder y en la fidelidad de Dios. En este sentido, la narración es la más pura realidad, es verdadera historia, es real y verdadera en el más alto grado. Y es en ese punto que la Biblia quiere tener razón y, de hecho, la tiene.

Como ya dijimos, todas las dificultades provienen de la luz que nosotros proyectamos sobre la narración, aún antes de haber iniciado su lectura. Pensamos que se trata de un reportaje al pasado, cuando en realidad, se trata de una profecía del futuro, proyectada en el pasado.

## *El Paraíso hoy*

Como vimos, la historia de Adán y Eva es una historia real y verdadera, en cuanto ella describe un acontecimiento que se verifica siempre, en todas partes del mundo y en el corazón de cada hombre. El modo de presentar esa historia está condicionado por la cultura de aquel tiempo. Si el autor hubiese vivido hoy, su descripción del paraíso probablemente habría sido otra. Habría examinado con cuidado nuestra situación y habría tratado de saber dónde está hoy para nosotros el origen y la raíz del mal que debería ser atacado, para poder eliminar los males y abrir un camino hacia la paz.

Para tener una idea de cómo su descripción del paraíso alcanzaba a los lectores, imaginemos una descripción del paraíso en los términos de hoy, que tenga para nosotros el mismo efecto que tenía la descripción para los lectores de aquel tiempo.

El paraíso, o sea, la imagen-contraste de nuestra realidad, sería un país desarrollado en todos sus sectores.

No habría más necesidad de salario, pues todo sería de todos, todos participando activa y responsablemente en todo. Todos sabrían leer y escribir. No habría enfermedades, ni epidemias, ni muerte prematura de criaturas. Las semanas de trabajo serían de menos de 40 horas y todos los obreros estarían protegidos y asegurados contra accidentes, que ya no serían más posibles. El objetivo de la producción ya no sería más el lucro, sino el bienestar individual y colectivo de todos. No habría explotación, ni dominio extranjero, ni guerra, ni violencia. No habría asaltos, ni terrorismo, ni represión, ni torturas. La seguridad individual y colectiva estaría asegurada, de manera que no habría más necesidad de policía ni de ejército. No habría ni miseria, ni hambre, ni conflicto de generaciones. Todos tendrían casa propia, las ciudades serían largas calles sin cruces, sin desastres, sin barullo, sin aire contaminado. Las familias vivirían en paz sin que hubiese infidelidad o traición y sin que el marido dominase a la mujer y a los hijos. El hombre sería señor y dueño de su propia evolución. Dios sería el eje de la vida humana, y su presencia se manifestaría a todos en todas las cosas. Sería, en fin, la más pura armonía, totalmente diferente de la situación que actualmente vivimos.

Esa descripción, hecha en nombre de Dios, sería, entonces, al mismo tiempo una denuncia y una toma de conciencia. Los lectores percibirían por medio de ella, que la situación actual no es como Dios la quiere. Sentirían que colaborar en la manutención de una situación tal sería un pecado contra Dios, pues estaría contra el proyecto que Él tiene para los hombres. Tomarían conciencia de su deber de contribuir para que la realidad actual se transforme en la situación ideal, presentada en la descripción del paraíso. Constatarían en fin, que tal transformación de la realidad actual no sería posible sin la ayuda de Dios; que apoyados en Su voluntad, podrían y deberían trabajar en la transformación del mundo.

Por lo tanto, tal descripción del paraíso sería un medio eficiente para mostrar a los hombres el alcance de su fe en Dios para la vida concreta que están viviendo.

Tal sería el paraíso en términos de hoy. Nos diría lo que la descripción del paraíso bíblico decía a los lectores de aquel tiempo. Causaría el mismo impacto. Y para nosotros surgiría la misma pregunta: "Si el mundo en que vivimos no es como Dios lo quiere, entonces ¿Quién es el responsable de este caos en que vivimos? ¿Dónde está la causa? ¿Cómo actuar para transformarlo de acuerdo con la voluntad de Dios?" A esas preguntas nuestra Biblia no da respuesta. Lo que ella quiere es provocar esas preguntas y dejar para nosotros el trabajo de buscar respuestas válidas y eficientes, no solamente teóricas, sino sobre todo prácticas que lleven eficazmente a la transformación. Sin embargo, aunque la Biblia no nos dé una receta concreta para resolver nuestro problema, ella nos da una orientación segura para la búsqueda de la respuesta. Ella nos hace saber que existe en nosotros una tendencia misteriosa e inexplicable hacia el mal, que se despierta y activa por el hecho de ir detrás de la serpiente, dejando de lado al Dios vivo. A nosotros compete el trabajo de tratar de saber quién hace hoy el papel de serpiente para que podamos enfrentarla, aplastando su cabeza con nuestro talón. Pero tal vez debamos comenzar hoy, llevando a los hombres a que perciban que Dios hace falta en la vida. Perdimos la conciencia de que Dios debe ocupar un lugar en la vida. La serpiente trabaja hoy con tanta eficiencia y sutileza, que nosotros no percibimos que estamos siendo desviados del centro de nuestro ser. Mientras no percibamos esa realidad trágica de nuestra vida, cualquier otro remedio para arreglar el mundo será un injerto en una planta.

## *¿Es válido usar hoy la narración del Paraíso Terrestre?*

Después de todo lo que se ha dicho, surge la pregunta: "¿Debemos entonces dejar de lado la narración del paraíso terrestre, presentada por la Biblia, para hacer hoy nuestra descripción actualizada de la misma?" La respuesta no es fácil.

Primeramente, dejar de lado la narración de la Biblia, como una narración infantil y superada de ficción, o considerada exclusivamente como narración histórico-informativa sobre hechos del pasado, es, nos parece, una señal de que perdemos la sensibilidad hacia el valor profundamente humano e inmensamente serio del lenguaje simbólico y mítico. Puede ser hasta una señal de que tenemos miedo de descubrir el verdadero alcance que la narración tiene para la vida. Por eso tratamos de neutralizarla, prefiriendo nuestras propias ideas, que no son tan peligrosas como el mensaje de Dios.

No nos parece bueno, ni viable, querer racionalizar y explicar todo. O sea, no nos parece posible reducir todo a proposiciones inteligibles. Eso nos podría llevar al olvido de la gran verdad de que la vida es una realidad irreductible y misteriosa que tiene que ver con el misterio de Dios. Hemos perdido la capacidad de hablar por símbolos y, por eso, nuestra vida se empobreció. Carecemos de la capacidad de admiración delante de la vida, tan

necesaria para poder percibir el misterio de Dios, que nos envuelve por todos lados, sea en los aspectos positivos, sea en los aspectos negativos de la vida.

Pienso que se debe quedar con las mismas palabras de la Sagrada Escritura y con los mismos símbolos. Se debe evitar entonces, que semejantes palabras y símbolos sean explicados en una dirección equivocada, que nos aliene de la vida, llevándonos por caminos por donde la biblia no nos quiere llevar.

Nadie sustituye un soneto famoso por un comentario, por más bueno que éste pueda ser. El comentario sirve solamente para crear el ambiente en que el soneto pueda funcionar y alcanzar su objetivo. El presente comentario no tiene otro objetivo.

Al exponer la fe a los otros, no se debe dar al oyente o al lector el agua ya envasada con la receta de cómo usarla. Se debe, por el contrario, permitirle el acceso a la fuente. Así, él mismo podrá juzgar si algo fue agregado al agua, para hacerla más agradable, pero tal vez menos pura. A veces, se debe comenzar dando agua embotellada. Pero el objetivo deberá ser siempre: atraer hasta la fuente para que él mismo la beba allí.

No es solamente el exégeta o el catequista, el que tiene la llave de interpretación de la Biblia y el criterio de la ortodoxia en la fe. Den al pueblo algunos simples criterios de lectura de la Biblia y confíen en el Espíritu Santo, que es más inteligente que nosotros y que actúa en todos. Traten, sobre todo de ayudar al pueblo a usar los anteojos adecuados en la lectura de la Sagrada Escritura, pues la clave de la verdadera interpretación la poseen todos en el don de la vida y en el don del Espíritu Santo, ya que sólo Él consigue entender las cosas de Dios y enseñarla a los hombres (cfr. 1 Cor. 2, 9-15).

En todo eso, sin embargo, sobre todo hoy en día, se exige una sabia pedagogía, basada no solo en ideas ciertas, sino también y sobre todo en una fe viva. Como en la Biblia, la gran preocupación debe ser siempre esta: nunca perder el contacto concreto y directo con la vida que se vive. Cuando la explicación de la Biblia termina siendo una exposición teórica de verdades, de las cuales ya no se percibe más la incidencia sobre la vida, entonces probablemente, por más ciertas que puedan ser las ideas, la catequesis ya no es aquella que Dios pide de nosotros.

La Biblia es un libro para ser leído e interpretado. No es un libro para ser reemplazado. Por más buenas que puedan ser nuestras ideas, ellas nunca tendrán la garantía y la fuerza que poseen las palabras de la Biblia. Esto, no solamente por tratarse de un libro divino, sino también por tratarse de un libro humano, el más humano, el más humano de todos los libros, pues no hay libro que haya inspirado tanto a los hombres en su marcha por la vida y en su lucha por un mundo mejor, que ese libro. Perder o no considerar tal aspecto, sustituyendo la Biblia o trozos de la Biblia por ideas o pensamientos nuestros, sería cortar un pedazo de nuestro pasado. Y esto nunca se hace sin perjuicio, pues quien corta algo de

su pasado vuelve su presente opaco e ininteligible. La vida es más amplia que el límite estrecho de nuestro horizonte, es más larga que el corto espacio de nuestra existencia. Todo es relativo en nuestra vida. La Biblia nos ayuda a descubrir en ella lo Absoluto de Dios.

Es importante la manera por la cual el alumno llega a la lectura de ese trozo de la Biblia. Es difícil descubrir la puerta cierta por donde se entra en esa casa. El llegará de manera acertada, si llega a ella a través de una percepción de la problemática de la propia vida, y no solamente a través de la percepción de algunas ideas medio extrañas para su mentalidad. Todo eso dependerá de la sensibilidad del educador. Por eso, desde el punto de vista pedagógico, podrá ser útil y hasta necesario no comenzar inmediatamente con la lectura de la Biblia, sino con la lectura de la vida que él vive. Solo así percibirá que la Biblia es aquel otro hilo que, ligado al hilo de la vida, enciende la lámpara y permite descubrir el camino por donde caminar.

# *Parte IV*

## *El texto bíblico en versión nueva con comentarios*

Sigue ahora la traducción del texto bíblico, hecha directamente del hebreo. Tratamos de ser fieles, no solo al texto original, sino también a nuestra lengua y cultura. Nuestra lengua tiene distintos niveles: literario, erudito, común y popular o vulgar. Tratamos de mantenernos en el nivel común y popular, que es el lenguaje usado en la comunicación diaria entre los hombres.

El comentario, que se encuentra al lado de la traducción indica solamente las líneas generales del pensamiento y justifica una y otra palabra, traducida en forma distinta que de costumbre. En la medida de lo posible, tratamos de no repetir el comentario ya dado en las páginas precedentes.

### *Texto*

Génesis 2, 4-6

*4. "Cuando Dios hizo la tierra y el cielo. 5. Aún no había ningún arbusto del campo sobre la tierra ni había brotado ninguna hierba, porque Dios no había hecho llover sobre la tierra. Tampoco había ningún hombre para cultivar el campo, 6. sacar el agua del suelo y con ella regar toda su tierra."*

# *Comentarios*

## *I. Paraíso*

*Situación ideal del hombre y del mundo, tal como Dios la quiere*

### *1. Desorden y Caos (2, 4-6)*

***Situación del mundo antes de la intervención creadora de Dios***

Para el hombre de campo, el caos y el desorden que amenazan su vida son: sequía, falta de irrigación y ausencia de agricultores para trabajar la tierra. La tierra quedaría reducida a un desierto sin posibilidades de vida. Es así que el autor se imagina el mundo antes de la intervención creadora de Dios: no había lluvias (v. 5), no había hombre para cultivar la tierra (v. 5), no había nadie para regar (v. 6).

v. 4 El nombre Yahvé Dios fue traducido por Dios. Yahvé es un nombre propio, que no evoca para nosotros lo que evocaba en aquél tiempo. Buena traducción sería Nuestro Señor. Pero este término se aplica hoy casi únicamente a Jesucristo.

v. 6 Otra traducción: "Solo había agua (¿vapor, manantial?) que surgía del suelo, para regar toda la superficie del campo". El hebreo permite la doble lectura: surgir y hacer surgir (sacar). La segunda alternativa le da más sentido.

¿Agua, manantial o vapor? El sentido es incierto. Una palabra arcádica de la misma raíz significa agua usada en la irrigación.

2,7 v. 7. Entonces, Dios modeló al Hombre, usando arcilla del suelo. Le sopló por la nariz, la respiración que da vida, y allí estaba el hombre: ¡un ser vivo!

2,8-9 v. 8. En seguida, hizo un vergel, allá en el Edén, hacia el oriente, y puso allí al hombre que había formado.

v. 9. Del suelo hizo brotar todo tipo de árboles, con frutas bonitas y apetitosas. Y, en medio del jardín, hizo brotar el árbol de la vida y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

## 2. *El Orden Vence al Desorden (2, 7-14)*

*Dios introduce en el caos la fuerza de la armonía y de la paz.*

Dios enfrenta y vence la amenaza del caos y de la desorganización, (1) formando al hombre que va a cultivar el campo (v. 7), (2) plantando un jardín que va a cubrir el desierto de verde (vv. 8-9), y (3) proporcionando agua para la irrigación (vv. 10-14). No se trata solamente de una acción única que ya pasó, sino de una acción permanente que, a cada instante, garantiza al hombre la vida.

***2,7 (1) Formación del Hombre***

v. 7 **Polvo, tierra, barro:** La palabra hebrea indica la tierra fina del campo, usada por los alfareros en la fabricación de piezas más delicadas.

**Respiración que da vida:** La respiración era el signo de la vida. Cuando ella se terminaba, la vida terminaba. También los animales son llamados seres vivos (Gn. 2,19). La vida del hombre, entonces, es superior porque su respiración, es decir, su propia vida, tiene su origen en su soplo divino. Tiene, por eso mismo, la posibilidad de comunicarse con Dios.

***2, 8-9 (2) Plantación del Vergel***

v. 8 Traducimos **vergel,** porque se trata de un jardín de frutas.

**En el oriente**: Indicación geográfica, deliberadamente vaga. Hoy decimos: Allá en el norte, o allá en Europa. El sentido es: localización incierta, lejos de aquí.

v. 9 **Bonitas y apetitosas:** Literalmente: "Atrayentes para ver y buenas para comer".

2, 10-14 v. 10. En Edén brota un río que riega el jardín, y desde allí se divide en cuatro brazos.

v. 11. El primero se llama Pisón: es el que recorre toda la región de Javilá, donde hay oro.

v. 12. El oro de esa región es excelente, y en ella hay también bálsamo y piedras preciosas.

v. 13. El segundo río se llama Guijón: es el que recorre toda la tierra de Cus.

v. 14. El tercero se llama Tigris: es el que pasa al este de Asur. El cuarto es el Éufrates.

2,15 v. 15. El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara.

***2,10-14 (3) Agua de irrigación***

v. 11. El texto habla de Pisón. No es cierta la identificación de este río con el Ganges. Ni es posible identificar la región de Javilá.

v. 13. El texto habla del Guijón. La identificación de este río con el Nilo es la más probable.

Estos versículos 10-14 forman un paréntesis que da al lector una idea de la fertilidad y de la importancia de aquél jardín.

## *3. La Armonía de la Vida (92, 15-24)*

*Vida y Misión del Hombre en la situación ideal del paraíso.*

El interés de la narración se restringe ahora al hombre y a su vida dentro del jardín. Describe (1) como le fue entregada la responsabilidad por el jardín (v. 15); (2) cómo recibió el poder de decisión sobre la vida y la muerte (vv. 16-17); (3) como él ocupaba una posición dominante entre los otros seres vivos <9vv. 18-20); (4) cómo se estructuraba su vida matrimonial y familiar (vv. 21-24). Así debía ser la vida humana, porque así Dios lo quiso, cuando la creó.

***2,15 (1) Responsabilidad por el Jardín: Trabajar y cultivar***

v. 15 Dos veces aquí y en Gn. 2, 8, se dice que el hombre fue puesto en el jardín. Dios lo creó fuera del jardín. Esto quiere decir que no es de la naturaleza del hombre vivir en esa felicidad. Es un don gratuito que Dios le ofrece.

2, 16-17 v. 16. Y le dio esta orden: "puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín.

v. 17. Exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal. De él no deberás comer, porque el día que lo hagas quedarás sujeto a la muerte".

2,18-20 v. 18. Después dijo Dios: "No conviene que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada".

v. 19. Entonces Dios modeló con arcilla del suelo a todos los animales del campo y a todos los pájaros del cielo, y los presentó al hombre para ver qué nombre les pondría. Porque cada ser viviente debía tener el nombre que le pusiera el hombre.

v. 20. El hombre dio un nombre a todos los animales domésticos, a todas las aves del cielo y a todos los animales del campo; pero entre ellos no encontró la ayuda adecuada.

### *2,16-17 (2) Responsabilidad por la Vida: Seguir la Ley de Dios*

v.16 Importa recalcar que la orden divina abarca dos cosas: 1) comer de todo, inclusive del árbol de la vida, y 2) no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. No se trata de un período de prueba en que testimonia la obediencia del hombre. Se trata de la condición misma de la vida humana: poder disponer de todo, pero disponer de acuerdo al designio del Creador.

v.17 No se trata de una fruta venenosa que provocaba la muerte. Como vimos se trata de una imagen para decir que la Orden o Ley de Dios pone al Hombre delante de la opción entre vida y muerte (cfr. Deut. 30, 15-19).

### *2,18-20 (3) Relación con los animales: Lugar destacado y de dominio*

v.18 Literalmente se dice: "Una ayuda frente a él", esto es, alguien que le sea igual y no inferior, que pueda encararlo de frente y que sea capaz de comunicarse con él.

Estos versículos 18-20 ya preparan a lo que sigue en los versículos 21-24, donde se habla de la creación y de la dignidad de la mujer. En aquella cultura, era necesario afirmar que la mujer era igual al hombre en dignidad. La fe en Dios llevó al autor al descubrimiento de esa verdad tan evidente.

v. 19 Literalmente, se dice: "Todo lo que el hombre llamara al ser vivo, ese sería su nombre". Dar el nombre a alguien equivalía a darle su destino. Es el hombre el que debe dar sentido y destino al resto por el uso que de él hace. Dios queda como en expectativa y en dependencia de aquello que el hombre decide.

v. 20 Indica una situación ideal en que no había enemistad entre el hombre y los animales. Estos ocupaban su lugar, sirviendo al hombre y conviviendo con él en la Paz (cfr. Is. 11, 6-9).

Muestra, además, que el animal no conseguía sacar al hombre de su soledad, y prepara así la descripción de la creación de la mujer.

2, 21 – 24 v. 21. Entonces Dios hizo caer sobre el hombre un profundo sueño, y cuando éste se durmió, tomó una de sus costillas y rellenó con carne el lugar vacío.

v. 22. Luego, con la costilla que había sacado del hombre, Dios formó una mujer y se la presentó al hombre.

v. 23. El hombre exclamó: "¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Se llamará Mujer, porque ha sido sacada del hombre"

v. 24. Po eso el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos llegan a ser una sola carne.

2,25 v. 25. Los dos, el hombre y la mujer, estaban desnudos, pero no sentían vergüenza.

### *2,21-24 (4) Vida matrimonial y vida familiar: Formar una comunidad*

v. 21 Sueño profundo: La acción creadora es el secreto de Dios. Solo Dios la conoce. El hombre no puede presenciarla. Este es el sentido del sueño profundo (cfr. Sal. 138, 13-14; 2 M. 7, 22).

Costilla: Como ya vimos, Dios realiza al pie de la letra la expresión popular: "Hueso de mis huesos, y carne de mi carne" (cfr. v. 23). Es una imagen para explicar que la misteriosa atracción de los sexos y la unidad del matrimonio, donde los dos se completan, proviene de Dios. De ellos no debe abusar el hombre.

v. 23. El hombre reconoce la dignidad de la mujer, igual a él en naturaleza. En hebreo, esto se expresa por medio de un juego de palabras: "Por eso, se llama issha (mujer), porque fue sacada del ish (marido)".

v. 24 Una sola cosa: literalmente, se dice: "una sola carne". Esta expresión no se refiere solo a la relación sexual, sino que indica la unidad más amplia que debe

comenzar a existir entre marido y mujer en la familia. Deben formar una comunidad real de vida.

### *4. Transición Hacia la Segunda Parte (2, 25)*

*Primera referencia a la desnudez del hombre y de la mujer*

El sentido de esa alusión a la desnudez del hombre y de la mujer ya fue ampliamente explicada. Nada tiene que ver con el pecado contra el sexo. Sirve como indicación biográfica y ayuda al lector a entrar en su propia conciencia, a fin de descubrir dentro de sí mismo si acaso él no es Adán o Eva.

3, 1-5 v. 1. La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Dios había hecho, y dijo a la mujer:

"¿Así que Dios les ordenó que no comieran de ningún árbol del jardín?"

v. 2. La mujer le respondió: "Podemos comer los frutos de todos los árboles del jardín.

v. 3. Pero respecto del árbol que está en medio del jardín, Dios nos ha dicho: "No coman de él ni lo toquen, porque de lo contrario quedarán sujetos a la muerte".

v. 4. La serpiente dijo a la mujer: "No, no morirán".

## *II. Pecado (3, 1-7)*

*Pasaje de la situación ideal del Paraíso hacia la situación real de la vida diaria*

### *1. La Tentación (3, 1-5)*

*La Serpiente atrae a los hombres para que no sigan la Ley de Dios.*

Como ya vimos, la narración no habla de Adán y Eva, sino de Hombre y Mujer. Ella hace como nosotros, cuando queremos caracterizar un pueblo entero. Decimos: "Al alemán le gusta el trabajo", "Al brasilero le gusta el fútbol". La narración quiere caracterizar a toda la raza humana y habla de "El Hombre" y de "La Mujer". ¿Cuál es la actitud del Hombre, cuando se vuelve adulto y recibe la Ley de Dios? La respuesta es un espejo de lo que sucede siempre: 1) es tentado por la Serpiente (vv. 1-5) acepta la sugerencia y cae (v. 6).

v.1. Se habla de La Serpiente. Se trata de un enemigo ya conocido. Ya explicamos el sentido de la figura de la Serpiente. Ella simboliza aquí la fuerza del mal, concretizada en la religión mágica y supersticiosa de los cananeos. Esta religión era la gran tentación que apartaba al pueblo del camino de la Ley de Dios.

v.2. Podemos: literalmente se dice: "Nosotros comemos de las frutas del jardín". Esta afirmación categórica de la mujer incluye la negación cabal de aquello que la serpiente trataba de sugerir. La traducción explicita esta negación.

v.3. El diálogo entre la Serpiente y la mujer muestra que ambas exageraron la orden divina. La Serpiente pretendía que Dios había prohibido comer de cualquier árbol (v. 1). La mujer presentaba las cosas como si Dios hubiese prohibido hasta tocar el árbol. Ninguno de los dos estaba en lo cierto. Partiendo de premisas falsas y distorsionadas, la conclusión solo podría ser falsa. Esta falta a la verdad y de objetividad va a desencadenar la tentación.

v. 5. "Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal".

v. 6. Cuando la mujer vio que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable para adquirir sabiduría, tomó de su fruto y comió; luego dio una parte a su marido y él, también comió.

v. 7. Entonces se abrieron los ojos de los dos y descubrieron que estaban desnudos. Por eso se hicieron unos taparrabos, entretejiendo hojas de higuera.

v.5. Ser como dioses: La eterna tentación del Hombre es no querer reconocerse como creatura delante del Creador, es rebelarse contra su condición de dependencia radical y querer superar sus propios límites, haciendo de sí un Dios y considerándose norma única, exclusiva y absoluta del bien y del mal. La raíz del pecado está en la elección u opción equivocada que el hombre hace delante de Dios. Rechaza ponerse en su justo lugar delante del Creador. Rechaza ser barro en las manos del alfarero.

## 2. *La Caída de la Mujer y del Hombre (3,6)*

*La voluntad de querer ser más de lo que pueden ser los hace caer*

v. 6. Literalmente se dice: "Y la mujer vio que el árbol era bueno para comer, deseable para los ojos y codiciable para obtener el conocimiento".

La Serpiente no eliminó la responsabilidad de la mujer. Solamente despertó su deseo y curiosidad. Después, ella desaparece.

La mujer presenta la fruta al marido que también comió. Los dos son solidarios en el mal, como, además, todos los hombres son solidarios en el mal que los alcanza. No se gana nada con querer desviar la culpa hacia los otros. Cada uno pagará por el mal que hace (cfr. Ez. 18, 1-32)

### *3. Transición hacia la Tercera Parte (3,7)*

*Segunda referencia a la desnudez del hombre y de la mujer*

Para el sentido de la desnudez, ver el comentario ya hecho.

3, 8-10 v. 8. Al oír los pasos de Dios, que se paseaba por el jardín a la hora en que sopla la brisa, se ocultaron de él, entre los árboles del jardín.

v. 9. Pero Dios llamó al hombre y le dijo: "¿Dónde estabas?"

v. 10. "Oí tus pasos por el jardín, respondió él, y tuve miedo porque estaba desnudo. Por eso me escondí".

v. 11. El replicó: "¿Y quién te dijo que estabas desnudo? ¿Acaso has comido del árbol que yo te prohibí?"

## *III. Castigo (3, 8-24)*

*Situación real y diaria de la existencia humana*

### *1. Cambio de la Relación con Dios (3, 8-13)*

*Situación de miedo y de fuga que el reo siente delante del Juicio*

La primera reacción del hombre, después del pecado, es la conciencia de ser acusado delante de Dios. Esa conciencia se expresa (1) en el miedo y en la fuga del hombre, cuando Dios aparece (vv. 8-10), (2) por los cuales él reconoce en Dios a su Juez, con autoridad para establecer un interrogatorio, para deslindar las responsabilidades (vv. 11-13).

***3, 8-10 (1) Miedo y Fuga delante de Dios***

v. 8. Otra traducción posible: "Oyeron la voz de Dios que se refleja por el jardín en la brisa del día". En los dos casos, se trata de una percepción de la presencia de Dios, sentida no ya como motivo de alegría y de aproximación, sino como motivo de miedo de quien despierta a su culpa. En el momento en que Dios aparece, el hombre percibe que él no es como debe ser, cfr. Is. 6,5; Jc. 6, 22-23. Se siente como un ser condenado a muerte, cfr. Gn. 32, 31; Ex. 19, 21; 33,20; Deut. 5, 24.

v. 10 No es Dios que cortó la relación. Es el hombre que percibió, dentro de sí mismo, que algo cambió radicalmente en su relación con Dios. Siente la presencia de Dios como un juicio, cfr.Jn.3, 19-21.

***3,11-13 (2) Dios, como Juez, indaga las responsabilidades***

v.11 En la percepción de la desnudez, se revela la conciencia nueva del hombre delante de Dios, el hombre ya no se encuentra consigo mismo y se vuelve un extraño para sí mismo. La vergüenza delante de la desnudez es la expresión de eso.

v. 12. El hombre respondió: "La mujer que pusiste a mi lado me dio el fruto y yo comí de él".

v. 13. Dios dijo a la mujer: "¿Cómo hiciste semejante cosa?" La mujer respondió: "La serpiente me sedujo y comí".

3,14-15 v. 14. Dios dijo a la serpiente: "Por haber hecho esto, maldita seas entre todos los animales domésticos y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre, y comerás polvo todos los días de tu vida.

v.15. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo. Tú intentarás morderle al talón pero él te aplastará la cabeza".

v. 12 Enfrentado con Dios, el hombre reconoce su culpa, pero trata de disminuir su responsabilidad, alegando haber sido inducido al hecho por la mujer. Indirectamente, acusa a Dios por haberle dado a la mujer como compañera.

v. 13 El interrogatorio llega a su fin, alcanza la raíz del mal cometido. La Serpiente, esto es, la tentación de la magia, despertó en el hombre aquella voluntad

inexplicable de ser como Dios y de negar su propia condición de criatura humana.

## *2. El Castigo Provocado por la Culpa (3,14-19)*

*La ambivalencia de la realidad diaria de la vida se vuelve llamado de Dios.*

Fijada la responsabilidad, llega la fase de las sanciones (1) contra la serpiente (vv.14-15), (2) contra la mujer (v.16) (3) y contra el hombre (vv. 17-19). La situación creada por la sentencia divina y la situación real en la cual el lector reconoce su experiencia diaria de la vida que, así, se opone, parte por parte, a la situación ideal del Paraíso. De esa manera, el autor interpreta la realidad ambivalente de la vida, ligando a ella un llamado de Dios a la conversión.

### *3,14-15 (1) Sentencia contra la Serpiente*

v.14 El sentido de estos dos versículos ya fue suficientemente explicado en el comentario.

3,16 v. 16.Y el Señor Dios dijo a la mujer:“ Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos; darás a luz tus hijos con dolor. Sentirás atracción por tu marido, y él te dominará”.

3,17-19 v. 17. Y dijo al hombre: “Porque hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol que yo te prohibí, maldito sea el suelo por tu culpa. Con fatiga sacarás de él tu alimento todos los días de tu vida.

v. 18. Él te producirá cardos y espinas y comerás la hierba del campo.

v. 19. Ganarás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, de donde fuiste sacado. ¡Porque eres polvo y al polvo volverás!”

### *3,16 (2) Sentencia contra la Mujer*

v. 16 Literalmente, se dice: “Multiplicaré, de verdad, tus concepciones”, lo que fue traducido por: “Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos”. Sobre el sentido de la gravidez frecuente y del nacimiento de los hijos, ver el comentario.

En este versículo, se enumeran los males del amor humano, de la maternidad y de la vida familiar. La Biblia las interpreta como situación de castigo divino, esto es, como una situación que no es normal. La vida no debería ser así. Por

eso, esos males prohíben la pasividad fatalista y recuerdan la necesidad de la conversión.

***3,17-19 (3) Sentencia contra el Hombre***

v.17 La descripción del castigo, que sigue en estos versículos, es provocadora y acuciante. Es para que el hombre despierte a su responsabilidad y ya no considere la situación actual como normal y definitiva.

Aquí se enumeran los males del trabajo y de la condición humana en general: sequía, trabajo duro y poco rendidor para la subsistencia, la tierra ingrata que no produce, las enfermedades y la muerte, la alimentación escasa e insuficiente. Todo es interpretado como situación de castigo, con la cual el hombre no puede pactar, sino que va a perdurar, mientras dure el débito del hombre hacia Dios.

v.18 Antes, el hombre solamente comía las frutas "atrayentes y apetitosas" (Gn.2,9) del jardín. Ahora va a tener que comer la "hierba del campo", que era una forma inferior de alimentación y que estaba relacionada con el trabajo extenuante del cultivo de la tierra.

v.19 Con la alusión insistente a la muerte inevitable, termina la sentencia. La muerte es el gran misterio que cuestiona el sentido de la vida. Cualquier interpretación realista de la vida deberá partir de este dato inevitable de la muerte cierta y universal. Es lo que el autor hará en lo que sigue.

3,20 v. 20. El hombre dio a su mujer el nombre de Eva, por ser ella la madre de todos los vivientes.

3,21 v. 21. El Señor Dios hizo al hombre y a su mujer unas túnicas de pieles y los vistió.

3,22 v. 22. Después el Señor Dios dijo: "El hombre ha llegado a ser como uno de nosotros en el discernimiento del bien y del mal. No vaya a ser que ahora extienda su mano, tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre".

## *3. Conclusión Final (3,20-24)*

*La Vida recomienza, realista y esperanzada*

Lo que más caracteriza al hombre es su deseo de vivir siempre y la necesidad de morir un día. (1) En esa condición, el único medio que él tiene que superar el límite de la muerte es el de engendrar hijos (v. 20). (2) En esta vida, él puede y debe contar con la ayuda de Dios (v.21), (3) pero él no dispone de ningún medio para evitar la muerte (v. 22). (4) Tendrá que enfrentar la dura realidad de la vida, aceptar su condición, resistirse a ella, esperando un día conquistar la vida como don de Dios (vv.23-24).

***3,20 (1) Comienza la historia de la humanidad en búsqueda de la vida***

v.20 Por primera vez aparece el nombre de Eva. Nombre simbólico que indica el papel de la mujer: ser madre. Por primera vez se habla de engendrar, después que entró la muerte. La procreación es mirada como el medio de superar la muerte y de prolongar la vida en los hijos.

***3,21 (2) El hombre puede contar con Dios***

v.21 Dios no rompió con el Hombre: continúa protegiéndolo, ayudándolo a cubrir su desnudez, es decir, por su amor, despierta al hombre a su valer, haciéndolo salir de su nada y de su desnudez.

***3,22 (3) La muerte es inevitable***

v.22 Modo irónico de hablar. El hombre obtuvo lo que quería. La Sabiduría de la Ley de Dios, prefirió la propia sabiduría, y, en vez de la vida, encontró la muerte. Tal situación es irreversible pues el árbol de la vida no fue destruido. Pero Dios impidió el acceso.

3,23-24 v. 23. Entonces expulsó al hombre del jardín de Edén, para que trabajara la tierra de la que había sido sacado.

v. 24. Y después de expulsar al hombre, puso al este del jardín de Edén a los querubines y al rayo, para custodiar el camino que conduce al árbol de la vida.

En la situación actual, no hay medio mágico para que el hombre pueda apoderarse de la vida. El único camino que conduce a la vida sólo podrá ser a través de la muerte. En esta narración se trasluce el primer centelleo de la fe en

la resurrección y de la esperanza de una vida junto a Dios que vence a la muerte.

***3,23-24 (4) La realidad: la certeza de la muerte y la esperanza de la vida***

v.23 La realidad del hombre es ésta: para él, ahora, no existe paraíso. Existe la vida dura con sus tribulaciones diarias, que le recuerdan constantemente la muerte, cfr. Gn. 3,19.

V. 24 **Querubines:** Imagen sacada de la mitología babilónica, donde se habla de karibu, animal híbrido, compuesto de elementos del hombre, del león, del águila y del toro. Representa un ser extremadamente fuerte, imposible de ser vencido por el hombre. Indica la total imposibilidad del hombre para continuar viviendo por sus propias fuerzas. Ese ser impide el acceso del hombre al árbol de la vida.

**Rayo:** Literalmente, se dice: "llama de la espada zigzagueante". Así como el arco iris fue interpretado por ellos como una señal de la amistad de Dios con los hombres (cfr. Gn. 9, 8-17), así el rayo que aparece en las tempestades, debe recordar al hombre su condición de criatura mortal. Es como la espada de Dios.

Por lo tanto, el hombre debe abandonar las prácticas supersticiosas del culto de la fertilidad, que expresaban el intento indebido de alcanzar la inmortalidad, y debe marchar según la Ley de Dios. De esto es que va a nacer la esperanza de la vida, que envuelve toda la Biblia y que culmina plenamente en la Resurrección de Cristo. La Resurrección, que está más allá de la muerte, es el paraíso finalmente realizado.

# *Parte V*

## *Apéndice: Hablando del pecado original*

En este apéndice tratamos de reunir las piezas sueltas y desparramadas por las páginas precedentes, y presentar una visión más coherente de aquello que fue dicho sobre el pecado original. Tal vez repitamos algunas cosas, ya dichas anteriormente, pero será una repetición útil, pues nos ayudará a ver que la doctrina del pecado original es mucho más rica, y revela mucho más cosas sobre la vida de lo que podríamos pensar.

En primer lugar haremos una breve descripción de la visión habitual y popular que nosotros tenemos hoy del pecado original. Es una visión que provoca muchas preguntas, que encaja muy mal en la vida, y que tiene poco apoyo en la Biblia.
En seguida trataremos de presentar, en cinco puntos, el pensamiento del autor sobre el origen del mal, llamado pecado original. Apuntaremos los desvíos que entraron en nuestra reflexión sobre ese problema. Es aquí que seremos forzados a repetir algunas cosas que ya fueron dichas anteriormente.

Finalmente, trataremos de esclarecer, en tres puntos, las preguntas que surgen a partir de la explicación de la narración sobre el paraíso, y para las cuales la misma narración no tiene respuesta, porque las preguntas quedan más allá del horizonte que determina la visión de su autor.

## *I. Nuestra Visión habitual y popular del pecado original*

El autor no escribió su narración para probar nuestra doctrina sobre el pecado original. Cuando escribía, él nada sabía de aquello que nosotros, un día, íbamos

a deducir de sus palabras. Además, nuestra doctrina sobre el pecado original no tiene su único fundamento en la narración bíblica sobre el pecado de Adán. Tampoco tiene ahí su fundamentación más fuerte. Si no tuviésemos las cartas del Apóstol San Pablo con la interpretación que de ellas hicieron los Santos Padres: si no hubiésemos tenido las polémicas con los pelagianos y con los protestantes, que provocaron los pronunciamientos oficiales de los concilios, jamás habría madurado en la Iglesia el conocimiento que hoy tenemos del pecado original.

No obstante, en esa larga reflexión de los cristianos sobre el origen del mal, acentuamos algunos aspectos, dejando otros en el olvido. Por ejemplo, explicamos el dogma de la universalidad del pecado original, recurriendo al concepto de la transmisión hereditaria del mismo. Pero, con esto, desvinculamos, al menos en la mentalidad del pueblo, el pecado original de los pecados personales que comete la persona. Olvidamos considerar la ligazón muy estrecha que existe entre pecado original y pecados personales. El pecado original, para muchos, se transformó en una especie de rótulo que se pone en los productos defectuosos cuando salen de fábrica: "¡Deshecho!" ¡No sirve para la exportación!" Quedó reducido a un defecto de producción, que pasa de padre a hijo, sin que se pueda interferir. Desvinculado así, de la vida responsable que la persona lleva, el pecado original se volvió una pieza suelta en la vida, con la que no sabemos bien que hacer. Y, sin que lo percibamos, sacudimos la cabeza en dirección a Dios: "¡Podría haber hecho un producto mejor!"

Por eso, el pecado original provoca hoy una serie de preguntas respecto a cosas que quedan totalmente fuera del alcance de nuestra observación y verificación y que dicen tan

poco respecto a la vida que vivimos: ¿Cómo puede tener la criatura un pecado si ella nunca pecó? ¿Qué va a poder sacar el bautismo de una criatura que nada puede asumir? ¿Cómo puede Dios hacer depender la desgracia de todos nosotros del pecado de una sola pareja? ¿No fue injusto El? ¿Por qué tenemos que sufrir hoy nosotros las consecuencias de una falta que no cometimos, contra la cual no podemos defendernos y de la cual no tenemos conciencia y recuerdo? La criatura que muere antes del bautismo, ¿adónde va? No puede ir al cielo, porque tiene pecado. No puede ir al infierno porque no pecó. Se llegó a la conclusión que debería existir una especie de local intermedio, que llamamos Limbo. Pero para esa conclusión nuestra, no se encuentra ningún argumento en la Biblia. Sin embargo es una conclusión lógica, sacada de las premisas que nosotros pusimos respecto al pecado original. Eso nos lleva a cuestionar la exactitud de las premisas. Cuando el resultado final no es acertado, el error debe ser buscando en las premisas. ¿Habremos interpretado bien el dogma del pecado original y de su universalidad?

Por eso es útil que tengamos bien claro los términos dentro de los cuales el autor expone el problema. En lugar de buscar en la Biblia una confirmación para nuestras ideas, busquemos en ella un criterio seguro para criticar con objetividad esas ideas nuestras que, no todas son dogmas de fe.

## *II. El pensamiento del autor sobre el origen del mal*

### *1. Va en busca del origen que hoy genera el mal en el mundo*

Como ya dijimos, el autor no prueba la existencia del pecado original en los mismos términos en que hoy entendemos nosotros ese pecado. Su punto de vista es otro. El constataba los males de la vida familiar y social a su alrededor. No concordaba con ellos. Era su fe más profunda de que Dios no podía ser el autor de ese malestar generalizado. Entonces, partiendo de las manchas de aceite en la superficie, pasó a buscar el origen. Recurrió a la búsqueda del origen, no tanto en el pecado sino que buscó más en el interior del hombre, donde de hecho encontró la raíz, el vicio capital de la humanidad, que le explicaba el desorden generalizado. Constató en todos los hombres una misteriosa e inexplicable tendencia a romper con Dios, que se manifestaba en el momento en que ellos llegaban a la edad adulta, cuando tenían que asumir la responsabilidad de su vida y de sus actos frente a Dios, frente a sí mismo y frente a los otros. En ese momento, los hombres rompían con Dios y proclamaban su pretendida independencia frente al Creador, no asumiendo la vida como debían. No querían ser "vasos de barro en manos del alfarero". Dejaban la Ley de Dios para seguir su propia ley. El árbol se rebelaba contra el hecho de ser de madera.

### *2. El juicio del autor sobre el origen del mal, formulado en términos culturales de aquel tiempo, alcanza a todos los hombres.*

El autor pensaba en términos de humanidad, pues hablaba de ADAN, Hombre. No excluía a nadie de su juicio, ni a nosotros, ni al primer hombre. Mientras tanto, su análisis de la humanidad era hecho a través de los ojos que él tenía como hebreo, viviendo en aquel tiempo. Ahora, en aquella situación concreta, para los hebreos, la ruptura con Dios se concretizaba en el hecho de andar detrás de la Serpiente.

Por lo tanto, el autor no desvincula el pecado personal de aquello que nosotros llamamos el pecado original. Es en el pecado personal que el origen del mal aparece y se resuelve en nosotros. El pecado personal revela, activa, ratifica y aumenta aquella raíz del mal. Desgraciadamente, en la reflexión ulterior que hicimos sobre ese asunto, perdimos la sensibilidad hacia ese aspecto actual y personal del pecado original. Pusimos el problema casi exclusivamente en términos de tiempo y de historia, limitándonos a preguntar: ¿Cómo fue que ese vicio entró en la humanidad? ¿Qué llegó hasta nosotros como resultado y consecuencia del pecado de los primeros padres? El autor no pensó en esos términos. Él no cuenta cómo entró el vicio, sino como estaba entrando y proliferando de hecho. Apunta el lugar del corto-circuito entre Dios y el hombre, que estaba colocando al mundo en la oscuridad sin encontrar salida. Para él, el primer hombre y hoy nosotros estamos en condiciones iguales. En todos nosotros existe un abismo misterioso e incomprensible de maldad. De allí el mal irrumpe en la superficie y se manifiesta en los pecados personales. En la raíz del ser estamos desligados de Dios y en esto la humanidad toda tiene culpa, aunque los individuos no siempre tengan conciencia de esto. Muy dentro de nosotros, el tomacorriente está desligado de la red que nace de Dios. Cuando llegamos a la edad de poder apretar el botón de la luz, ésta no se enciende. Entonces, en lugar de unirnos al tomacorriente, hacemos señas de apretar el botón, mostrando y aprobando la oscuridad en la cual nos encontramos, y de ella asumimos la responsabilidad.

### *3. Va en busca del origen del mal teniendo en vista su eliminación*

El autor recorrió a la búsqueda del origen del mal no solamente para conocerlo, sino para poder actuar, para poder aplicar un remedio y así resistir con eficacia. Si la lámpara de la vida no enciende, entonces, en algún lugar, se debe poder encontrar la causa de esto. Él busca la causa, no solo para saber que el hilo está desligado del tomacorriente en el interior del hombre y para, en seguida, poder volver a la casa, satisfecho por haber encontrado la causa. Si él busca la causa, es porque quiere colocar de nuevo el hilo en el tomacorriente. Quiere retornar a la casa, satisfecho con la luz que volvió y que permite ver el rostro del otro.

Nosotros perdimos la sensibilidad respecto a eso. Estamos satisfechos con saber cómo entro el mal. Nuestra reflexión teológica no tiene el aspecto eminentemente práctico que caracteriza la narración bíblica. Parecemos un grupo de personas que rodean a una víctima de un accidente callejero. Discuten vivamente cómo fue que ocurrió, quién tiene la culpa y

quién no. Mientras, la víctima se desangra y muere debajo de nuestros ojos, sin asistencia. Pensábamos que solo el saber ya resolvería el caso. Y llegamos a pelear y a matar a causa de ello. Pero esa filosofía, al estilo de Sócrates, no resuelve los problemas.
El autor de la narración bíblica piensa en otros términos. Si fue posible hacer brotar esa fuente del mal por las acciones libres de los hombres, entonces también es posible tapar esa fuente del mal por la acción libre de los hombres. Fue la esperanza de vencer al mal que lo llevó a reflexionar sobre el problema del mal. ¿Cuál era el fundamento de su esperanza?

### *4. El arreglo del hombre y del mundo solo es posible por el poder de Dios, pues solo el poder de Dios es más fuerte que el poder del mal.*

El autor no cree que el hombre pueda realizar esta tarea de eliminar el mal con su capacidad natural. El hombre no tiene fuerzas para eso. Por sí solo, él no es capaz de arreglar la vida y el mundo. Además, ese nuestro modo de hablar de capacidad natural del hombre no estaba en la mente del autor. Solo estuvo en la mente de los hombres y de los cristianos cuando los pelagianos, continuando en la línea legalista de los fariseos, plantearon esa posibilidad.

Para el autor de la Biblia, sin embargo, es una verdad tranquila y casi irreflexiva que el paraíso solo se construye con la ayuda del poder de Dios. Y esto, no porque el paraíso queda más allá del horizonte de la capacidad natural del hombre, sino porque para él, el mal, en cierto sentido, es anterior al hombre y lo domina en la raíz. El mal es más fuerte que el hombre. El hombre ya nace envuelto por él. La experiencia diaria lo demuestra hasta hoy. Parece también que el hombre nace torcido, aunque esto se manifieste solamente cuando llega a la edad de optar con responsabilidad. Solo entonces aparece lo que duerme en el hombre. Solo entonces aparece que el hilo está desligado para comenzar a hacer sus estragos, a través de la libre decisión del hombre que peca, y el vicio comienza a ser vicio de hecho y se vuelve personal. El hombre, entonces, ratifica de qué lado quiere andar. Y todos optan por el mismo lado, pues todos pecan. El hombre, por sí, no tiene fuerza para detener la fuente del mal que brota dentro de él.

Pero, aunque fuerte y hasta más fuerte que el hombre, el mal no supera al hombre. Esa es la fe del autor, y es de eso que nace su esperanza y su voluntad de luchar, pues Dios está allí para ayudar al hombre en la opción hacia el lado bueno y para impedir que aquel vicio ocupe su corazón. Dios está allí para arrancar el mal con raíz y todo, de impedir, definitivamente, que el hombre practique el mal. El mostró ese poder y venció el mal en la resurrección de Cristo. Eso, es claro, el autor aún no lo sabía, pero ya lo intuía, cuando presentaba su profecía del futuro en la descripción del paraíso terrestre, donde ya no habría ningún mal, y cuando anunciaba la futura victoria de la descendencia de la mujer sobre la Serpiente que sería aplastada. El autor es optimista y lleno de esperanza, pues, en

el conjunto del plan de Dios, él encuentra que el mal no conseguirá hacer muchos estragos. No pasará de un arañazo en el talón (Gn. 3,15).

Esa fuerza de Dios no es algo que se adiciona al hombre. Ella nace dentro del hombre y aumenta su fuerza a una potencialidad mayor. La fuerza de la resurrección no es un cuerpo extraño, una especie de motor de reserva, sino que es la propia fuerza del hombre, elevada a su más alta potencia que solo Dios conoce y consigue activar por el amor que comunica (cfr. Ef. 1, 17-21).

### *5. La hora de la tentación*

Esa misteriosa posibilidad hacia el mal, que es inherente a la propia libertad del hombre aparece y entra en acción en la hora de la tentación. En esta hora, parece que el mundo entero se concentra en la figura de la Serpiente, para llevar al hombre hacia el mal y, así, separarlo de Dios. En tanto el hombre no llega a la edad adulta no se define, aún no escoge de qué lado va a quedar. Sin embargo las opciones hechas por otros, antes de él, crearán un ambiente al que difícilmente escapa el individuo aislado.

Será vencido por la tentación que cae sobre él desde adentro y desde afuera. El mal que misteriosamente nace desde dentro del hombre y que brota de su conciencia también irrumpe de las estructuras de la vida y de la convivencia social. Hay así, en el propio hombre y en el mundo que lo rodea, una protesta contra Dios y contra el bien.

El camino del mal se volvió, para la humanidad, el camino natural; tan natural, que el tumor maligno que corrompe el organismo se esconde debajo de la piel y ya no aparece. Los hombres ya no tienen conciencia del mal ni de la tentación a la cual están sujetos. Situación trágica que no tiene remedio, a no ser que el hombre despierte, tome conciencia de su situación delante de Dios y comience a reaccionar, apoyado en el poder de Dios.

Ese es el objetivo que el autor quiere alcanzar con su narración. Quiere dar mayor conciencia a los lectores respecto a la tentación a que están sujetos y delante de la cual están sucumbiendo, cambiando, sin saberlo, el paraíso por una vida atribulada de sufrimientos.

Hasta aquí la interpretación que el autor de la narración bíblica nos da del mal que existe en el mundo. A partir de esa interpretación surgen ahora, para nosotros, diversas preguntas que ya quedan lejos del horizonte del autor. Pero nada nos impide que hagamos tales preguntas y que tengamos que negar o desvirtuar las cosas que la Biblia afirmó y que la fe de la Iglesia hoy nos propone como verdaderas.

## *III. Respuesta a las preguntas que nos hacemos*

Partiendo de la interpretación dada hasta ahora, hacemos las siguientes preguntas: ¿Entonces, el hombre fue creado imperfecto a propósito? ¿Si no, cómo podría nacer en él aquella tendencia misteriosa hacia el mal? ¿Qué viene a ser esa tendencia hacia el mal? Si el autor piensa en términos de hombres adultos, ¿cuál es la culpa que tiene la criatura recién nacida? ¿Para qué bautizar criaturas? ¿No es mejor, entonces, bautizarlas cuando alcancen la edad adulta de la cual habla el autor?

No vamos a responder a los términos concretos de las preguntas, sino que presentaremos tres consideraciones fundamentales que ofrecerán elementos suficientes para que encontremos una respuesta, o por lo menos una pista de respuesta, para las preguntas que hicimos.

### *1. Nacemos con un radical desajuste en relación al fin para el cual fuimos creados*

Tratando de responder dentro de la mentalidad de la narración bíblica, pensamos que se puede decir lo siguiente. El hombre fue creado por Dios para un destino que está más allá de los horizontes que él mismo puede entrever durante su existencia humana. Fue colocado dentro del jardín. No nació en él. Todo lo que hay en el hombre tiende a superar los horizontes limitados que achican nuestra visión. Esa es la condición en que el hombre vive. El autor no conoce otra condición ni otro destino. El, como toda la Biblia, nunca reflexionó en términos de destino natural y destino sobrenatural; como si fuesen dos cosas distintas, colocada una encima de la otra, sin unidad interna. Nuestro destino es uno solo: el paraíso, la vida con Dios. El destino para ese fin está inscrito en el ser mismo del hombre, y se revela de mil maneras en la vida diaria. Todo en el hombre dice: fui hecho para cosas más elevadas. El hombre no es deshecho que sale defectuoso de fábrica. Él sirve para la exportación y fue destinado para ella. Fue destinado para superarse. Las neurosis provienen, en gran parte, del hecho de que el hombre se cierra sobre sí mismo o no quiere superarse a sí mismo. Él fue hecho para Dios. "Nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Dios" (San Agustín).

Por eso, no le basta al hombre nacer del hombre, debe nacer también de Dios (cfr. Jn. 1, 13; 3,5). Y es aquí, en este punto, que el hombre llegado a la edad consciente, falta. La falta de él a edad adulta revela algo sobre el destino mismo del hombre. Muestra que nuestro corazón es más grande que nosotros mismos. Nosotros no conseguimos satisfacerlo. Revela aquel desajuste con el cual nacemos. Es decir, en la medida que su conciencia se abre, ella se abre hacia el infinito, y en esa misma medida el hombre descubre, necesariamente, el aspecto limitado de las posibilidades que tiene para alcanzar ese infinito. No es falla de fabricación. El hombre no trae en sí conciencia de una culpa cualquiera cometida anteriormente. Ni trae consigo el pecado de los padres, como si fuese su pecado personal. El mal personal comienza cuando el hombre, en lugar de abrirse hacia

ese infinito y de nacer así de Dios que le extiende la mano, trata de reducir el infinito al tamaño de sus propios límites finitos, y de crear así la ilusión de que él es su propio Dios. El mal personal comienza cuando comienza a querer ser "igual a Dios" (Gn. 3,5). Con esa actitud, el hombre introduce en la vida y en el mundo el germen del desorden y de la desintegración, que desconcierta las cosas en su raíz. Así, todo lo que nace del hombre que así procede, está desviado de Dios en su raíz. Esa actitud, ejercida y mantenida a través de toda la evolución histórica de la humanidad, creó toda una estructura torcida. El mal no aparece solo desde dentro, sino que acecha al hombre por todas partes. Se vuelve tan natural que ya no percibimos la raíz de todo este desorden que nos envuelve y aflige.

## 2. *Existe una misteriosa solidaridad en el mal entre los hombres, y en todos nosotros existe una absoluta necesidad de redención y de liberación.*

¿Por qué el hombre revela esa falla cuando llega a la edad adulta? ¿Qué viene a ser esa misteriosa tendencia hacia el mal? ¿El hombre está envuelto por la culpa antes de llegar al uso de razón? Aquí debemos confesar nuestra ignorancia ante el misterio del mal y de la vida. Nuestras ansias de querer explicar todo trae consigo el serio peligro de racionalización, que consigue eliminar, y oscurecer hasta las cosas más evidentes. Hay en nosotros un misterio que no se explica, sino que se impone a la conciencia de todos con una violencia casi brutal. Para ello buscamos miles de explicaciones, pero estas, en la realidad, no dejan de ser castillos en el aire que no resisten a una verificación realista. Esas ideas nuestras y explicaciones estallan como pompas de jabón, por más coloridas que puedan ser, cuando tocan el piso de la realidad de la vida. Se trata de una misteriosa solidaridad de todos nosotros en el mal. ¿Cuántas limitaciones sufrimos porque otros pecaron y todavía pecan? ¿Cuánto sufren los otros a causa de nuestras limitaciones culpables o no? ¿Y cuál es la limitación inocente que no tenga un origen culpable en el pasado, sea nuestra, sea de otros? Se trata además de la necesidad que todos nosotros sentimos de redención queriéndolo o no. Nuestro corazón tiene aspiraciones que nos superan y que nosotros no podemos realizar. Y es fe de la Iglesia que ese "no podemos' no se debe solamente al hecho de que el paraíso queda más allá de nuestro horizonte, sino que se debe también a una culpa del hombre. Aquél radical desajuste nuestro con el fin que nos atrae, no existe en nosotros sin culpa nuestra.

Hay pecado, hay una culpa, estampada en la frente de la humanidad que grita tanto y tan fuerte, que nosotros ya nos acostumbramos a su grito. Somos como los operarios que ya se acostumbraron al ruido de las máquinas. Ya no oímos el grito que nos acusa. Y en esa culpa todos somos solidarios, jóvenes, viejos y criaturas. Somos solidarios por el simple hecho de pertenecer a la misma raza humana. Nadie puede esquivar el cuerpo y acomodarse delante del mal. Nadie puede levantarse como acusador puro de los males que existen en los otros. Todos tenemos que sentarnos en el banquillo de los acusados. Esa solidaridad en el mal alcanza a todos los hombres en el tiempo y en el espacio.

Hubo una época en que esa conciencia de solidaridad en el mal era tan fuerte, que los hombres encontraban normal matar al hijo por el pecado del padre. Pero, a través del profeta Ezequiel, Dios los ayudó a poner las cosas en sus justos términos. Castigo personal será dado por la culpa personal (cfr. Ez. 18, 1-32). Pero todos cargan el castigo por la culpa que es de todos y a la cual todos contribuyen por sus pecados personales.
Tal lenguaje es duro, agresivo y provocador. Pero es la interpretación que nosotros, cristianos, damos del mal, a la luz de nuestra fe. El cristiano no pretende imponer su visión como si fuese la única cierta. El la ofrece como una contribución suya para ayudar en el análisis correcto de la realidad. Es la transformación de la realidad, hecha de acuerdo con el análisis previo, que va a mostrar el valor y la exactitud de la visión que el cristiano ofrece del mundo. Por eso, él no puede quedar en el simple análisis, en la constatación teórica. Debe partir hacia una transformación realista del mundo y de la vida.

Pero ¿cómo alguien, en su conciencia, puede atribuir una culpa a una criatura que acaba de nacer? A ella no se le atribuye ninguna culpa personal que merezca un castigo personal. Pero ella entró en un mundo donde ya no existe neutralidad. Lo que nace del hombre solo, ya está desviado de Dios en su raíz. Nuestro mal mayor es el de vivir en la neutralidad, encontrando que el bien y el mal son solamente las dos veredas de una larga calle que camina en la neutralidad. Ya no tenemos conciencia de esa real solidaridad nuestra en el mal y en la culpa, que hoy existe organizada y estructurada, envolviéndonos a todos, como el aire que respiramos. Y el aire se respira inconscientemente. El poder del mal que oprime, infantiliza, masifica y aplasta, es tan fuerte, que no hay poder humano capaz de enfrentarlo, a no ser la fuerza que nace en el hombre a partir de Dios.

### *3. El sentido del bautismo, la nueva solidaridad en el bien*

La pregunta si es válido bautizar criaturas aparece cuando se divide al mundo en tres sectores: bueno, malo y neutro. Pero, en realidad, solo existen dos sectores: el bueno y el malo. Todo lo que hacemos contribuye, lo queramos o no, para el bien o para el mal, para la vida o la muerte de la humanidad. La neutralidad no es posible. La aparente neutralidad en la que tantos pretenden vivir es el mayor mal que se pueda imaginar. La misma neutralidad ya es una posición.

Delante de la solidaridad de todos en el mal y en la culpa, que aparta cada vez más a la humanidad del paraíso, Dios opone una solidaridad en el bien, más fuerte que el mal, cuya punta de lanza debería ser el grupo asociado a Cristo por el bautismo. En la muerte de Cristo apareció cómo es tremenda y autodestructora la fuerza del mal. Pero en su resurrección quedó probado que, con la fuerza de Dios, es posible eliminar el mal y construir el paraíso. El bautismo asocia el hombre a Cristo y lo capacita para enfrentar victoriosamente el mal. Es su compromiso con el grupo que cree en el proyecto de Dios y que busca realizarlo a través de la historia, esperando de Dios la ayuda para tanto, por medio de Jesucristo.

El bautismo, decimos nosotros, borra el pecado original. Y decimos bien, pero lo interpretamos mal. Borra el pecado original, en cuanto capacita al hombre para luchar victoriosamente contra el mal en él mismo y en el mundo, hasta eliminar la raíz de donde todo procede. El bautismo no es solamente un lavado que el otro hace en nosotros y al cual asistimos pasivamente. Es un lavado que Cristo comienza y que lo continuamos en nosotros y en el mundo, apoyados en Su fuerza que así nace dentro de nosotros. El resultado final de ese lavado o transformación es el paraíso.

¿En qué consiste esa fuerza que nace en nosotros y por la cual podemos enfrentar victoriosamente al mal? El secreto de la superioridad de nuestra solidaridad en el bien sobre nuestra solidaridad en el mal está en la fuerza creadora del amor que Dios consigue desencadenar en el corazón de los hombres por el perdón que Él nos concede por nuestros pecados. "Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados" (1 Jn. 4, 10). También Jeremías pone la base de la nueva relación con Dios en el perdón: "Entonces, nadie tendrá la misión de instruir a su prójimo o hermano, diciendo: 'Aprende a conocer al Señor', porque todos me conocerán, grandes y pequeños; porque a todos perdonaré las faltas, sin guardar ningún recuerdo de sus pecados" (jr. 31,34). Este amor que se manifiesta en el perdón conduce al hombre a sí mismo. El hombre se encuentra, despierta a su valor y renace, superando la fuerza del mal que lo mantenía preso dentro de sí en su egoísmo. Esa nueva conciencia, la recibe de Dios y la ratifica en el bautismo.

Si es así, ¿cómo entonces bautizar a una criatura que no tiene ninguna conciencia de todo esto? Aquí conviene hacer dos observaciones.

*Primero:* El adulto tampoco tendría ninguna conciencia de esas cosas, si ellas no naciesen en él como un don gratuito de Dios. La iniciativa de la verdadera liberación viene del Amor Mayor de Dios, que nos despierta a nuestro verdadero valor. Bajo ese prisma, el adulto está en pie de igualdad con la criatura. Ninguno de los dos puede merecer lo que Dios opera en ellos. Pero alguien podría responder: Si no puedo merecer ese don, al menos debo asumirlo por una opción libre y responsable, pues ese don revoluciona la vida radicalmente. Y la criatura no es capaz de una opción tal.

*Segundo:* ¿Cuándo es que el hombre hace una opción madura y radical? ¿Será que con la opción humana no sucede lo que acontece con los hilos frágiles que, juntos, componen una cuerda bien fuerte, capaz de tirar hasta un camión?; ¿o como acontece con los millares de ladrillos que juntos hacen una casa? ¿Será que el último ladrillo construye la casa? ¿Será que el último hilo hace fuerte a la cuerda? ¡No! La opción humana madura nos parece ser el eje bien intricado y complejo de las pequeñas decisiones que vamos tomando en la vida, desde la infancia. ¿Y cuándo es que se puede decir que el hombre pone el último ladrillo en la construcción de su casa? ¿Cuándo es que él está maduro para la opción definitiva, exigida para el bautismo? La vida parece ser un caminar tortuoso en la opción constante.

Continuamente estamos en la bifurcación entre el bien y el mal, en este nuestro caminar progresivo del inconsciente infantil hacia el consciente adulto.

El fondo real del problema en torno del bautismo de las criaturas no está tanto en las criaturas, sino en nosotros adultos. Somos nosotros los que no sabemos qué hacer con nuestro bautismo. Somos nosotros los que vivimos en la neutralidad, en ese cantero neutro entre las dos pistas, donde el auto no corre; en realidad, no existe ese cantero en la calle de la vida. Somos nosotros los que no tenemos conciencia suficiente de nuestra solidaridad en el mal y de nuestra necesidad absoluta de redención. No tenemos conciencia de las fuerzas que están en juego en la lucha entre el bien y el mal, ni nos sentimos comprendidos de hecho en esa lucha. No tenemos conciencia de pertenecer al grupo que en la humanidad debe ser punta de lanza en la construcción del paraíso. Y, si ese es el fondo real del problema, entonces nuestra discusión sobre si tiene sentido o no bautizar criaturas, nunca tendrá fin, ni tendrá sentido a no ser para nosotros mismos. Y de hecho, un bautismo dado a una criatura, cuyos padres no se preocupan con esos problemas, no es muy recomendable. No a causa de la criatura, por ser ella incapaz de hacer una opción, sino a causa de los padres que no hicieron una opción. Y en esa perspectiva, es bueno que se discuta el bautismo de las criaturas, pues la discusión que se hace en tanto la criatura duerme sirve para despertar a los padres.

Estas fueron algunas consideraciones sobre el pecado original. No son completas. Quieren solamente ayudar a traer un poco más hacia nuestra vida la verdad que cargamos con nosotros y con la cual no sabemos bien que hacer. Tanto es así que el punto más alto de la discusión en torno del pecado original parecía ser la suerte de las criaturas, pues la misericordia de Dios es, sin duda alguna, mayor y más fuerte que todas nuestras ideas respecto a las mismas.

Como ya sugerimos anteriormente, el problema del bautismo de las criaturas y del pecado original es un problema social, en el cual se revela el gran problema que nos afecta hoy: no sabemos bien qué hacer con nuestra fe en este mundo que surge. La Iglesia, este pequeño rebaño, no existe para sí, sino para los otros. Si no toma una posición realista frente a los otros, quedará sin cédula de identidad, sin saber quién es y para qué existe y sirve, y sin descubrir el sentido de las verdades que carga consigo en la masa de la fe.

El problema parcial del bautismo de las criaturas y del pecado original se resolverá con mayor claridad el día en que nos coloquemos frente a la realidad del mundo de hoy con el mismo realismo de fe que caracteriza la descripción de la biblia sobre el paraíso. Así, redescubriremos, de manera nueva y bien actual, el sentido de la verdad antigua del pecado y del bautismo.

# *Conclusión Final*
# *Un resumen, un criterio, un secreto*

## *El Resumen*

La descripción del paraíso terrestre y del pecado original es una confesión pública de la propia responsabilidad y culpa delante de los males existentes en el mundo; es un llamado a la transformación del mundo, comenzando con la propia vida, ligándola nuevamente a Dios; es una manifestación de inconformismo; un grito de esperanza. En la misma hora en que es decretada la muerte del hombre, nace para él la esperanza de vivir siempre. Es solo entonces que la muerte deja de ser un dato natural de la existencia para volverse un problema real; que comenzará a ser cuestionado el sentido de la vida. Solo entonces el hombre buscará un apoyo para su esperanza, y, conforme a la Biblia, puede encontrarlo en Dios.

## *El Criterio*

Al final de todas estas explicaciones, alguien podría quedar contento y satisfecho con lo que se ha dicho. En efecto, rectificamos algunos ángulos de visión, eliminamos algunas dificultades inútiles e intentamos responder a las preguntas sugeridas por el sentido común y por la ciencia. Todo eso fue realizado con el único objetivo de contribuir a que la Palabra de Dios pudiese funcionar con su luz y fuerza. La exactitud de estas explicaciones, sin embargo, se comprobará únicamente por la manera como la Palabra de Dios comience a funcionar en la vida. Si esa explicación nos llevó a hacer nuevas preguntas, esta vez más serias y envolventes, aunque más incómodas y comprometedoras que las preguntas cuya enunciación hicimos al comienzo de este libro; si comenzamos a quedar un poco más insatisfechos con nosotros mismos y con la situación general en la cual vivimos; si ya no aceptamos todo con tanta naturalidad; si nos volvemos un poco más críticos y más humildes delante de la realidad; si somos juzgados nosotros mismos y nuestra vida; si nos comenzamos a preocupar un poco más con el mal que existe a nuestro alrededor; si dejamos de absolutizar un poco menos nuestras ideas y comenzamos a confiar de que Él representa algún valor que aún desconocemos entonces la Palabra de Dios comenzó a actuar y nosotros estamos en la perspectiva del fin que ella quiere alcanzar en nosotros con esta narración bíblica. Este es el criterio.

## *El Secreto*

Esta explicación del paraíso terrenal y del pecado de Adán no es nueva, no es progresista, ni moderna. Nada de nuevo contamos. Todo aquello que dijimos, ya es antiguo, ya estaba en la biblia, a la espera de quien lo descubriese. Y siempre lo descubrieron, cada época a su

modo. Solamente intentamos cambiar los lentes con los cuales acostumbrábamos a leer e interpretar esta narración. Para quien cambia los lentes lo viejo se hace nuevo. La narración que parecía alienada, suscitando preguntas que alienaban más aún, entró ahora dentro del horizonte inmediato de nuestra vida. Tal vez haya entrado de tal manera que uno u otro preferirá no haberla conocido nunca. El secreto de la explicación y de la comprensión de la Palabra de Dios, al menos para la situación concreta en que hoy vivimos nosotros, nos parece que no consiste en mucha erudición e información científica de las cosas del pasado, sino en la profundización de la vida que hoy vivimos y por la cual estamos ligados al pasado y al futuro. Esta vida es la puerta por donde debemos comenzar a sintonizar con Dios. De lo contrario, nuestra explicación no pasa de pintura al aceite en pared mojada. No agarra, forma ampollas y cae. Ya es vieja, aún antes de ser nueva. Pero todo lo que entra por la puerta de la vida, vivida intensamente, es nuevo y actual, por más viejo y anticuado que pueda parecer.

www.nuestrabiblia.org
Servicio Bíblico Verbo

# *Bibliografía*

## I. Informaciones relativas a la exegesis del texto

L. Arnaldich, A origem do homem e do mundo, San Pablo, 1958.
G. Gogulho, apostitlas sobre Génesis 2-3, San Pablo, 1965.
J. Daniélou, No Principio, Petrópolis, 1970.
E. Galbiati-A. Piazza, Páginas dificeis da Biblia, San Pablo, 1960, cc. 3 a 6.
E. Bettencourt, Ciência a fe na historia dos primórdios, 2 vols., Río de Janeiro, 1958.
A. Läpple, Mensagem B´bilica para os nossos tempos, Manual de catequese bíblica, Lisboa, 1968, págs. 23-162.
J.S. Croatto, El pecado original como resacralización de la sexualidad y de la sabiduría, Víspera 4 (1970), n. 17, págs. 20-25.
L. Alonso -Schökel, Motivos sapienciales y de alianza en Gén. 2-3, Bíblica, 1962, págs. 295-316.
L.F. Hartman, Sin in Paradise, Catholic Biblical Quarterly 20 (1958), págs. 26-40.
S. Lyonnet, Quid de natura peccati docet narratio Gn. 3?, Verbum Domini 35 (1957), págs. 34-42.
A. Chazelle, Mortalité ou inmortalité corporelle du premier homme, creé par Dieu?, Nouvelle Revue Théologique 89 (1967), págs. 1043-1068.
B. Rigaux, La femme et son lignage, Revue Biblique, 1954, páginas 321 - 348.
P. Grelot, Réflexions sur le probleme du péché originel, Tournai, 1968.
R. de Vaux, La Genese, París, 1953.
J. Chaine, Lelivre de la Genese, París, 1951.
H. Renckens, Preistoria e Storia della salvezza, La concezione ebraica delle origini dell'uomo secondo Genesi 1-3, Alba, Italia, 1962.
J.V. Roslon, Creatio Protoparentum (Gn. 1, 26s; 2, 7), unicus hymnus?, Verbum Domini 45 (1967), págs. 139-149 y 281-290.
M.J. Stiassny, L'Homme devait-il travailler au paradis?, bible et Vie chrétienne 77 (1967), págs. 77-79.
C.H. Mac'Intosh, Estudos sôbre o livro de Génesis, Lisboa, 1965.

## II. Informaciones relativas al contexto cultural, bíblico y teológico

H. Haag. A. Haas, J. Hürzeler, Bible et évolution, Mame, 1964.
P. Smulders, Visãp de Teihard de Chardín, Petrópolis, 1969.
K. Rahner, Pecado original y evolución, Concilium, n. 26, 1967.
J. Errandonea Alzuguren, Edén y Paraíso, Fondo Cultural Mesopotámico en el Relato Bíblico de la Creación, Madrid, 1966.

G. Van der Leew, Fenomenología de la Religión, Buenos Aires, 1964.
P. Overhage, Os primeiros homens, forma corporal e evolucão, San Pablo, 1962.
J.S. Croatto, Historia de la Salvación, Buenos Aires.
R. Kocho, Teología della redenzione in Genesi 1-11, TRoma, 1966.
A. Dubarle, Amour et fécondité dans la Bible, Toulouse, 1967.
J. de Fraine, La Bible et l'origine de l'homme, Bruges, 1961.
J. de Fraine, Adam et son lignage, Bruges, 1959.
A. Dubarle, Le peché original dans l'Ecriture, París, 1967.
P. Grelot, Le couple humanin dans l'Ecriture, París, 1962.
G. Schneider, nova Criacão ou eterno retorno, San Pablo, 1966.
Y. M. J. Congar, Le Theme du Dieu-Créateur et les explications de l'Hexaméron dans la tradition chrétienne, en: L'Homme devant Dieu, 1 vol., París, 1963, págs. 189-222.
F. Festorazzi, La Biblia e il problema delle origini, Brescia, 1968.
H. Cazelles, Polygénisme, Dictionnaire de la Bible, Supplément, vol. 8, págs. 90-110.
W. Goossens, Immortalité corporelle, Dictionaire de la Bible, Suplémen, vol. 4. págs. 298-351.
A. Robert - A. Feuillet, Introducão a Biblia, tomo 1, págs. 345-353, San Pablo, 1967.
H. Cazelles, Pentateuque, Dictionnaire de la bible, suplemento, vol 7, págs. 687-858.
E. Cothenet, Paradis, Dictionnaire de la bible, suplemento, vol. 6, págs. 1177-1222.
L. Ligier, Péché d'Adam et Péché du Monde, París, 1964.
L. Scheffczyk, Péché original, Encyclopédie de la foi, tomo III, París, 1966, págs. 392-402.
S. Lyonnet, Péché originel, Dictionnaire de la Bible, suplemento, VII, págs. 509-567.
L. Alszeghy - M. Flick, 11 peccato originale in prospettiva personalistica, Gregorianum, 1965, págs. 705-732.
L. Alszeghy - M. Flick, II peccato originale in prospettive evoluzionistice, Gregorianum, 1966, págs. 201-225.
A. Vanneste, La préhistoire du décret du Concile de Trente sur le péché original. Nouvelle Revue Thèologique, 1964, páginas 355-368 y 490-510.
A. Vanneste, Le Décret du Concile de Trente sur le péché original, Nouvelle Revue Théologique, 1965, págs. 688-721.

**Nota:** Limitamos las informaciones bibliográficas a las lenguas portuguesa, española, italiana y francesa, con excepción de un artículo en inglés y dos en latín. Bibliografía en lengua alemana se podrá encontrar en el libro citado de A. Läpple, en las páginas 23-162, al final de cada capítulo. La presente bibliografía es limitada y deficiente. Podrá ser completada con las informaciones encontradas en los libros que aquí se enumeran.

# *Índice*


***Presentación***

*¿Para qué hablar del Paraíso y del pecado?*
*¿Cómo hablar del paraíso y del pecado de Adán?*

***Parte I: Las Dificultades en Torno del Paraíso y del Pecado de Adán***

*Las dificultades y los problemas*
*Preguntas que el texto provoca en la mente de quien lo lee*
*La ciencia cuestiona la Biblia*
*La exégesis moderna cuestiona lo que antes aceptábamos*
*Decisiones de la autoridad eclesiástica hoy causan dificultades*
*Tres maneras diferentes de enfrentar las dificultades*
*La causa de las dificultades*

***Parte II: La Interpretación de la Narración Bíblica sobre el Paraíso y el Pecado de Adán***

*Angulo de visión de la Biblia, cuando habla del paraíso*
*¿Cómo descubrir el ángulo de visión de la Biblia?*
*Las grandes líneas de la narración revela la idea central*
*La percepción de los males es muy relativa*
*El mal que la Biblia constata y rechaza en el ambiente de la vivencia familiar*
*El mal que la Biblia constata y cuestiona en el ambiente de la convivencia social*
*La pedagogía de la Biblia en la denuncia de los males*
*¿Cómo la Biblia forma y formula la conciencia crítica respecto a los males de la vida?*
*La rampa de lanzamiento da idea del paraíso*
*Paraíso: imagen-contraste de la realidad*
*Paraíso: profecía del futuro proyectada en el pasado*
*La esperanza del hombre: dones sobrenaturales y preternaturales*
*La realidad contradice el ideal de Dios: ¿quién es el responsable?*
*El árbol del conocimiento del bien y del mal*
*"Intermezzo" sobre la acción creadora, acción que construye la armonía y la paz*
*El origen de los males de la vida está en no querer asumir la vida como se debe*
*La serpiente, símbolo del mal que aparta a los hombres de Dios*
*¿Es que la vida sería diferente, si no siguiesen a la serpiente?*
*Adán y Eva: "Un hombre y una mujer"*
*No es la teoría, sino la práctica lo que vale cuando se quiere combatir el mal*
*La desnudez de Adán y Eva: ¿sexo u otra cosa?*
*El pecado cambia la relación con Dios*
*El castigo divino, provocado por la culpa humana*

*Enemistad entre la mujer y la serpiente*
*La invasión del mal en el mundo*
*El factor tiempo: ¿El pecado original sucedió o sucede?*
*Mal personal y mal social, reforma personal y reforma social*
*Una expedición en busca del Paraíso*
*Dios camina con el hombre, el hombre debe caminar con Dios*
*La función del grupo que asume caminar con Dios*

***Parte III: Respuesta a las Dificultades sobre el Paraíso y el Pecado de Adán***

*Respondiendo a las dificultades y a los problemas*
*El hombre hecho de barro y la mujer formada de la costilla del hombre*
*¿Los nombres de la primera pareja eran Adán y Eva?*
*¿El mundo y la vida serían distintos si no hubiese pecado?*
*Engendrar muchos hijos con dolores de parto*
*¿La serpiente que hablaba era el diablo?*
*¿Por qué Dios no dio otra oportunidad a Adán y Eva?*
*¿Cuál fue el tipo de pecado que Adán y Eva cometieron?*
*La situación de felicidad y de justicia que Adán perdió*
*¿El autor obtuvo sus informaciones por revelación divina, o fue a buscarlas en el fondo común de la cultura de aquel tiempo?*
*La pontificia comisión bíblica y el progreso de la exégesis*
*El paraíso: ¿mito o realidad?*
*El paraíso hoy*
*¿Es válido usar hoy la narración del paraíso terrestre?*

***Parte IV: El Texto Bíblico en Versión Nueva con Comentarios***

*I. Paraíso*
*II. Pecado (3, 1-7)*
*III. Castigo (3, 8-24)*

***Parte V: Apéndice: Hablando del Pecado Original***

*I. Nuestra visión habitual y popular del pecado original*
*II. El pensamiento del autor sobre el origen del mal*
*III. Respuesta a las preguntas que nos hacemos*

***Conclusión Final***

*Un resumen, un criterio, un secreto*

***Bibliografía***